

Planetas Prohibidos

Revista de Ciencia-ficción, Fantasía y Terror

Rodolfo Martínez
Carlos M. Federici
J. Javier Arnau
Pablo Uria
Michel Deb
Javier Fernández Bilbao
Jose A. Marchan

Y muchos más

<http://planetasprohibidos.blogspot.com/>



XIII - MMVI

Cómic
Poesía
Relatos
Artículos
Entrevistas
Ilustraciones

PLANETAS PROHIBIDOS es una revista cuatrimestral de ciencia ficción sin ánimo de lucro. Su objetivo es la difusión de artículos, relatos e ilustraciones del género.

AVISO LEGAL. Los textos e ilustraciones pertenecen a los autores, que conservan todos sus derechos asociados al © de su autor.

El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en PLANETAS PROHIBIDOS para difundirla por Internet en formato pdf y epub. No obstante, los derechos sobre el conjunto de PLANETAS PROHIBIDOS y su logo son © del Grupo PLANETAS PROHIBIDOS.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de PLANETAS PROHIBIDOS.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

El Grupo PLANETAS PROHIBIDOS está compuesto por Lino Moinelo, Guillermo de la Peña, Marta Martínez y Jorge Vilches.

BLOG

<http://planetasprohibidos.blogspot.com>

CONTACTO

revistaplanetas@gmail.com

NORMAS DE PUBLICACIÓN

La revista PLANETAS PROHIBIDOS está dedicada a la ciencia ficción, pero también a la fantasía y al terror como géneros afines. La revista acepta relatos, artículos, ilustraciones y cómics, de **tema libre, formateado en Times New Roman 12 pts, párrafo justificado y correctamente corregido.** Si en el plazo de dos meses la revista no ha contestado, la obra se considera desestimada.



Planetas Prohibidos
Revista de Ciencia-ficción, Fantasía y Terror

Planetas Prohibidos© Año 5 N° 13

Diseño y maquetación:



James Crawford
Publishing

Rodolfo Martínez
Carlos M. Federici
J. Javier Arnau
Pablo Urea
Michel Deb
Javier Fernández Bilbao
Jose A. Marchan
Y muchos más

4 /Editorial



26 /La abadía de la cíclica flor



44 /Llegar a Khordoora

6 /A solas con ellos



33 /El fandom en Castilla y León



10 /Hombres de césped



36 /Regalo trabajado



90 /Gris oscuro



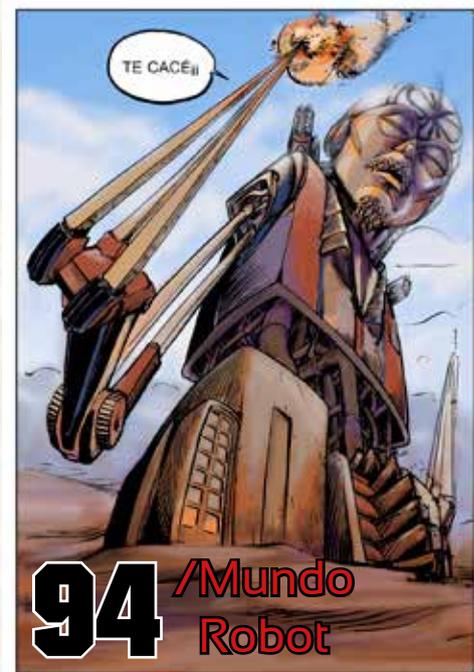
92 /Poesía



97 /BREVES NOTAS SOBRE TÉCNICAS DE ILUSTRACIÓN, Víctor Monigote (introducción y notas J. Javier Arnau)



94 /Mundo Robot



EDITORIAL

En el momento en que escribí el editorial original, el que vendrá después de estas palabras, estábamos a punto de publicar el número que nos ocupa. De hecho, como muchos recordaréis, la portada llegó a ser publicitada en algunas redes sociales, para ir promocionando su salida. Pero entre unas cosas y otras, la salida de este número se nos ha retrasado más de lo que deseábamos. Recordaréis, quizás, que el anterior sufrió una demora debido a ciertos problemas técnicos, y que entonces lo achacábamos a la maldición del «13», y que comentamos que en el siguiente (éste que nos ocupa) esperábamos no tener problemas, dado que había otro «13» rondando por ahí... Bueno, pues algún problema ha habido, pero la mayor culpa del retraso es que hemos estado involucrados en otros proyectos que nos han restado tiempo. En concreto, la coordinación (y maquetación para libro electrónico y para ejemplares físicos) de una antología de relatos sobre los Mitos de Cthulhu (HEREDEROS DE CTHULHU) para la editorial Kokapeli, la colaboración (revisión, corrección, etc) para otra antología de ciencia ficción para James Crawford Publishing (SINFONÍA PARA REPLICANTES), y la conclusión y revisión de una novela corta en colaboración para su posible publicación en JCP (LA SOMBRA SOBRE MECHANISBURGO, de Beatriz T. Sánchez/J. Javier Arnau). Añadid algunos trabajos más, y los típicos problemas (además del trabajo habitual, el que nos «dá de comer»), y tendréis la suma del retraso de este número.

Bueno, pasamos a la editorial

que originalmente teníamos para este número:

En el editorial del número anterior hacíamos un breve recorrido por las convenciones, editoriales, películas, etc, para preguntarnos sobre el estado del panorama fantástico español (bueno, internacional). Hablábamos de las revistas electrónicas de género fantástico, de las diversas editoriales que publican estos géneros... todo esto viene a cuento de que desde que escribimos dicha editorial, algunas editoriales de las que comentamos han cerrado, (en realidad, alguna estaba presentando concurso de acreedores en esos momentos, y otra le siguió poco después); también alguna revista digital, que también tenía línea de publicación de ebooks (e incluso en papel), está a punto de cerrar en el momento que escribo esto... cuando leáis esto ya conoceréis la noticia, pero en el momento de escribirlo, aún no se ha hecho oficial. Pero han surgido otras revistas tal vez no cogiendo el testigo, ni llenando huecos, pero haciendo que el abanico de publicaciones digitales siga siendo amplio y variado. En cuanto a las editoriales, bueno, parece ser que el tema ha ido por la mala gestión y por malas ediciones que han acabado por hartar al personal que, ante el surgimiento de otras, tanto digitales, como «tradicionales» (más pequeñas, algunas casi familiares, pero que han sabido cuidar mucho más el producto, y a sus potenciales clientes), han optado por estos productos mejor acabados. Estoy hablando, por ejemplo, de editoriales como Tyrannosaurus Books, Sportula, Kelonia, Kokapeli, Páginas de Espuma, Dilatando Mentes, Cazador de Ratas, etc (me dejaré algunas, por supuesto; en los comenta-

rios del blog, o en facebook, podéis comentar este tema, si os apetece).

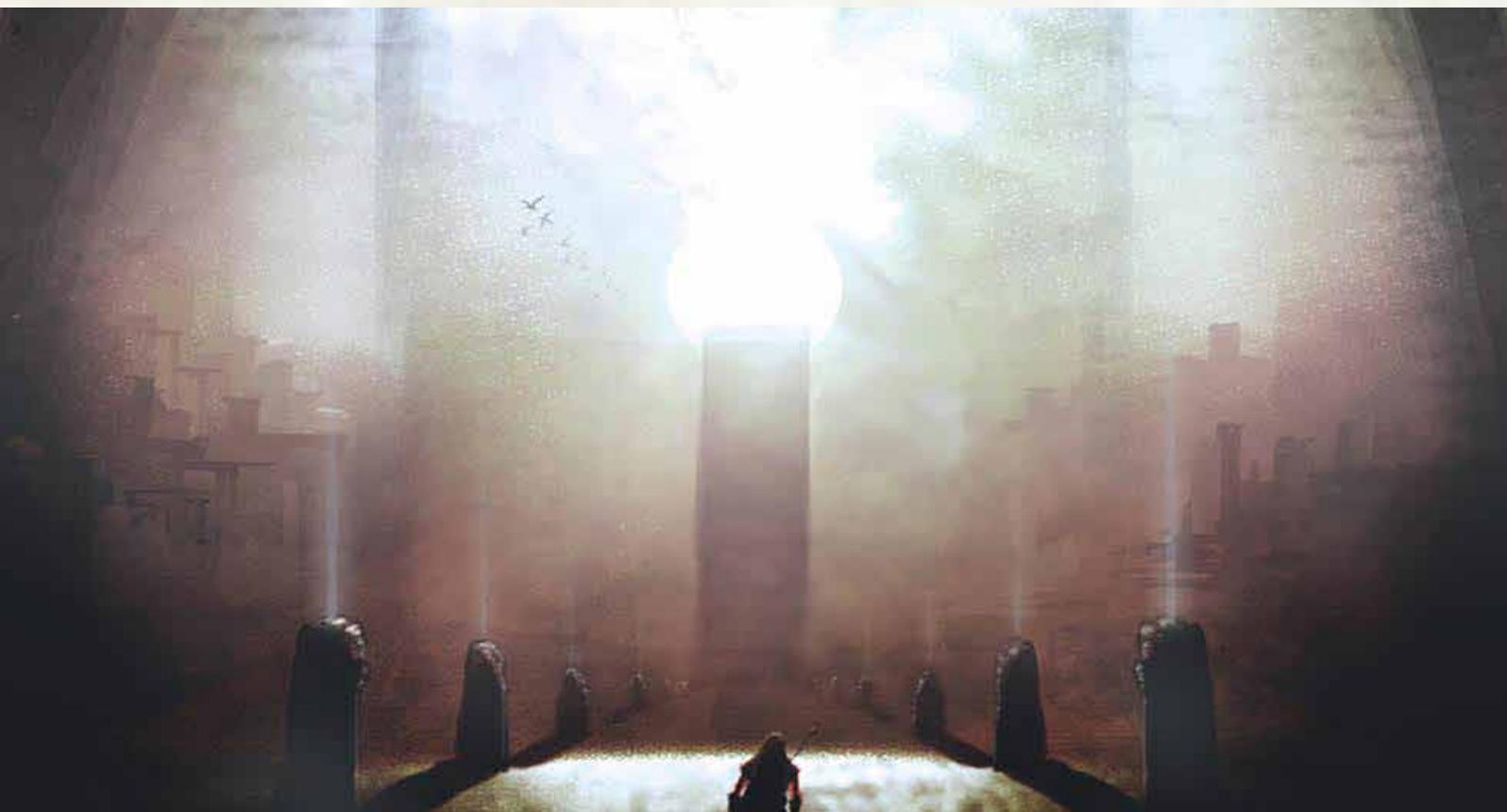
Y, ¿a qué nos lleva todo esto?; pues como decíamos en el anterior editorial, de una manera u otra nuestros géneros preferidos estarán ahí para que podamos disfrutar de ellos. Desde siempre han existidos estos altibajos de editoriales que cierran y épocas de saldos que perjudican a las restantes editoriales, a los autores, y a los lectores; porque sí, puedes comprar una novela de saldo, pero los derechos de la misma pueden quedar comprometidos durante bastante tiempo, con lo que la posibilidad de una edición más digna y mejorada, se esfuman... y es posible que el autor o sus representantes desconfíen de nuevas «aventuras editoriales». Además, como ha podido demostrarse no hace mucho, el número, y la unión, de los aficionados puede hacer que grandes corporaciones cambien sus decisiones ante la petición multitudinaria de los fans. Aquí puedo hablar de algunas películas EEUU, por ejemplo de género superheróico, (Deadpool, sin ir más lejos), u otras que tras el visionado del grupo control han cambiado parte de su trama e incluso finales; pero también tenemos el ejemplo mucho más cercano en España con la serie El Ministerio del Tiempo, que RTVE no tenía claro continuar, pero que ante la petición de los «ministéricos» ha decidido apostar por ella no solo en televisión, sino con contenidos multimedia, además de exportarla a otros países.

Para ir acabando... en las siguientes páginas tenéis una muestra del fantástico actual, sumado en esta ocasión con aportaciones con más «solera», pero que sus autores han tenido a bien prestarnos, o directa-

mente enviarnos por la ilusión de verlas reeditadas después de años sin que vieran la luz, y nuestra pequeña aportación para que estos nuestros géneros sigan adelante dando visibilidad a los autores y a sus obras.

J. Javier Arnau
(coeditor de Planetas Prohibidos, la revista)

A SOLAS CON ELLOS



Texto: Javier Fernández Bilbao
Ilustración: Vicente Balbastre

A ver si me explico:
No seré yo quien diga que lo que pasó no fue una hecatombe. Sí, claro que lo lamento mucho. Yo también dejé atrás una familia y todo eso. Y bueno, no hay nada que se pueda hacer al respecto. Lo que no se puede negar es que, para los pocos que hemos quedado, esto se ha convertido en un puñetero chollo.

El doctor está medio chiflado, pero el cabrón es muy listo. Gracias a él tenemos un miserable «por qué» de que aún podamos arrastrar nuestros culos de un lado a otro. Lo dice él, y aquí no hay nadie más inteligente para proponer otras teorías. No éramos los más listos, tampoco los más fuertes o los más guapos; pero qué duda cabe que éramos especiales por algún motivo. De hecho, todos los demás la palmaron. Nosotros sobrevivimos sin hacer nada extraordinario. Sólo tuvimos que sentarnos y observar cómo el mundo entero se iba al garete; así, sin más.

Por mi parte, lo que dice el doctor está bien. Yo, por supuesto, sabía que mi sangre era del tipo HH. Rara. Muy rara. Por aquí anda algún gili-puertas, que hasta que el doctor no le extrajo una muestra, ni siquiera lo sabía. Ello no significa que seamos mutantes, ni nada por el estilo.

—«Un 0.0004% de la población mundial. Esa era la estadística que se manejaba» —dijo el doctor cuando aún le funcionaba bien el coco—. «En total no seremos ni dos millones».

Esa cifra no es nada. Hubieron de pasar cuatro años, hasta que el humo hizo que tropezase con las primeras personas: el doctor y su pequeño grupo. Él era un líder. Ahora es un tipo del que casi todos se ríen.

—«Todos los *fenotipo Bombay* se hallan esparcidos por el mundo.

Y yo he podido dar con cuatro de ellos».

Hasta que los encontré ya había destrozado una docena de coches de lujo. Quemé Ferrari, cuatro o cinco Lamborghini, y varios Hummer. ¿Para qué iba a tener cuidado? Es un verdadero placer achicharrar rueda en el asfalto o ver cómo revienta un motor. Tremendamente excitante. Luego, te sientas tranquilamente en un bordillo, te masturbas, y enciendes un pitillo mientras ves cómo se consume entre las llamas un coche de 400.000 pavos. No comentaré otros excesos por pudor, pero han sido muchos y muy variados. Una vez acostumbrado a la soledad y al vacío, fijé mi vista en las cosas que antes me estaban prohibidas. Todo a mi entera disposición. De todo he hecho, y de todo he probado. Y, francamente, hay ratos que lo he pasado cojonudamente bien.

Luego te vas cansando un poco; te aburres de más cosas, y te emborrachas. Coges un montón de vídeos porno, unas «delicatesen», varias botellas, y te recluyes tres o cuatro días en la habitación más lujosa de cualquier hotel con las cortinas echadas. Te entra un poco de nostalgia, de soledad, y te gustaría que las tetas de Tory Lane te acompañaran en ese momento, mientras ves en una pantalla de plasma de 50 pulgadas cómo se folla a dos tipos a la vez. No sabes si llueve o hace sol, y pierdes la noción del tiempo. Cuando decides salir, estás desorientado. El mundo aún sigue ahí, con sus edificios y sus calles desiertas. A tu entera disposición. Y vuelves a comportarte como un salvaje. Regresas a la armería, y coges lo que queda. Después te pasas días gastando munición contra cualquier cosa que aún se mantenga intacta.

Nunca pensé, al provocar ese incendio (sólo por distraerme), que se me fuera tanto la mano y arrasara una manzana entera. Joder, no, yo no quería eso.

Kathy no es precisamente una belleza, pero es divertida y nunca se hace la estrecha. Sólo nos exige estar bien aseados y traer una goma sin caducar.

—Todo caducará algún día —le digo yo.

—Entonces tendrás que saludártela con la mano, cielo mío.

El resto del grupo no es demasiado relevante. No hacen nada de particular. Simplemente están ahí. Ayudan a conseguir cosas, van, vienen... Cuando ya te sabes su vida de memoria, dejan de ser interesantes y pasan a ser meros comparsas. Lo mismo que tú para ellos. Ni siquiera tengo claro por qué seguimos juntos. Supongo que a todos nos asusta la soledad.

—¿Nunca tuviste problemas con ellos? —me dice Brent.

—Pues no. Nunca me molestaron.

Es la pura verdad. En el tiempo que pasé solo, jamás se acercaron. Pasaban de mí. Primero, aquellas babosas regordetas y grandes. Las mascotas limpiadoras. Y detrás, sus amos, los siniestros devoradores de cadáveres del espacio exterior.

—Os lo he explicado mil veces —interrumpió el doctor—. Debieron esparcir un virus letal para los cuatro grupos sanguíneos. Todo fue bastante rápido. Ya lo visteis todos. Por supuesto obviaron que existía uno más.

—Eso no explica una mierda —contestó un malhumorado Cris.

—Estamos vivos. Es la diferencia. Quizá nuestra sangre les provoque algún tipo de alergia —dijo Brent, por decir algo.

—Podrían matarnos igualmente.

Aunque no les sirvamos como comida. Podrían hacerlo. No les costaría nada. Y si yo fuese ellos, lo haría. Seguro. —replicó *Bullface*.

—Supongo que unos pocos dando vueltas por ahí, no les estorbamos.

—¿Pensáis que no es para inquietarnos, o debemos estar alerta por si cambian de opinión? —preguntó Kathy.

—Dará igual —respondió el doctor—. Que nos maten, o no, dará siempre igual.

Admito que así es. No deberíamos preocuparnos por ellos. Lo que tenga que ser será de todos modos. De vez en cuando nos damos un buen susto, si nos tropezamos con esas «cosas» extrayendo la sangre coagulada de un cadáver; o encontrar a su dueño detrás de una esquina esperando pacientemente a que acabe. No es frecuente. Generalmente los roban y trasladan por la noche, a donde quiera que tengan su jodido almacén de alimentos.

—Podríamos cargarnos uno, a ver qué pasa.

—¿Para qué cabrearlos, *Bullface*?

—No sé, Brent. Siento que no deberíamos dejar que se fuesen de rositas... así sin más.

—Genial chicos, genial. ¿No os da el cerebro para más?

—Yo me apunto —dijo Cris—. ¿Cuál primero? ¿Los gordos, o los huesudos?

—Reventemos una jodida sanguijuela. Veamos cómo reacciona su amo. ¿Se apunta alguno más? ¿Brent? ¿Doctor? ¿Cody...?

—Dejémoslos. Están de paso. No han destruido nada. Se alimentarán, y un día se irán.

Me llamaron de todo. Me dio igual. Aquellos tres tontos salieron de cacería por una ciudad disuelta en la noche. Se divertían a su ma-

nera y nosotros hacíamos lo propio. Eché un polvo con Kathy, mientras el doctor se fumaba un puro mirando a la luna desde el balcón.

Se oyó de madrugada el lejano eco de unos disparos. Más tarde, resonó un curioso lamento. Un sonido que nunca antes habíamos escuchado, y que ponía los pelos como escarpas. Entonaban una especie de: «¿Uieoiiii?» largo y lastimoso, repetido a coro, como si quisiesen expresar un: ¿por qué... por qué...? Ese quejido se replicó por varios puntos de la ciudad. Los bichos se llamaban unos a otros. Se dolían todos a una.

Siempre evité verlos. No soy un valiente, lo sé. Aquellas patas zancudas, aquella tez tan siniestra... bastaba ver su sombra para echarse a temblar. Si podía dar la vuelta y marcharme por otro sitio, ¿para qué iba a torturarme viendo cómo se saciaban en el vientre de un cadáver putrefacto?

La emisora zumbó por el canal dos:

—¿Doctor, me oye? ¿Los ha encontrado?

»—Deje ahí a Kathy y venga usted solo.

Debe haber algo peor que la vida, y mucho peor que la muerte. Algo que aquellos bichos saben manejar. Supongo que están por encima del bien, del mal, y todas sus derivadas. ¿Cómo nos considerarán? ¿Cómo una raza inteligente o sólo como carne? Muchas veces me lo pregunté. Ahora ya lo sé.

—¿Qué piensa de esto, doctor?

—Aún viven.

—No, no. Me niego. Esta puta mierda no puede estar viva.

—Palpita y pestaña. Sus amigos quieren decir algo... pero no pueden.

—Joder. ¿Qué le contaremos a Kathy? Está asustada.

—La verdad. Supongo que le di-

remos la verdad.

—¿Y cuál es esa verdad, doctor?

—Creo que ahora nos tienen miedo. Leí esto una vez: sabremos a qué le tiene más miedo nuestro enemigo, si observamos los métodos que usa para asustarnos.

—¿Miedo? Es ridículo. Además, eso que usted dice, como diría ese pobre de ahí, no explica una mierda.

—Ya lo sé. Viendo esa bola de carne, no se me ocurre otra cosa que decir... Tendremos que buscar alguna cosa para rematarlos.

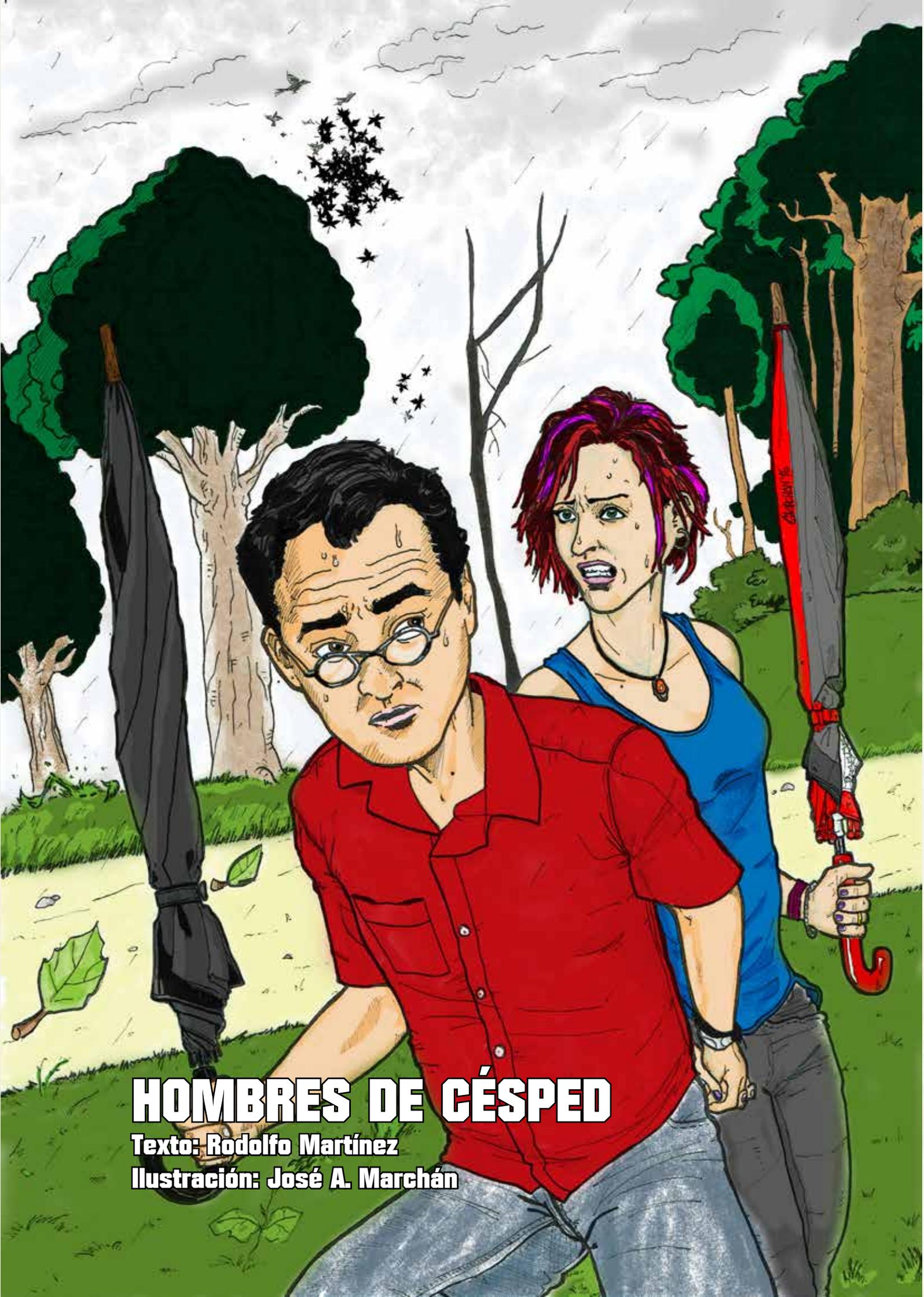
—¿Y qué haremos ahora nosotros tres solos?

—Si no encontramos a más HH, supongo que intentar seguir llevándonos bien; como hasta ahora.

—Ya...

—Mmm... ¿Por casualidad tiene usted condones, señor Cody?

—Ni de coña.



HOMBRES DE CÉSPED

Texto: Rodolfo Martínez

Ilustración: José A. Marchán

Como siempre, se obligaba a sí misma a cruzar el parque. Iba con la cabeza baja, la expresión concentrada y los dientes apretados, sin mirar a los lados, pero de algún modo consciente de lo que pasaba a su alrededor.

Sus pensamientos saltaban de un lado a otro sin que ella fuera consciente.

Ya vienen. No. Aún no. A lo mejor hoy no. Malditos cocodrilos. ¿Por qué estropean la comida metiéndola en el agua? Ahí hay uno. No. Pero vendrán. Igual hoy no. ¿Por qué no? Es martes. ¿No les gustan los martes? Carne pasada por agua. ¡Puag!

Seguía su camino, siempre con la cabeza baja y el paraguas enarbolado como si fuera un arma. Un paso. Otro más.

A su espalda, en la yerba, se formaba un bulto.

Ahí hay uno.

Seguía adelante. Podía oírlos, creciendo entre la yerba, formándose rápidamente, como si el suelo tuviera prisa en escupirlos. No se volvió, pero podía imaginarse su sonrisa vacía, los ojos negros, el modo en que sus cabezas se giraban para seguirla.

Llegó al final del parque y, al volverse, vio cómo iban desapareciendo poco a poco, absorbidos por la misma yerba que los había formado.

Estaban perezosos. ¿Por qué están perezosos los martes? Estúpido examen de francés. ¿Y mañana? Pero los miércoles no tienen nada de especial, sólo están ahí en medio, molestando. Francés oral, a quién narices se le ha ocurrido llamarlo así. Molestando, en medio, ni martes ni jueves. No están lo bastante lejos de los lunes, ni lo suficientemente cerca de los viernes. Una mierda. Los miércoles. Pero, ¿qué les importa a ellos? ¿Por qué están perezosos los

martes? Estúpido examen, la voy a pifiar, ya verás.

Cruzó la calle sin mirar a los lados y, por un momento, no supo exactamente dónde estaba. Luego, divisó la boca del metro, frunció el ceño una vez más y empezó a descender.

En la cafetería, tras el examen, descubrió que no llevaba el paraguas con ella.

Oh, mierda.

No lo había dejado en el metro, de eso estaba razonablemente segura. Así que tenía que estar en el aula.

Ahora no voy a ir a por él.

Se quitó el abrigo y se sentó y, al hacerlo, se vio a sí misma reflejada en el enorme espejo de la pared. Demasiado delgaducha, demasiado alta y demasiado seria. Y demasiado ridícula con aquel maldito gorro de lana en la cabeza. ¿Cuándo se lo había puesto?

Bueno, en casa, claro.

Se quitó el gorro y se sentó.

¿Nabokov? Uf, no, ahora no. Entonces, ¿quién? ¿Evelyn Waugh? ¿Con ese nombre de tía? Qué más da.

Tomó un libro y empezó a leerlo. Contuvo su impaciencia ante las primeras páginas y se obligó a sí misma a seguir. Ingleses. Estaban locos. Bueno, y quién no.

Siguió leyendo, indiferente al barullo a su alrededor. De vez en cuando levantaba la vista, reconocía a alguien, lo saludaba. A veces le devolvían el saludo, otras no. Le daba igual. Más o menos. Siguió leyendo.

Se apartó un mechón de pelo rojizo de la frente de un soplido, pero el maldito volvió a caer. Intentó colocárselo detrás de la oreja, pero no tardó en liberarse y volver a taparle el ojo.

Mejor cambio de postura.

Al hacerlo, vio que alguien se había sentado frente a ella, en la mesa de al lado. No lo conocía, pero, bueno, el mundo estaba lleno de gente desconocida. Era lo que tenía.

Un estudiante de los últimos cursos. O un profesor. O algo.

Se encogió de hombros y siguió leyendo, pero al cabo de un rato alzó la vista, convencida de que alguien la estaba mirando.

El desconocido de la mesa de enfrente parecía totalmente concentrado en repasar lo que había en unos folios y anotar algo de vez en cuando con un bolígrafo rojo. El resto del mundo seguía pasando a su alrededor, alborotando y sin ir a ninguna parte.

¿Me estaba mirando? Claro que no, idiota, ¿para qué iba a querer mirarte? Pero, entonces, ¿quién me miraba? Nadie. Que sí. Que no. Déjate de chorradas. Tienes que acabar el puñetero libro para el viernes. Pero me estaba mirando. Sí, claro, todo el mundo te mira, no te jode. Que me miraba. ¿Quién? No sé. El tipo ése.

Volvió a leer, pero ya no pudo concentrarse. O estaba leyendo siempre la misma página o todo el maldito libro era igual. Alzaba la vista. Volvía a leer. Fruncía el ceño y alzaba la vista de nuevo.

¡Sí!, ahora sí me está mirando.

En efecto, el desconocido había dejado de escribir y la contemplaba. Al darse cuenta de que ella también lo estaba mirando, ensayó un esbozo tímido de sonrisa, tomó de nuevo el bolígrafo rojo y siguió a lo suyo.

Me estaba mirando.

¿Y qué?

Intentó leer. Se sabía la condenada página de memoria, pero no le encontraba el menor sentido. Malditos ingleses.

Cerró el libro y se incorporó. Se

puso el abrigo, se guardó los libros en la mochila y luego miró el gorro de lana sin saber muy bien qué hacer.

Es para la cabeza, estúpida. Se supone que debes ponértelo en la cabeza. ¿Y si no me apetece? Pues guárdalo.

Se decidió y se puso el gorro. Echó a andar hacia la puerta y sintió cómo, al pasar junto a él, el desconocido alzaba la vista y enseguida devolvía su atención a los papeles.

Recuperó su paraguas del aula donde se había examinado.

Me voy a casa.

Caminó hasta la parada del metro. Se encontró con Lidia y hablaron de quedar aquel fin de semana. Luego, cada una fue a su línea.

No había casi nadie en el vagón. Pensó en seguir leyendo, pero descubrió que no le apetecía.

Demasiado inglés para mí.

Al otro extremo del vagón había una pareja. Se estaban dando un buen lote. Pensó en una zarpa amable recorriendo su espalda y luego intentó dejar de pensar en ello. No tuvo demasiado éxito.

Estuvo a punto de pasarse su parada. Saltó del vagón al andén cuando las puertas estaban a punto de cerrarse, tropezó y consiguió mantener el equilibrio tras un par de saltitos ridículos. El vagón echó a andar y tuvo un fugaz vistazo de la pareja, que seguía a lo suyo, y no tenían pinta de ir a dejarlo en un plazo razonable.

Salió al exterior. La tarde caía con la misma desgana de siempre y el parque, al otro lado de la calle, empezaba a llenarse de sombras.

Las sombras no importan. Las sombras son lo de menos. Ellos no se ocultan.

Como si no les importase que los vieran. Bueno, al fin y al cabo, nadie más que ella los veía.

Cruzó la calle y se detuvo a la entrada del parque. No quería entrar. Una vez más, se obligó a sí misma a hacerlo.

Había un par de policías patrullando. Para qué. No servían para nada. No eran capaces de ver nada.

Sus pasos por el sendero de grava sonaban amarillos, estridentes, como si no hubiera otro sonido en el mundo.

A su alrededor, en el césped, todo parecía tranquilo, y eso la puso nerviosa.

Están ahí. ¿Por qué no salen? Bueno, mejor si no salen, ¿no? Pero están ahí. Se están burlando. No quieren salir. Prefieren reírse de mí sin que los vea. Cabrones.

No le quedaba mucho para llegar al final del parque cuando lo sintió. A su derecha, la yerba empezó a susurrar y el suelo vomitó rápidamente a uno de ellos. Permaneció inmóvil unos segundos (la sonrisa vacía, la cabeza ladeada, los ojos siempre en sombra, las manos extendidas frente a él como si pidiera algo) y luego empezó a caminar, acompasándose a su paso.

Ella agarró el paraguas con más fuerza.

Aquí viene.

El hombre de yerba empezó a andar a saltitos. De vez en cuando giraba la cabeza y la miraba, siempre con aquella sonrisa estúpida, fría, demasiado grande.

Ella apretó el paso.

El hombre de yerba se detuvo. Giró. Saltó y se dejó caer sobre las manos. Anduvo boca abajo un rato y luego empezó a bailar. De pronto se detuvo de un salto y extendió las manos.

Ahora.

Sintió cómo se preparaba para el salto definitivo y, sin pensar en lo que hacía, alzó el paraguas, se lanzó sobre el hombre de yerba y lo atravesó.

No se daba cuenta de que estaba gritando mientras lo hacía:

—¡Se llamaba Carlos, cabrones, se llamaba Carlos!

El hombre de yerba contempló el paraguas que le atravesaba el pecho y su sonrisa se transformó en una expresión de asombro igual de vacía y de distante.

Una parodia chungu de la tristeza. Como un puñetero cocodrilo comiendo carne pasada por agua.

Sacó el paraguas. El hombre de yerba se miró el agujero en el pecho y luego, con un quejido amarillento y demasiado agudo, se convirtió en una especie de baba verde que se desparramó sobre el césped.

Ella no miró atrás. Siguió caminando, sujetando siempre con fuerza el paraguas. Jadeaba, pero no era consciente de ello.

Febrero era frío y amargo. Azul.

Pero al menos no era verde. Odiaba los meses verdes. El verde era, al fin y al cabo, el color de la muerte. Del olvido.

Al menos aquella noche no hacía demasiado frío, mientras iban de bar en bar celebrando el día del whisky.

—¡Feliz San Ballantine's! —gritaban entre trago y trago.

No pensaba. Intentaba no pensar. Sobre todo, trataba de no pensar en el parque, en los malditos hombres de césped saltarines, en aquella sonrisa helada y en sus ridículos pasos de baile.

Un trago. Otro más.

—¡Feliz San Ballantine's!

Al otro lado de la barra vio que al-

quien la miraba. Sonreía. Le guiñaba un ojo.

Joder, no, otro pesado, no.

Lidia se dio cuenta y le dijo algo al oído. Ella no lo oyó (la puñetera música estaba demasiado alta, como casi siempre) pero asintió como si lo encontrase gracioso. Luego, de pronto, al alzar la vista, se encontró con el tipo, plantado frente a ella, tan sonriente como un cerdo a punto de ser degollado.

—¿Nos conocemos? —le oyó preguntar.

No puede ser. No puede haber dicho eso. Nadie es tan tarugo. O sea, no me lo creo. Es imposible. ¿De qué parte de Tontolandia ha salido este imbécil?

Y, antes de que hubiera pensado qué iba a contestar, se dio cuenta de que su boca estaba hablando por sí misma:

—¿Quieres decir un conocimiento racional? —se oyó decir—. Pues va a ser que no, porque la verdad es que veo poco probable cualquier interacción de las matemáticas en algo que tenga relación conmigo. Yo no les gusto, mira tú si serán cretinas, y ellas no me gustan a mí, así que intentamos coincidir el menor número de veces posible.

¿Qué demonios estaba diciendo? Sin embargo, descubrió que no podía parar.

—Claro que siempre queda la puñetera zorra de la estadística, dispuesta a meter las narices donde no la llaman, y cuyos resultados se basan más en la fe que en la realidad, un poco como Dios, ya sabes, el tipo ése que hablaba con Charlton Heston, y que es, aparte de una gilipollez, poco fiable, pero eso mejor lo dejamos, que me han dicho que si dices su nombre tres veces aparece y te hace un calvo. El nombre de la estadística, quiero decir, no el

de Charlton Heston. Bueno, ni el de Dios. Creo.

Por el rabillo del ojo vio cómo Lidia se tapaba la boca e intentaba, inútilmente, no reírse.

—En cuanto al conocimiento sensible, me temo que tus sentidos te engañan si te dicen que me conoces; no les hagas ni puto caso. Al conocimiento real sólo se puede llegar por medio del pensamiento ¿y sabes qué me dicen las voces en mi pensamiento? Bueno, que estoy loca, pero eso no tiene nada que ver. ¡Que en mi vida te había visto y aún menos conocido en cualesquiera que sean los grados de conocimiento! Y dudo que lleguemos a conocernos. Feliz año.

Él tardó varios segundos en procesar lo que acababa de oír. Al final, parpadeó, frunció el ceño y dijo:

—Pero... ¿seguro que no nos conocemos?

Ante lo cual, Lidia ya se reía a mandíbula batiente y ella tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse seria.

—Sí —respondió—. Verás, Luke... yo soy tu padre.

Aquello terminó de desconcertarlo. Intentó recuperar su sonrisa de «seguro que esta noche follo» y acabó yéndose de allí sin conseguirlo del todo.

Joder, qué mal. Necesito otro trago.

Lidia, siempre perceptiva, se le había adelantado y le tendía una copa.

—¡Feliz San Ballantine's! —gritaron.

Cuando volvió a casa, había enfriado y todo era de un azul intenso, tan amargo que respirar era como tomarse una purga, y solo lo hacía cuando era estrictamente necesario.

Pasó junto al parque, pero no entró. No llevaba paraguas. Además, Lidia iba con ella, y nunca entraba en los parques cuando iba acompañada.

No desde hacía mucho tiempo.

Había un libro nuevo de Carroll en la librería. Eran las dos *Alicias* en un solo volumen, en una de esas ediciones grandes y de lujo tan incómodas de leer como agradables de mirar.

Lo sacó del estante y le echó un vistazo. Enarcó una ceja ante el precio. Joder. Luego, lo abrió y fue pasando rápidamente las páginas hasta los primeros capítulos de *A través del espejo*.

Allí estaba. El maldito poema. La puñetera ilustración.

La niña (o el mancebo, o lo que narices fuera) sujetando un espadón mayor que ella frente a una bestia demasiado ridícula para ser real. Una especie de dragón con cara de estreñimiento y chaleco abotonado.

Y al fondo... el bosque. El condenado bosque. Demasiado oscuro.

Y las palabras, claro. Las malditas palabras:

*'Twas brillig, and the slithy toves
Did gyre and gimble in the wabe:
All mimsy were the borogoves,
And the mome raths outgrabe.*

Cerró el libro y contuvo un estremecimiento. Volvió a ponerlo en la estantería y, al retroceder un par de pasos, chocó contra alguien.

Se volvió para disculparse, y se encontró con el tipo de la cafetería mirándola desde el otro lado de unas gafas redondas con una expresión que no supo descifrar.

Es él, el tío que me miraba. No te miraba, sólo cruzó la vista contigo. Calla, que está hablando.

—Lo siento —le oyó decir. Frunció el ceño—. Tú no eres una de mis alumnas, ¿verdad?

—Eh... no lo sé —¿Se había saltado alguna clase? O peor, ¿había ido a alguna clase y no lo recordaba?

—Doy un seminario de literatura creativa el último curso.

—Entonces no. Todavía me faltan unos años para eso.

Él sonrió.

—Bueno —dijo—, puedo esperar.

¿Qué ha dicho? ¿Qué demonios ha dicho?

Buscó algo que responder y no lo encontró. Se fijó en el montón de libros que él llevaba bajo el brazo.

—¿Lees ciencia ficción? —preguntó.

Claro que la lee. ¿Para qué crees que lleva esos mamotretos bajo el brazo, para hacer ejercicio? Imbécil.

Él asintió.

—Ciencia ficción, fantasía, terror, tebeos. —Dudó unos instantes—. Procuero mantenerme alejado de la literatura prospectiva, el Fantástico —la mayúscula sonó clara en su voz— y las novelas gráficas, sin embargo.

¿Qué?

—Claro —dijo, pese a todo, como si realmente supiera de qué estaba hablando—. Y quién no.

—Mucha gente, en realidad. Demasiada.

De algún modo, media hora más tarde estaban frente a frente en una mesa. Él tomaba un café, ella le daba sorbos distraídos a una cerveza.

—Así que te gusta Carroll.

¿Ves como me estaba mirando? Sabía el libro que pillé en la librería. Me estaba mirando. Vale, sí, ¿y qué? Pues que me estaba mirando.

Se apartó un mechón de pelo de la frente y trató de no bizquear.

—No sé —respondió—. Creo que sí. Aunque a veces...

Él apoyó los codos en la mesa y la barbilla en las manos.

—Cierto —dijo—. A veces... Sí, es un «a veces...» interesante. Al fin y al cabo, Carroll era el Mister Hyde del

reverendo Dodgson. Un tipo al que le gustaba fotografiar niñas ligeras de ropa y que escribía libros desquiciados. Piensa en *La caza del Snark*, por ejemplo.

—Mejor no.

Pareció encontrar divertida su respuesta.

—Puede.

Hubo un momento de silencio incómodo. Él bebió de su café. Ella tomó un trago de cerveza.

—Me gustan las ilustraciones —dijo ella, de pronto—. Las de Tenniel. Aunque también tienen algún «a veces...» que otro.

—¿Por ejemplo?

Cállate. ¿Por qué? Porque va a pensar que eres estúpida. O que estás loca. Bueno, lo estoy, ¿no?

Así que dijo:

—La de *Jabberwocky*. Debería ser graciosa. El monstruo es ridículo. Ese puñetero chaleco. Parece un chupatintas inglés. —Él sonrió—. Pero el bosque... Ése bosque es algo chungo. Da mal rollo. Allí hay cosas...

—Que no deberían salir de él.

Ella asintió, sin darse cuenta.

—Pero salen —dijo.

Él se echó hacia atrás en la silla y se llevó un índice a los labios.

Ya está. Está pensando que estás loca.

Pero no parecía estar pensando eso. Era como si tratase de digerir sus palabras, como si intentase decidir si significaban lo que creía.

—Sí —dijo al fin.

Sólo eso. «Sí». Y ya estaba.

¿Y ahora qué?

—Estoy loca —susurró, sin saber por qué lo hacía.

Él frunció el ceño.

—¿Seguro? —preguntó.

—No sé, a veces. Eso creo —respondió ella sin apartar la vista de su cerveza.

—Bueno, parece una locura interesante, en cualquier caso.

Alzó la vista y vio que estaba sonriendo, como si lo que acababa de decir fuera verdad.

—¿Nunca pierdes los papeles? —preguntó, sin saber por qué lo hacía.

Él se encogió de hombros.

—Intento no hacerlo. Sobre todo cuando estoy con alguien que es posible que se convierta en la responsable de que me despidan. Mejor mantener la calma en un caso así.

—¿Cómo?

¿De qué habla?

—Ya sabes. Conflicto deontológico y todo eso. Abuso de poder. Ética de la docencia. Tutorías horizontales. Esas cosas. Supongo que sabrás que no está bien visto que un profesor se intente liar con su alumna. A lo mejor hasta es inmoral.

Ella iba a decir que aún no era su alumna, pero se lo pensó mejor y guardó silencio. ¿Y si él se reía y le respondía que no estaba hablando de ella? En lugar de eso, soltó:

—Eres muy raro.

Serás burra.

Pero él sólo se encogió de hombros y, sin dejar de sonreír, dijo:

—Gracias.

Exámenes. Puñeteros exámenes.

Y todos aquellos libros. Nabokov. Waugh. Fowles. Highsmith. Ellis. Faulkner... no, Faulkner no, por el amor de Dios. Ése no.

Febrero iba muriendo y, poco a poco, el aire dejaba de tener el sabor amargo del frío y se iba volviendo dulce. No mucho, pero era algo.

Los hombres de césped parecían extrañamente inactivos aquel año. Como si el invierno, más frío de lo normal, los volviera perezosos.

Todas las mañanas, antes de salir de casa, se detenía unos minutos

en el paragüero y elegía el paraguas adecuado.

¿Adecuado para qué? Da lo mismo uno que otro.

Pero no era cierto, y lo sabía. No todos funcionaban de la misma manera y, algunos días, unos eran mejores que otros. Así que se quedaba mirando el paragüero como una estúpida hasta que al fin daba con el paraguas correcto.

Sólo entonces salía de casa.

Cruzaba el parque, una vez a la ida, otra a la vuelta. A veces no pasaba nada. Otras, los hombres de césped surgían a su paso y se quedaban inmóviles, viéndola pasar sin hacer nada, con aquellas sonrisas estúpidas y horribles plantadas en sus rostros verdes. Algún día, uno de ellos empezaba a caminar, saltaba y se ponía a bailar; no siempre lo hacía cerca de ella, como si hubieran aprendido a tenerle miedo, por fin.

El año pasado habían estado por todas partes. No sólo en el parque. En los montículos de yerba de las rotondas. En los parches de las medianas en algunas calles. En cualquier sitio donde hubiera un atisbo de césped.

Pero este año estaban perezosos. Apenas los había visto fuera del parque. Y en él, no siempre asomaban.

Cuando lo hacían, y empezaban a bailar, y se preparaban para saltar sobre ella, siempre era igual. Sin pensárselo, se lanzaba contra ellos paraguas en ristre sin dejar de gritar:

—¡Se llamaba Carlos, cabrones, se llamaba Carlos!

Luego, miraba a su alrededor, y se aseguraba de que nadie había visto algo raro.

Para qué. Nunca ven nada. Nunca los ven. La gente desaparece y nadie ve nada.

Los exámenes llegaron a su fin. Algunos libros también.

Cuando se cruzaban en la cafetería, él la saludaba con un cabeceo y una sonrisa y seguía con lo suyo. No hacía ningún esfuerzo en aproximarse más.

En ocasiones, ella se descubría mirando a su alrededor, buscándolo con la mirada. A veces lo encontraba. Sonreía (*como una auténtica imbécil*, le decía su irritante voz interior) y seguía su camino.

Empezó a ir a la misma librería todos los viernes a la misma hora. Él, como no se había atrevido a esperar, estaba allí, deambulando indiferente entre los estantes, matando el tiempo como si estuviera esperando a alguien.

Lidia insistía en atajar por el parque, y ella se negaba.

—Venga, no seas idiota. Es un rodeo de la hostia.

Tiraba de ella como de un becerro camino del matadero. Al final cedió. Quizá hubiera suerte. Al fin y al cabo, estaban perezosos, lo habían estado todo el invierno. Como mucho, podía atacarlas uno, y ella podía ocuparse de ello.

—Vale—dijo al fin, a regañadientes. No pasó nada, al principio.

La gente paseaba, iban a sus cosas y no prestaban mucha atención a lo que pasaba a su alrededor. A lo lejos, una pareja de policías hacía su ronda. Y el césped estaba tranquilo. Dormido. Todo parecía dormido a aquellas horas, como si el universo entero se hubiera puesto a echar una siesta. De las largas. Con pijama y todo.

No te fíes.

Pero siguieron caminando y seguía sin pasar nada. No tardaron en divisar el otro extremo del parque y contuvo apenas un suspiro de alivio.

Fue como si hubiera dado una señal. Como si hubiese disparado una alarma.

Empezaron a salir por todas partes. A su alrededor, frente a ellas, a lo lejos. Todo el parque bullía de hombres de césped, vomitados por la yerba a un ritmo convulso y casi frenético.

Y no estaban inmóviles. Las miraban. Sus sonrisas... nunca había visto sus sonrisas tan grandes y frías, tan ridículas y amenazadoras.

Se movían. Caminaban. Saltaban. Bailaban.

Apretó el paso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lidia.

Pero ella no contestó. Sólo quería salir de allí. Lo más rápido posible. Antes de que fuera demasiado tarde.

Estaban tan cerca...

Sintió que uno de ellos se preparaba para saltar. Se lanzó sobre él y le clavó el paraguas:

—¡Se llamaba Carlos, cabrones, se llamaba Carlos!

Notó movimiento a sus espaldas. Otro más. Entró a matar y sintió cómo el paraguas se hundía en algo blando y pegajoso. Lo sacó y se giró.

Otro.

Y otro.

Se habían vuelto locos. Estaban por todas partes. Y ella se lanzaba contra cada movimiento, cada rastro fugaz de verde entrevisto por el rabillo del ojo, cada sonido, cada sonrisa.

A su lado, Lidia la contemplaba incrédula, sin comprender y sin atreverse a hablar.

Y ella seguía. Bailando su baile mortal con los hombres de césped. Con sus sonrisas verdes y sus ojos vacíos.

Vio venir a uno a lo lejos. Corría y saltaba, como si fuera la protagonista estúpida de un musical absurdo y las colinas estuvieran vivas con el

sonido de la música. Se giró y trató de ir a por él, pero tropezó con sus propios pies y cayó al suelo.

¡No!

Entonces, el hombre de césped saltó y, en el aire, se deshizo en millones de briznas multicolores, como si estuviera hecho de confeti.

Intentó incorporarse, pero sabía que era demasiado tarde, que no llegaría a tiempo, que era inútil.

Logró abrir el paraguas y protegerse de la lluvia de confeti que había sido el hombre de césped.

Pero no a Lidia.

Se quedó completamente inmóvil y no pudo apartar la vista.

Otra vez no, por favor.

Pero sus ruegos no encontraron respuesta. La nube de briznas multicolor cayó sobre Lidia, sobre toda ella, y cubrió su cuerpo en un parpadeo. Lo último que vio de Lidia fueron sus ojos abiertos en un gesto de terror y desamparo que no podría olvidar.

Luego, la yerba la devoró y Lidia desapareció.

Al instante, todo se calmó. Los hombres de césped fueron absorbidos por el suelo una vez más y el parque volvió a la normalidad.

Alguien se inclinaba hacia ella y le tendía una mano.

—¿Se encuentra bien?

Cerró el paraguas y se incorporó.

—Tropecé —consiguió decir sin apenas tartamudear.

Salió del parque como si estuviera sonámbula. Encontró un banco y se dejó caer en él, vencida e incapaz de llorar. Tomó aire. Sabía a derrota y a miedo. A olvido y a muerte.

Lidia no existía. Había sido devorada. Y, como había pasado antes, había sido olvidada. Nadie se acordaría de su existencia, ni amigos ni familiares ni conocidos. No quedarían registros de su paso por el mundo. Nadie la recordaría.

Sólo yo.

Y entonces sí, con una última bocanada de aire, pudo llorar.

Aquel viernes, él notó que pasaba algo, pero no dijo nada.

Charlaron un rato, como hacían siempre que se encontraban en la librería. No habían vuelto a tomar algo juntos desde la primera vez.

Ella respondía de un modo ausente pero él no parecía desanimado. Con su montón de libros bajo el brazo (siempre parecía llevar un montón de libros bajo el brazo y ella se había preguntado alguna vez si no sería el mismo) le propuso tomarse un café.

Ella asintió sin saber muy bien lo que hacía.

De pronto, mientras salían de la librería él preguntó:

—¿Tu amiga ha dejado la Universidad?

¿Qué?

—¿Qué? —dijo en voz alta.

—No la he visto por ahí desde la semana pasada —dijo él, indiferente—. Me pareció raro. Además —añadió con una sonrisa—, pensé que era una lástima. Alegraba bastante la vista.

—¿Recuerdas a... Lidia? —preguntó ella.

Pronunciar su nombre en voz alta fue como atravesar un muro. Sintió que se mareaba.

—Sí, claro, aunque no sabía cómo se llamaba. Os he visto juntas unas cuantas veces.

Ella se apoyó en la pared.

No, no es posible. No puede ser. Él no puede...

Alzó la vista, sin saber qué decir. Y entonces él se asustó.

—Dios mío —dijo—. ¿Qué pasa? Traes una cara horrible.

Ella no pudo responder. Se apoyó

de nuevo en la pared y sintió que el mundo entero giraba a su alrededor.

—¿Estás bien?

Consiguió asentir. Aunque no estaba segura. En aquel momento no sabía si estaba bien o estaba mal, no tenía ni idea de nada. Era como si todo lo que hubiera dado por sentado desde siempre se hubiera desvanecido de pronto. Y no estaba segura de si aquello era bueno o malo.

—¿De verdad?

Le miró y la preocupación que descubrió plantada en su rostro la hizo sentirse mejor de repente. El mundo dejó de girar y pudo dejar la pared y permanecer de pie.

—Sí —logró decir.

¿Y ahora qué?

Se mordió el labio.

—Vamos a tomar algo —dijo.

Él dudó unos instantes y luego terminó asintiendo.

Díselo. ¿El qué, qué quieres que le diga, que si ha visto a los hombres de césped? ¿Estás loca? Bueno, teniendo en cuenta que no soy más que una voz en tu cabeza, es bastante probable. Díselo, ¿qué es lo peor que puede pasar? No. Díselo, idiota.

—¿Nunca pasas por el parque? —fue lo que preguntó, sin embargo.

Él se echó para atrás, como si lo hubieran golpeado, y ensayó una sonrisa poco convincente.

—Bueno, soy un urbanita convencido, me temo —dijo—. La naturaleza es ese sitio que queda tan lejos, ya sabes. Y la naturaleza domesticada que hay en las ciudades...

—No está domesticada... —susurró ella, sin alzar la vista de su vaso de cerveza.

Sintió cómo él tomaba aire y lo dejaba escapar lentamente.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Ella alzó la vista. Estaba preocupado. No. Incómodo. Se sentía claramente incómodo.

—Nunca pasas por el parque —soltó de repente—. Ni pisas la yerba. En ningún sitio.

—Bueno... —dijo él, cada vez más nervioso.

—¿Lo haces?

Fue como si la palabra le fuese arrancada contra su voluntad:

—No.

—¿Por qué?

—No sé. Dímelo tú.

Se mordió el labio. Tomó un trago de cerveza. Posó el vaso sobre la mesa y miró por la ventana. Más allá, al final de la calle, ésta moría en una gran rotonda coronada por un montículo de yerba.

—Porque tienes miedo de los... de los...

—¿Los Jumping Grassmen? —preguntó él.

Parecía sorprendido ante lo que acababa de decir, como si no se creyera sus propias palabras.

Los ha visto. Los ha visto. No estoy loca y los ha visto. O si estoy loca, pero los ha visto, joder.

—Sí —logró decir—. Aunque yo nunca los he llamado así. Son los... los hombres de césped.

Era la primera vez que decía el nombre en voz alta y el alivio que experimentó al hacerlo fue tan intenso que casi la tumbó.

—Los hombres de césped —repitió él, saboreando las palabras.

—Vienen del bosque —dijo ella, incapaz de dejar de hablar una vez que había empezado—. De lo más oscuro. Del corazón más oscuro del bosque, donde no ha llegado jamás la luz del sol. No deberían salir de él. Son sus guardianes. O lo fueron. Nunca debieron salir de él. Pero lo han hecho. Hemos talado los bosques, los hemos quemado, hemos construido

encima, hemos... y ellos han venido a nosotros. Viven bajo el suelo, bajo la yerba. Y a veces salen, y caminan. Saltan y bailan. Y... y a veces...

—Caen sobre ti y te devoran. —De nuevo parecía sorprendido ante sus palabras.

Ella asintió.

—Y entonces no queda rastro alguno de ti. Desapareces. Como si nunca hubieras existido. El mundo te olvida. Nadie te recuerda.

Él no dijo nada. Sus ojos eran dos ascuas marrones, y vio que apretaba los puños hasta que sus nudillos quedaban blancos.

—Pasé mi infancia en Inglaterra —dijo de repente. Le costaba articular las palabras—. Y los vi siendo niño. —Se llevó una mano a la frente—. Los vi —repitió—. Los vi —dijo una vez más—. Desde entonces, no he vuelto a pisar la yerba.

—¿Viste cómo devor...?

—A un amigo de mis padres. Nadie más lo vio. Y todos siguieron como si no hubiera pasado nada.

Ella asintió.

—Mataron a mi hermano —dijo—. Nadie se acuerda de él. Pero yo sí. Se llamaba Carlos.

—Carlos —repitió él.

—Carlos —dijo ella.

Él sonrió y abrió las manos. Todo su cuerpo se relajó.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—No sé —dijo.

Hablaron. Y hablaron. Y hablaron.

Ella le contó cuanto sabía. Él nunca le preguntó cómo lo había averiguado, lo cual era un alivio porque, ¿qué podía decirle? ¿Qué, simplemente, lo sabía?

Pero él se limitaba a aceptar la información, como si todo cuanto ella decía fuera obvio.

—Un paraguas —murmuraba—. Les haces frente con un paraguas.

—Probé muchas cosas. Pero el paraguas es lo único que encontré. Tiene que tener la punta de madera. Y, si estás bajo él, abierto, te protege de su lluvia. Abierto el paraguas, no tú, quiero decir...

—¿Y todo este tiempo...?

—Paso por el parque. Todos los días. Una vez por la mañana. Otra por la tarde. Me enfrento a ellos. Hago lo que puedo. Tal vez, si mato los suficientes...

—Te devolverán a tu hermano.

—No lo harán, ¿verdad?

Él meneó la cabeza.

—No lo creo. No sé gran cosa de ellos. No tanto como sabes tú, desde luego. Los vi una vez y me limité a huir de ellos, de cualquier lugar donde pudieran encontrarme. No sé, de algún modo supe que debía evitar la yerba, que fuera de ella estaría a salvo. Pero creo que no, que no te lo devolverán.

—Lo sé. Lo he sabido siempre. Pero... tengo que hacer algo. No puedo quedarme parada. Si me rindo... ellos no deben vencer, aunque yo no pueda ganar nunca. No puedo permitirlo.

Él soltó el aire poco a poco.

—He pasado aterrado todos estos años. Incapaz de aceptar lo que vi, y al mismo tiempo incapaz de negarlo. Y tú... tú les has estado haciendo frente desde que eras una niña. Eres la persona más valiente que he conocido.

Ella se encogió de hombros, incómoda ante el cumplido, ante la patente admiración en la voz de él.

—No. Sólo estoy loca y soy una imprudente.

Él sonrió.

—Ojalá yo estuviera la mitad de loco o fuera la mitad de imprudente.

—¿Por qué los vemos? —pregun-

tó ella de un modo brusco, impaciente por cambiar de tema. Había algo que sonaba apresurado en su voz, casi arisco—. ¿Por qué nosotros los vemos? ¿Y por qué recordamos?

—Buena pregunta. —Lo pensó unos instantes y ella comprendió que él no tenía ni idea de lo atractivo que estaba cuando adoptaba aquella pose meditabunda—. No lo sé. Aunque supongo que recordamos porque los vemos. O quizá sea al revés. Si esto fuera un cuento de ciencia ficción seguro que descubriríamos que somos sensibles a longitudes de onda del espectro que el ojo humano normal no percibe. Que somos —sonrió— mutantes.

—¿Y si fuera de fantasía?

—Bueno, eso es más fácil, incluso. Fuimos marcados en nuestra infancia. Aunque nunca descubriremos por quién.

—¿Y si fuera de... terror?

—Entonces... bueno, supongo que en ese caso, en el momento mismo en que decidiéramos acostarnos juntos seríamos atravesados con un machete por un psicópata inmortal con la cara cubierta por una máscara de hockey. —Hizo una pausa. Parecía nervioso—. Aunque yo correría el riesgo de buen grado.

—Pues ya somos dos.

El invierno moría lentamente en una primavera que no tenía ninguna prisa en llegar. Los días iban perdiendo su aspecto azul a medida que se volvían más cálidos.

En la Facultad, mantenían las distancias. Un saludo aquí, una sonrisa allá, media docena de palabras intercambiadas en una conversación banal...

Se veían en la librería. En la cafetería. En casa de él.

Y nunca cruzaban el parque.

Nunca se acercaban a la yerba.

No hablaban mucho del asunto.

De los hombres de césped. Los Jumping Grassmen.

Un día él dijo:

—He hablado con un par de amigos. Escritores de fantasía. —Ella lo miró con el ceño fruncido y se incorporó en la cama—. Tranquila, no les he dicho nada. Sólo les he preguntado si conocían alguna leyenda, alguna historia, lo que fuese sobre unos tipos hechos de yerba y... bueno, les expliqué el asunto como si fuera algo que había oído por ahí.

Él seguía tumbado boca arriba. Ella se había sentado y abrazaba sus propias rodillas.

—Saben bastante del tema. De leyendas, mitos, cuentos populares y esas cosas. Las suelen usar en lo que escriben. —Se dio cuenta de que se estaba yendo por las ramas y se detuvo un instante—. Parece ser que hay un viejo mito australiano bastante parecido a nuestros... bueno, ya sabes.

Ella asintió, sin mirarlo.

—¿Cómo es?

—Según me han dicho, los hombres de yerba, bueno, mis amigos los llaman así... da igual. Fueron creados en la era del sueño, antes del nacimiento del hombre. Debían proteger el corazón de los bosques. Eran criaturas hechas de yerba, de aspecto humano y sonrisa eterna. Algo así. Según la leyenda, sólo un palo de lluvia puede detenerlos. Para mis amigos, un palo de lluvia es una especie de bastón que se usa para invocar a la lluvia. Pero, claro, un paraguas también es un palo de lluvia.

Ella no dijo nada.

—Y, en realidad, no hay mucho más. Protegen los bosques y todo eso. Y no pueden vivir en un lugar donde no haya yerba. Eso es todo.

—¿Y qué pasa con la gente que...

que devoran? —consiguió preguntar.

—Desaparecen. Vuelven a la era del sueño, antes de que el mundo estuviera formado.

—Se los olvida.

—Supongo que es eso. —Se incorporó a medias y se apoyó en el codo—. A veces te gustaría poder olvidar —dijo.

Ella negó con la cabeza pero dijo:

—Sí.

Se echó a llorar. De un modo tranquilo, manso, casi imperceptible. Él la abrazó y se sintió como un completo inútil.

La primavera no tardó en dar paso a un verano extraño. Algunos días, el calor y la humedad volvían pegajoso el mundo; de pronto, la temperatura descendía y todo se hacía duro y frío aunque el sol siguiera brillando en un cielo sin una nube.

El curso terminó. Y, con él, la necesidad de aparentar ser dos conocidos casuales que se saludaban, se cruzaban una mirada y seguían su camino.

No pasaban por el parque. Evitaban la yerba allá donde estuviera. Lentamente, dejaron de hablar del asunto.

Pero seguía ahí. Tras las preguntas no formuladas. Agazapado en miradas huidizas o en gestos reprimidos. Estaba, en realidad, en todas partes, acechándolos como un fantasma tozudo pero sutil que nunca asomaba del todo pero no terminaba de irse jamás.

A veces él la oía hablar en sueños. Su cuerpo se convertía en esos momentos en una algarabía de manotazos y patadas mientras murmullos incoherentes llenos de Carlos y de Lidia se escapaban de su boca. Él la abrazaba en silencio y esperaba.

En agosto, la ciudad se convirtió en un pueblo fantasma en el que

ellos parecían los únicos habitantes. Ellos y, por supuesto, aquello que nunca mencionaban.

—Voy a pasar por el parque.

Idiota. Estás loca. Eres más imbécil de lo que creía. Eres una... ¡Cállate!

Y la voz se calló.

—¿Estás segura? —preguntó él.

Ella asintió.

—Tengo que hacerlo. No puedo...

—Dejar que ganen, sí, aunque nosotros no podamos vencer. —Se lo pensó unos instantes—. Voy por un paraguas —dijo al fin.

—Pero tú no tienes...

—Sí, sí que tengo. Si tú vas, yo voy.

A su pesar, ella sonrió.

—Si el mundo va a olvidarnos, que nos olvide juntos —dijo él. Bajó la vista, de repente y ella vio que se había ruborizado—. Lo siento, dentro de mi cabeza sonaba mejor, te lo aseguro.

—A mí ni me ha sonado mal —dijo ella—. Y me gusta.

Se tomaron su tiempo, como si supieran que era la última vez que cada uno iba a sentir la piel del otro. Luego, armados con sus paraguas, salieron de la casa.

El parque estaba lleno de gente, pero no había rastro de los hombres de césped. Ella recordó la última vez que había pasado por allí, con Lidia, y se preguntó si se habrían dado por vencidos, si tras arrebatarse a su amiga se habrían quedado satisfechos.

Sabía que no.

Vas a morir, estúpida. O va a morir él. O vais a morir los dos. O yo qué sé, pero esto no es bueno, no lo es. Salid de aquí, volved a casa, follad como conejos. Largaos. Vais a morir. O lo va a hacer él, y será peor.

Pero no les hizo ningún caso a

sus voces. En aquel momento, no importaban.

Iban cogidos de la mano, con el paraguas en la otra, preparados, en guardia como dos espadachines a punto de pasar una prueba mortal. Él caminaba de un modo agarrotado, con todo el cuerpo rígido, y mirando continuamente a los lados. Se agarraba a ella como si fuera lo único real en el mundo, y hasta respirar parecía costarle trabajo.

De pronto, ella le oyó recitar algo:

*Beware the Jabberwock, my son!
The jaws that bite, the claws that catch!
Beware the Jubjub bird, and shun
The frumious Bandersnatch!*

—No nos vendrían mal ahora un Bandersnatch o dos —dijo, al acabar. Ella sonrió.

—O incluso un Jabberwock.

Siguieron caminando.

Estaban a mitad del parque cuando la yerba empezó a alborotarse a su alrededor. A los lados del camino de grava que seguían todo se agitaba, se movía, parecía a punto de hervir y entrar en erupción.

Y luego, fueron saliendo. Uno tras otro. Verdes, vacíos, sonrientes. Inmóviles.

Al principio, él se detuvo, incapaz de seguir caminando. Luego, le apretó a ella la mano y continuó.

Un paso, otro más.

Los hombres de césped seguían inmóviles. Seguían saliendo del suelo, tantos que parecía imposible que hubiera sitio para todos. Salían y se quedaban allí, inmóviles, sonrientes, vacíos.

Un nuevo paso. El final del parque, visible al fondo, como una promesa.

Los hombres de césped empezaron a moverse. Sólo un poco. Un ligero balanceo a un lado y a otro.

Otro paso más. Y otro.

Y, de pronto, empezaron a bailar, a saltar todos ellos, en una coreografía absurda y sin sentido que, sin embargo, resultaba hipnótica.

Siguieron caminando. Tranquilos. Sin apretar el paso.

El final del parque, más cerca.

Uno de los hombres de césped empezó a saltar. El paraguas de ella lo convirtió en un montón de baba verde que se deshizo con rapidez. Otro. Otro más.

Con torpeza, sin estar seguro de lo que hacía, él atacó a uno de los de su lado. Apenas pudo evitar un grito al ver caer a su objetivo.

—¡Ja! —exclamó.

—¡Se llamaba Carlos, cabrones, se llamaba Carlos! —gritaba ella.

Y, de pronto, él se descubrió gritando lo mismo y atacando como si fuera el mejor espadachín del mundo. Era el Cyrano de los paraguas. El D'Artagnan de los palos de lluvia. El azote de los hombres de césped. Era Íñigo Montoya y aquellos cabrones habían matado a su padre, que se preparasen para morir. Era Westley, y a su lado Buttercup machacaba a los malos sin compasión. Era Scaramouche, era el capitán Blood, era el Corsario negro y el puñetero Sandokán. Y junto a él estaba Bêlit, la diablesa con el paraguas, la Reina de la Costa Negra.

Se iban a enterar aquellos hombrecillos de yerba. Iban a saber lo que valía un peine.

El tiempo parecía haberse detenido a su alrededor. La luz se había convertido en algo sólido, palpable.

Los hombres de césped seguían saliendo.

Y seguían muriendo.

Uno. Y otro. A tu izquierda. Delante. Detrás. Cámbiate de lado. Gira. Golpea. Ataca. No dejes de gritar.

Y, de pronto, los dos sintieron que

resbalaban. Cayeron al suelo hechos una madeja en la que no eran capaces de distinguir de quién eran todos aquellos brazos y piernas.

Silencio.

A su alrededor no había más que silencio.

Con el corazón en un puño, se separaron, se dieron la vuelta y vieron un ejército de hombres de césped ocupando todo el parque, totalmente inmóviles, contemplándolos.

Estaban junto a la salida del parque, pero aún no completamente a salvo, con parte de sus cuerpos en la yerba y parte sobre la grava del camino.

Empezaron a retroceder. Se miraron. Se quedaron inmóviles.

En los labios de los hombres de césped, por primera vez, ella vio algo que no era una sonrisa. Y en sus ojos, algo distinto al vacío.

Rabia. Frustración.

¿Por qué no saltan? ¿Por qué no caen sobre nosotros y nos devoran?

Pero seguían inmóviles, como si el tiempo se hubiera detenido a su alrededor.

Se está nublando.

Alzó la vista. El cielo, que había estado totalmente despejado hasta aquel momento, se cubrió de nubes grises y plomizas.

Va a llover. Se han parado porque va a llover. ¿Qué más da que llueva? ¿Por qué no se mueven? Porque va a llover. No digas tonterías, eso no tiene nada que ver. Qué importa que llueva. ¿Por qué no saltan?

Miró el paraguas en su mano y recordó lo que él le había contado, aquel cuento australiano sobre la era del sueño.

El palo de lluvia.

Sin saber por qué lo hacía, sonrió. Sonrió por primera vez mirando a sus enemigos.

—¡Carlos! —gritó—. ¡Lidia!

Él, perplejo al principio, estuvo a punto de preguntarle qué ocurría. En vez de eso, coreó su grito.

Los hombres de césped temblaron. ¿Rabia? ¿Miedo? No importaba, las dos cosas eran buenas. Cualquiera de las dos era buena, y las dos juntas, mucho mejor.

—¡Carlos! ¡Lidia! —gritaron los dos a la vez.

Empezó a llover.

Una gota en el rostro. Otra junto a su pie. Otra algo más allá, entre el ejército de hombres de yerba que seguía inmóvil.

Una gota en uno de ellos. Y un agujero en su piel, un hueco humeante que lo hizo estremecerse.

Los cielos se abrieron de repente. La lluvia se convirtió en una cortina espesa, densa, que lo volvía todo irreal. Llovía con furia, con prisa.

Los hombres de césped temblaron, incapaces de escapar y, de pronto, se deshicieron en una gelatina verde que la lluvia no tardó en limpiar.

Sólo entonces se pusieron de pie y miraron a su alrededor. La gente buscaba un refugio para la lluvia. Unos pocos los miraban como si estuvieran locos, pero no les importaba demasiado.

Al fin y al cabo, quizá tuvieran razón. Tal vez estaban locos.

Jadeantes, se miraron. Ninguno de los dos se había sentido nunca tan vivo.

—¿Ha acabado? —preguntó él.

Ella miró hacia el parque vacío. Negó con la cabeza.

—No lo creo. —Se encogió de hombros—. Pero no importa.

Sonrieron. Miraron los paraguas en sus manos. Él hizo ademán de abrir el suyo, pero ella lo detuvo.

—Qué más da —dijo.

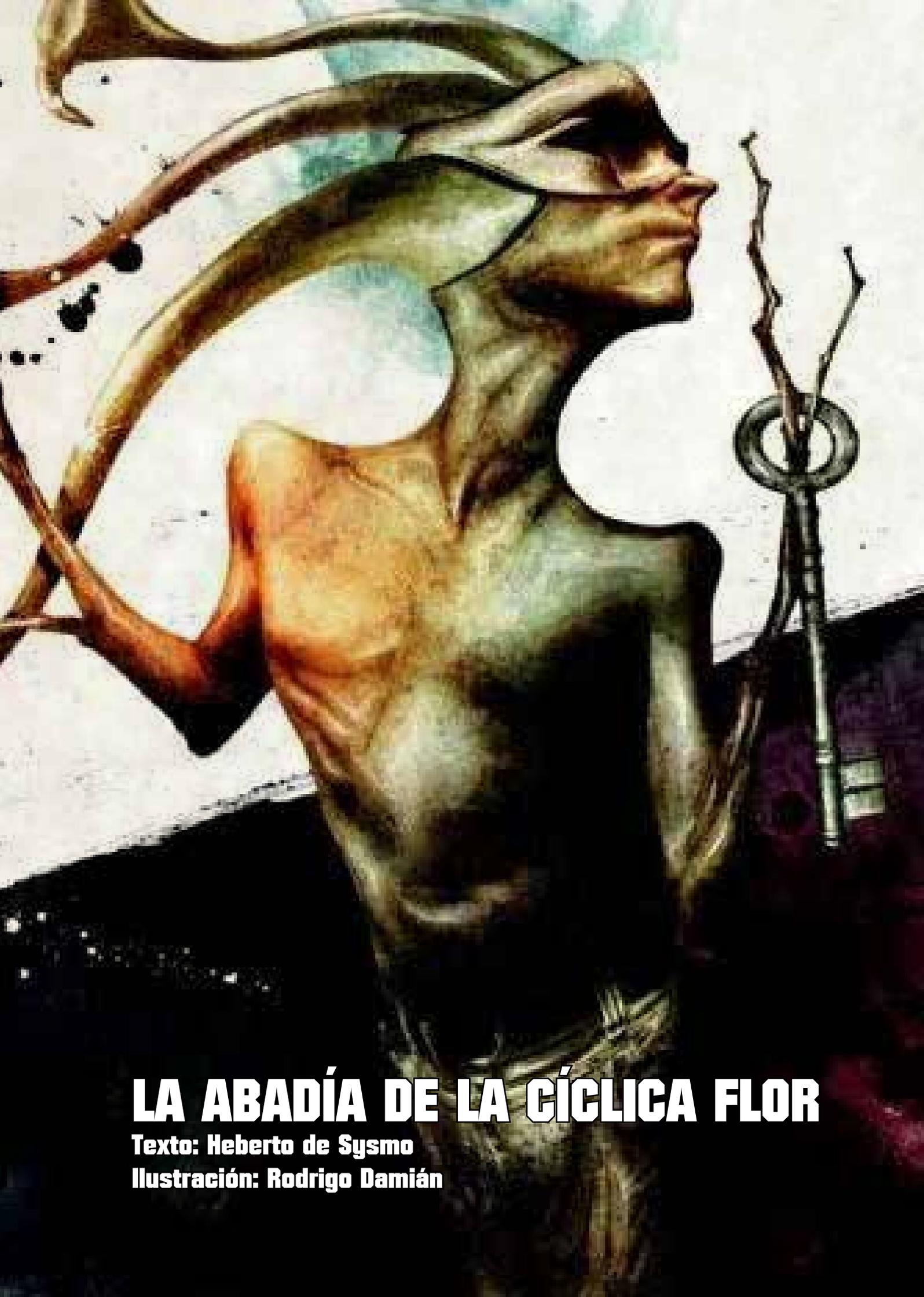
Él asintió.

—Palos de lluvia —murmuró.

—Palos de lluvia —repitió ella.

Dieron media vuelta y volvieron al parque. Pasearon por él a su antojo, pisando la yerba sin preocuparse, mientras la lluvia seguía cayendo a su alrededor y limpiaba el mundo para ellos. El parque estaba vacío y les pertenecía.

Al menos de momento. Hasta la próxima vez, quizá.



LA ABADÍA DE LA CÍCLICA FLOR

Texto: Heberto de Sysmo

Ilustración: Rodrigo Damián

«Cuando las sombras se alzan
y a todo visten cuando los ecos,
si vuelven, a la cordura espantan,
cuando suena el himno oscuro
que al último halo escurre
entonces el Día se acuesta
y la Noche se levanta...».

*Pasaje anónimo del
«Libro del Dios Abisal»*

Aquella noche Meliés, un fraile atribulado por una vida de desconciertos, se despertó sobresaltado y sudoroso en medio de la oscuridad, apartó la venda de sus ojos y cuando comprobó que estaba completamente solo en aquella habitación, se reclinó y continuó durmiendo.

Meliés había pertenecido durante años a la *Orden del Misterio Adventicio*, congregación que adoraba a una imagen mística, en apariencia femenina, que había sido encontrada en una región donde todo aquel que había vivido allí, había sido testigo o protagonista de un milagro, el condado de *Borbo*.

Era un hombre desgarrado, de unos cincuenta años, de complexión fuerte y ausencia de pelo, sufrió desde muy niño una atriquia atípica que lo hizo diferenciar a simple vista del resto de personas; tanto, que en el pueblo donde empezó a oficiar sus primeras misas era conocido popularmente como «el cura esfinge».

Algunos pensaban que el calificativo de esfinge era por su impasible seriedad y rigidez de gestos, pero no, era por su semejanza con esa raza de gatos lampiños que aterrorizaban sólo con verlos a mucha gente, ya que parecían despellejados. Además, a Meliés le encantaban los gatos, alimentaba a los que encontraba abandonados y por eso los afortunados felinos muchas veces lo seguían.

Pero aquella singularidad capilar no era lo único que este fraile tenía de especial, su pasado había sido centro de todas las miradas en multitud de ocasiones; allá donde fuera y por motivos muy diferentes, parecía como si alguien lo hubiera maldicho o si sus carnes fueran pasto de algún mal de ojo. Los problemas se habían ido cruzando en su camino, a veces, hasta con la mejor de las voluntades, algo tan persistente que consiguió desesperarlo en dos ocasiones clave, dos angustiosas crisis nerviosas que le habían dejado secuelas, como por ejemplo, un pequeño temblor en las manos cuando se ponía muy nervioso.

Por unos sucesos lamentables acaecidos hacía ahora ocho largos años, Meliés fue juzgado en público y considerado culpable, e instado por la archidiócesis que lo instruyó a abandonar sus labores de párroco y ser desterrado a los muros de la deshabitada e inhóspita Abadía de la cíclica Flor. Durante los primeros meses que Meliés pasó allí pensó que aquel gesto había sido en forma de castigo, como si el lugar estuviera embrujado, pero con el paso de los días aprendió a vivir sosegadamente; ni siquiera la soledad del lugar, ni lo lúgubre y fantasmal de sus recovecos y escondites le hizo renunciar a la belleza de su madurez arrojada al pensamiento durante los florecientes compases del tiempo en penitencia.

Este templo llevaba construido casi quinientos años, los últimos cuarenta abandonado, pero todavía conservaba intacta su muralla, sus campanas, así como gran parte de los aparejos y enseres que utilizaban los monjes y sus sirvientes cuando aquí se atrevieron a vivir, tan sólo presentaba vestigios del lacerante paso del tiempo en los ador-

nos y bajorrelieves de la fachada exterior, que se veían cuarteados en su mayoría y en las zonas más castigadas yacían huecos de elementos desprendidos. Una gran llanura de tierra rojiza y cielos de arrebol se extendía hasta más allá del horizonte. No había vegetación casi a la vista, algún triste árbol rompiendo la hegemonía del rojo, una alcarria sin río, tan sólo el murmullo leve del viento agitando los arbustos o el rumor de insectos escondidos.

Confinado en el último bastión de la Humanidad que linda con la frontera del mundo, este taciturno hombre cumplía escrupulosamente con su agenda de actividades diarias, una lista de quehaceres de mantenimiento de las instalaciones, como limpiar las cuadras de los caballos que le habían traído hasta aquí, alimentarlos, ventilar ciertas zonas, calentar con fuego otras, oficiar pequeñas liturgias... y otros más menesteres de esa índole práctica, pero de entre todos esos mandamientos, había uno que lo inquietaba en especial, uno que le había sido ordenado por el Arzobispado, y que Meliés cumplía a rajatabla a pesar de no comprender el por qué de tal requerimiento, ni siquiera si no obedeciese, si no cumpliera con sus cometidos nadie lo advertiría ni lo sabría, porque allí estaba completamente solo, pero Meliés cumplía para tener la conciencia tranquila y por si acaso aquellos encargos lo pudieran de alguna manera, redimir. Se trataba de llevar cada dos días, seis cubos llenos de agua a una habitación subterránea y recóndita dentro de esta alcazaba y, una vez allí, derramarlos en su suelo que era de tierra.

Esta misiva le llegó por carta al pueblo más cercano, donde tenía que informar cada cien días y por correo, de su estado de salud, así

como de las novedades en la zona o incidencias de cualquier carácter que pudieran ocurrirle. Un pozo subterráneo en el interior de la roca caliza le suministraba el agua, que se suponía milagrosa, y que él extraía mediante polea de efecto mecánico, un pozo de increíble profundidad y aterradora presencia, tanto que si alguien hubiese caído en su interior no podrían escucharse ni sus gritos.

Aquella mañana se intuía extraña, el viento soplaba con furia y levantaba columnas de polvo, nubes negras se acercaban acompasadas y, como alertados de alguna desgracia venidera, los caballos empezaron a ponerse nerviosos. Meliés, que andaba por los corrales recogiendo la leche que había ordeñado de las vacas, se sintió observado por un momento y miraba por los ángulos vacíos como queriendo encontrar a su observador.

Se dio la vuelta y contempló el umbral de una puerta abierta. Más tarde observó tras el cristal de una ventana, miraba con detenimiento allí donde el final de los largos pasillos se hundía en una oscuridad bituminosa.

Esa sensación lo inquietó bastante, así que decidió asegurar a los caballos y recoger todo lo que había en el exterior, la violencia atmosférica que todo lo arremolinaba y golpeaba parecía amenazar en temporal, así que cerró con presteza todas las ventanas y adarvó cualquier posible entrada a su fortaleza.

Utilizó maderos que había en el cobertizo para atrancar puertas y ventanas, apuntaló cualquier posible entrada, e intentó observar la llanura por entre las rendijas, tenía una sensación muy fuerte que lo abrumaba, pensaba que realmente había algo ahí fuera, algo maléfico y aterrador.

Escuchaba crepitar las maderas, como un arrastrar de algo pesado o voluminoso que hacía rodar las piedras, pero no se veía nada, ningún atisbo de algo físico. Meliés empezó a sudar y se dirigió hacia la biblioteca de la abadía, una sala muy especial, una biblioteca de al menos cinco mil volúmenes perfectamente ordenados y conservados. Allí acostumbraba a pasar largas horas recluido en la lectura de un libro muy extraño, un libro de gran tamaño y aspecto tosco y áspero, sin inscripciones de título ni autor y lleno de versos acompañados de dibujos, como jeroglíficos. Ese ejemplar era el único que no dormía en un estante, lo guardaba celosamente en un cajón con cerradura y, más que consultar la Biblia, cuando algo le preocupaba se ponía a recitar versos extraños escritos en alguna lengua muerta, versos que dormían en los renglones de este libro.

Cuando el temporal aminoró, Meliés rezó y se preparó algo de comer, la luz de las velas proyectaba mil sombras por los papeles pintados de la pared, pronto debía bajar a la habitación de tierra.

Había dos estatuas presidiendo la capilla la que Meliés se santiguó, imágenes de ángeles que al paso de la brea en movimiento se dinamizaban con las sombras y parecían moverse, los fulgentes detalles dorados de los ornamentos de los altares se convertían en claroscuros de linazas y marrones al temple, que configuraban una siniestra estampa allí donde observaban las estatuas divinas.

Meliés llenó los cubos de hojalata con el agua del pozo y se dirigió hacia la escalera que descendía al subterráneo. Había fabricado un artilugio de madera y cuerda, de manera que podía coger un cubo con

cada mano y alumbrarse con la brea ceñida al cíngulo sin problemas para caminar y ver por donde andaba.

Aquí el frío era más considerable, la humedad de las paredes se proyectaba en musgos y gotas que caían perfilando las uniones de los ladrillos, una ombría atmósfera de claustrofobia se podía respirar cuando aquel fraile descendía y seguía descendiendo mientras el paso de la escalera se le iba estrechando por momentos. Serpeó rascando las paredes con los cubos y, cuando prácticamente ya no le quedaba aliento, se encontró con la puerta de la habitación de tierra. La abrió y vertió sus cubos mientras caminaba por el artigado y arcilloso pavimento, se manchaba de barro los zapatos cada vez que lo hacía, pero la premisa era bien clara, debía mojar todo el terreno. Allí dentro se percibía una solemnidad casi divina, como si fuese un recinto de gran poder o una galería tomada por las energías flotantes para algún fin, al salir de ella con su antorcha anudada al cuerpo, la habitación quedó a oscuras y el fraile volvió a subir como cada tarde, como cada crepúsculo de su iniciático castigo, el ritual trasiego de cubos y preguntas mientras los días pasaban con sus estaciones y oprobios ajenos a su demencial encierro.

Al mediodía Meliés hacía sonar las campanas, tiraba de la cuerda que caía por el eje de la torre y el cincel de acero golpeaba las metálicas copas invertidas provocando el reclamo litúrgico dirigido a las Almas errantes y haciendo que los pájaros huyeran en numerosas desbandadas.

Las Lunas se trascendían con los amaneceres, limpieza, oración, escritura, examen interior, habitación de tierra, soledad, la terrible soledad a la que estaba sometido Meliés ya

comenzaba a pasarle factura y tergiversaba sus pensamientos haciéndole incapaz de intentar organizarlos, sentía la necesidad de estar acompañado; lo peor es que a veces, creía que lo estaba. Pero cuando se sentía verdaderamente perdido se arrastraba a la biblioteca, a leer aquel extraño libro que lo tranquilizaba y le hacía ver que el mundo no era tan terrible como él lo imaginaba.

Prendió los leños de la chimenea de su habitación y, tumbado sobre una manta, observó el voraz baile de las llamaradas de fuego, unas lenguas ígneas titilantes que lo calentaban y llevaban a recuerdos ancestrales donde la tragedia y el destino se habían dado la mano. Extraños crímenes sucedidos en el orfanato donde se crió que siempre le acompañaron en sueños, así como haber presenciado, cuando tan sólo era un aprendiz de clérigo, todo un exorcismo en vivo, situación ésta que le hizo plantearse muchas cosas.

Estuvo tan cerca del otro lado de la línea religiosa, que tal vez motivó su propia vocación por querer convertirse en un hombre de Dios, pero no por amor hacia él, sino por temor a caer en las redes del Demonio.

Había conocido más subterfugios de la condición humana de lo que jamás le hubiera gustado, sabía de ancestrales rituales de invocación a entidades oscuras, orgías pecaminosas de violencia extrema en aquelarres, y asuntos de manipulaciones de energías cósmicas a favor de intereses demasiado feos.

Quizás fueron malos tiempos, recuerdos que quería olvidar, pero que siempre al recluírse al pábilo de esta rústica chimenea volvía a recordar por algún remordimiento de la mente.

Brillaba el Sol detrás de los maderos cuando el agua milagrosa

del pozo se introdujo en los cubos de hojalata, y Meliés descendió a las catacumbas alumbrado por su ingeniosa tea de brea. Recorrió los vetustos peldaños hasta llegar a la puerta de la habitación de tierra, y justo allí mismo se vio subyugado por una terrible y desagradable hedor, dejó los cubos en el suelo y se llevó la mano a la boca, un mefítico olor a carne podrida le colmaba los sentidos y le azotaba la razón, esta pestilente advertencia hacía presagiar que al abrir aquella puerta, aquel hombre podía encontrar algún cadáver en descomposición, una persona, un animal, o siquiera a la Muerte misma. Cuando su mano empujó la carcomida puerta, un espasmo de electrificante miedo le recorrió todas las moléculas del cuerpo pues, alumbrada por el fuego que portaba ceñido al cinto, se erigía una flor gigantesca y hermosa. Había sido posible la belleza entre soledad y oscuridad y, como una estatua, un prodigio de la Naturaleza, lo esperaba, en el centro de la habitación.

Su dimensión de hombre se vio azotada por una anagogía mística que fue capaz de perturbarlo, pero sus sentidos aguantaron el embiste de tanta belleza y, clavando sus rodillas en el suelo, se santiguó y murmuró los rezos que le libraron de la locura y lo ayudaron a iniciarse en aquella hierofanía tántrica.

De repente lo comprendió todo, lo extraño de este encargo; alguien, en algún lugar, sabía que esto iba a suceder y lo utilizaron a él para llevarlo a cabo. Pero de todas formas Meliés no se explicaba la utilidad de algo tan extraño, pensaba que había algo más que desconocía, algún valor más que botánico para que toda una institución como la Iglesia se hubiera preocupado durante tantos

años de que al menos una persona siempre viviese aquí.

La empapada tierra de la habitación se había cubierto de helechos albugíneos que se ramificaban y extendían formando un hermoso manto o tapiz, los bloques de la pared presentaban lenguas de adarce en su parte inferior y, en el epicentro mismo del habitáculo, irrumpía el tallo verde, corto y robusto de la maravillosa flor. Era preciosa, ajena por completo a esa hedor que desprendía, esta efigie autumnal y úvula se pigmentaba en su base de verde vivo que iba transformándose en amarillo lechoso hasta llegar al borde de su copa que era rosado, un único pétalo la vestía circundando el cáliz y, todavía más arriba, naciendo de su interior, se encontraba un pistilo como estigma amarillo brillante, un prodigioso y leguminoso apéndice de resplandecientes entrañas...

Parecía como si aquella representación de una divinidad albergara vida en su interior a modo de útero, un pequeño efluvio luminoso parecía palpar siempre al mismo ritmo en el receptáculo de aquella florescencia, mientras en cuestión de minutos crecía por milímetros.

Meliés agarró con fuerza un relicario que llevaba en la sotana cuando un eco estruendoso bajaba por las escaleras que había dejado detrás llenando el aire de una intensidad caótica, un zumbido infernal se acrecentaba en cuestión de segundos y, sin apenas tiempo para decidir nada, millones de insectos voladores entraron por la puerta dirigiéndose a la magna aparición floral. Comenzaron a chocar contra ella, a tambalearla y surcarla por todos sus pliegues. El hombre, aturcido, se arrojó al suelo tapando su cabeza con los brazos y cuando parecía que no podía aguantar más

esta sensación de histeria, todo se silenció y los insectos murieron como por encanto. Cuando el fraile abrió los ojos y dirigió su mirada a aquel milagro de la Naturaleza, entre silencio y asustado por si su brea se apagaba, la flor se inclinó lentamente cual álabe en eclosión, mientras el fuego de la tea parpadeaba espasmódico dejando a la escena segundos interrumpidos de oscuridad, y la hermosa fanerógama abrió su valva central en majestuosa gesta depositando antes los ojos de aquel pobre hombre, un gelatinoso y desnudo niño recién nacido.

Aquel individuo no daba crédito a lo que sus ojos estaban viendo, no había transcurrido un segundo de aquella floración cuando el olor putrefacto bajó en intensidad, así como los colores de la flor, que parecía empezar a marchitarse. Y mientras la criatura nacida se retorció entre espasmos de vida y hebras vegetales, el estupefacto testigo de tan rutilante epifanía decidió coger al niño alumbrado y correr escaleras arriba. En aquel preciso instante se escucharon unos golpes tremendos procedentes de la entrada a la abadía. El fraile, como perdido en el interior de una pesadilla, no podía evitar que las lágrimas le recorrieran el rostro. Los golpes se repetían una y otra vez, él murmuró rezos en la lengua del libro extraño que guardaba en el cajón de la biblioteca y sus manos comenzaron a temblar con vertiginoso ritmo. Llevaba a la criatura nacida en volandas, escaleras arriba, pero desgraciadamente la tea que llevaba consigo se apagó y quedó completamente a oscuras, pero con decidido encomio seguía subiendo casi a tientas escuchando aquellos fortísimos golpes en la puerta de la abadía.

En plena oscuridad y escuchando su respiración jadeante, sintió

como aquel niño que llevaba en brazos crecía vertiginosamente, escuchando el crujir de sus huesos, sintiendo su cabello arremolinarse, aguantando cada vez más y más peso, notó cómo se expandía y ya colgaba de sus brazos. Los golpes se intensificaron en lo alto, ya se podía ver la luz de la planta baja al final de la escalera. Meliés sacó fuerzas de donde ni él mismo pensaba que las tuviera y completó el entramado de escaleras sin apenas aliento.

Al llegar a la zona iluminada su sorpresa fue mayúscula, el niño que llevaba en brazos era un muchacho delgado y de unos siete años de edad que le miraba fijamente con ojos negros como el carbón. El fraile, boquiabierto y sin palabras, lo dejó en pie sobre las tablas del pavimento; el pequeño le observaba erigido y serio cuando el pórtico de la entrada vibró de forma estrepitosa después de un golpe monstruoso. El hombre miraba sin pestañear al muchacho y éste, desnudo, se alejaba de él en cortos pasos.

Los clavos de la puerta comenzaron a saltar debido a la violencia de las sacudidas y las maderas se resquebrajaban. Cuando el niño hubo llegado hasta la orilla de la puerta, el fraile Meliés, en un intento desesperado por que el muchacho no accediera al exterior, lanzó un grito disuasorio al que el muchacho contestó con una tierna mirada y una sonrisa. La mano del muchacho hizo girar el picaporte y todo se llenó de luz, los golpes cesaron y, cuando la puerta se abrió completamente, Meliés pudo observar cómo dos increíbles Gárgolas aladas esperaban impacientes al muchacho; dos seres gigantescos e infernales de ojos rojos y complexión hercúlea, mastodontes grises que agarraron por las manos al muchacho y lo acompa-

ñaron caminando hasta la albitana de forja. Una vez allí comenzaron a batir sus alas y a elevarse del suelo como en una imposible alucinación macabra; aquellos seres eran heraldos y guardianes, acompañantes sobrehumanos enviados a velar por la seguridad de este muchacho misterioso cuando, suspendidos en el espacio y dilatándose su figura entre la luminiscencia del cielo, sin despedirse ni volverse, se convirtieron en luz y surcaron los cielos cristalinos alejándose en la distancia de la impertérrita llanura, llevando para siempre consigo al Hijo de la Cíclica Flor.

*«...y aquí estamos nosotros
discípulos del Amor,
buscadores de la Verdad
a través de los tiempos...»*

*Pasaje anónimo del
«Libro del Dios Abisal»*



EL FANDOM EN CASTILLA Y LEÓN

Nuestra Asociación de Castilla y León de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror, nació a finales del 2014 con el deseo de divulgar los géneros literarios que forman parte de nuestras vidas, cuya iniciativa

surgió de un pequeño grupo de escritores. Desde el primer momento, fuimos conscientes de lo difícil que era organizarnos en una comunidad demasiado extensa y de población tan dispersa como escasa, con poco peso urbano y que recela de las novedades culturales.

Nos encontramos en una tierra amante de lo clásico, de la literatura convencional y de las tradiciones, y sabíamos que nuestra aparición, podría estar condenada a la irrelevancia más absoluta, o a la indiferencia más cruel. Por ello optamos por innovar propuestas diferentes, ambiciosas y planificadas, que supusieran un antes y un después.

Desde nuestra primera reunión inaugural en Medina del Campo, marcamos el camino a seguir: queríamos que la meseta castellana se sumara a la proliferación de festivales y convenciones que comienzan a dinamizar el mundo de la fantasía, ciencia ficción y terror. Por eso, la decisión de celebrar cada año un CyLcon, con estructura de festival literario al estilo del Celsius 232 que tanto admiramos, era un revulsivo, una forma extraordinaria de atraer a un público masivo y dar una imagen diferente de nuestra región, al tiempo que ampliábamos la escasa oferta cultural de Castilla y León.

Y tras un arduo trabajo de meses, conseguimos que, en la emblemática Feria de Valladolid, escenario de congresos y eventos al más alto nivel, se llevase a cabo nuestro primer CyLcon los días siete y ocho de noviembre, con la presencia de medio centenar de escritores, entre los que destacan Ian Watson, José Carlos Somoza, Juan de Dios Garduño, David Jasso, Elio Quiroga, Rodolfo Martínez, o críticos como Jordi Costa, sin olvidar a la gran traductora de R.R. Martin, Cristina Macía. Junto a los escritores invitados de fuera de la meseta, se sumó un nutrido grupo de autores castellanoleonés, anhelantes de festivales de estas características y de gozar de la visibilidad que en muchas ocasiones disfrutaban fuera de aquí, pero se les niega en su propia tierra. Organizamos charlas, presentaciones de libros, mesas redondas, dinámicas de rol, con un decorado en el que no faltaron las casetas de editoriales y

librerías, lo que animó al público a acudir de forma no tan masiva como deseábamos, pero para ser el primer año, la repercusión mediática y las expectativas creadas, creo que le dieron una nota más que digna.

También presentamos nuestro primer Kalpa, una antología de autores de nuestra región, publicada gracias a Éride ediciones, y es nuestra intención que cada año se publique una nueva edición cada vez más abierta, con escritores invitados de la mejor calidad literaria de nuestro estado.

Afrontamos el nuevo año con optimismo, organizando un Taller Steampunk en los Centros Cívicos de Valladolid, exhibición de películas de género, la selección de relatos para el nuevo Kalpa, así como



la organización del CyLcon'16, y lo que más nos orgullece, el Hispacon 2017, del que seremos los responsables.

Nacimos con el expreso deseo de ser referentes de nuestros géneros literarios en esta región, sin ser una asociación de escritores, sino de aficionados y amantes del género, aunque hay que reconocer que la mayoría de escritores castellanoleoneses de fantasía, cifi o terror, forma parte de nuestra asociación, por lo que estamos cumpliendo nuestros objetivos.

Os animamos a seguirnos a través de las redes sociales y de nuestro blog, y naturalmente, será un honor contar con vuestra presencia los días 26 y 27 de noviembre, para disfrutar juntos del CyLcon'16.

Dioni Arroyo,
escritor y presidente
de la ACLFCFT



A.Z.

Regalo trabajado

Texto: Malena Salazar Maciá

Ilustración: Anabel ZaragozÍ (portada) / Mara Llop (final)

*A mi hermana Teresa, Alejandro y Yoss
gracias por destripar letras,
a mí me toca la autopsia.*

*«... el fantasma puede lograr que las
personas hagan ciertas cosas.
Como inducirme a que quemara el traje.
Como hacer que Danny se ahorcara...»*

*Georgia (Marybeth Kimbal)
Joe Hill, El Traje del Muerto*

Ana rompió con Carlos esa mañana.

Todo, absolutamente todo, se había vuelto un hastío en la relación. Él le suplicó que no lo dejara o las cosas podrían empeorar. Ella le respondió que no era su juguete y se marchó sin mirar atrás. Se tensó al escuchar la voz histérica de Carlos gritarle que era una puta engreída y lamentaría su decisión, porque su hermano (del que siempre hablaba pero nunca apareció) se encargaría de hacérselo pagar. Ana lo ignoró lo mejor posible y aceleró el paso, justo cuando él le ordenaba que regresara en ese instante, como si ella fuese un animalito doméstico que se ha soltado de su correa. Ana se guardó su opinión porque obviamente, no sería del agrado de Carlos y no quería pasar más vergüenza.

Su madre la esperaba en casa. No hizo preguntas, tampoco necesitaba respuestas. La abrazó con fuerza y le repitió que todo iba a estar bien, aunque Ana apenas la escuchase; comenzaba a sentirse aturdida, con la rutina desgajada. No se arrepentía de su decisión de romper, de eso estaba segura. Él le había succionado la vida —en muchos sentidos—, y ahora pensaba recuperarla.

Los siguientes meses transcurrieron en medio de limpiezas esporádicas. Todo lo que estuviese vinculado a su enfermiza relación desapareció; borró de su computadora las fotos

con Carlos. A fin de cuentas, alguien que la llamase «perra puta» aunque fuese por despecho, no merecía un lugar ni siquiera en la papelera de reciclaje. Borró el contacto del celular y de su mente. Sólo le faltaron un osito de peluche y un guardapelo de plástico con una pelusa castaña, por el hecho de no tener tiempo para pensar en cómo desaparecerlos. Había recuperado el control de su vida y lo iba a mantener.

Hasta esa noche. Ana leía en su Tablet PC «Pesadillas y Alucinaciones», de Stephen King. El pomo de la puerta giró con un «clic» y pensó que era su madre. Mas la figura que se perfiló en la penumbra, distaba mucho de ser la de ella.

—Hola, Anita —la saludó Carlos con una sonrisa ancha, desencajada.

Ana sintió como si alguien le retorciere las tripas hasta rasgárselas y creyó que vomitaría. *¿Cómo carajo entró? ¡Le quité las llaves de la casa! Al no ser que el cabrón... no, nonono... esto no puede estar pasando... no...*

—¿Me extrañas? —Carlos avanzó un paso hacia ella. Ana se decía que no le quitara la vista de encima y a la vez, que no le permitiese acercarse—. Porque yo a ti si... Anita, tienes que ser mía... Pensé que irías a pedirme perdón, te dejé pensar este tiempo, incluso le dije a mi hermano que esperara, que recapacitarías... ahora, si regresas conmigo no pasará nada, me olvido de todo y no pasa nada, pero tienes que volver...

—Vete ahora mismo de aquí —Ana atinó a agarrar su móvil, digitó el número de la policía, pero no llamó. Mostró la pantalla a Carlos, para que la viese bien—. Si no te vas por tu voluntad, voy a llamar a alguien que te lleve.

Él se detuvo, vacilante, se retorció las manos. El brillo de la pantalla lo iluminaba con levedad. Ana pudo

verlo mostrar los dientes, como un perro rabioso.

—Eres una malnacida infeliz —escupió de repente—. Sabía que ibas a hacerme una mierda, ¡una mierda cochina de puta! ¡Todo es tu culpa... todo... y me voy a asegurar de recordártelo...!

En un parpadeo lo tenía encima. Ana quiso gritar, pero él le apretó el cuello con ambas manos. El móvil sobrevoló por la habitación cuando lo soltó para clavarle las uñas en la cara a Carlos e intentar soltarse. Sintió enterrar los dedos en la piel y afianzó el agarre al sentir un líquido tibio chorrearle por los brazos. Él aulló como un animal enloquecido, pero no la soltó. Ambos tironearon uno del otro sobre la cama, pero la fuerza del muchacho le aplastaba el cuello y el paso del aire se cortó de golpe, logrando que se preocupara más por respirar que por zafarse.

De repente dejó de reconocerle el rostro y notó que estaban desnudos. Él aun la agarraba por el cuello, pero con una sola mano, permitiéndole respirar a duras penas. Con la otra se masturbaba, del pene escapaba un torrente blanco que no parecía tener fin, la empapaba para luego inmovilizarla como si ella fuese una mosca en una telaraña. Poco a poco, la cama se convertía en una piscina de fluido donde ella se hundía con absurda lentitud. Ana no dejaba de agitarse para mantener la cabeza arriba, boqueando en medio de resoplidos y evitar tragar la esperma. Ahora no podía quitar los ojos de su captor, porque *era* Carlos pero a la vez, *no lo era*. No recordaba su cabello apelmazado por alguna sustancia pringosa, ni su piel tan fría y gris, como tampoco era posible para ningún hombre eyacular de aquella forma bestial.

Tampoco tenía ojos, ni párp-

dos. Sólo cuencas vacías, redondas como la boca de un pozo, negras como un abismo. Ana sintió el dolor punzante de la penetración no deseada. Intentó cerrar las piernas, pero el extraño se empujaba dentro de ella con embestidas violentas, una y otra vez. Pronto sintió en su interior el chapoteo de la sangre tras el desgarre y el dolor abrasante y pulsátil que conllevaba. Ana ya estaba hundida hasta las mejillas. La mano de él seguía cerrada con firmeza en torno al cuello; reía y gorgoteaba de placer mientras ella se ahogaba en dolor y semen...

El pitido de la alarma quedó ahogado por el grito de Ana al despertarse. Se quedó muy quieta, con el corazón retumbándole en el pecho como si fuese un huracán enjaulado. Le costó algunos minutos comprender que había sido una pesadilla. Una horrorosa. Casi a rastras, se movió al baño. Aun temblaba con violencia al refrescarse la cara con agua fría, las piernas las sentía de gelatina. Sentada en el inodoro y con miedo inicial a mirarse la vulva, constató que no estaba desgarrada y eso la tranquilizó, solo un poco. Aun así, mantuvo la posición. Las rodillas le entrechocaban entre sí, mientras apretaba de forma inconsciente los muslos contra su pubis.

Por un instante consideró cambiar las cerraduras de la casa, mas su madre se burlaría de su paranoia, diciéndole que el asunto de Carlos ya llevaba enterrado hacía más de tres meses. Él ya habría conseguido un nuevo culito. Ana respiró profundo en busca de calmarse, y después de algunas lágrimas silenciosas, se gritó internamente que fue un sueño. Era todo. Necesitaba distraerse, olvidarlo todo, era el mejor remedio en esos casos. Sin querer darle más vueltas al asunto, se tomó unos cal-

mantes y se preparó para irse al trabajo.

Esa tarde fue la primera en regresar a la vivienda. Ana se dirigió a su habitación, mas al abrir la puerta no evitó retroceder, espantada. Junto a la mesita de noche había una persona desconocida. Ana apretó los ojos y al abrirlos de nuevo, no vio nada. Respiró profundo y se convenció de que había sido un efecto óptico, seguro provocado por dosis extra de calmantes (ni siquiera en el trabajo se relajó) y tenía visiones. Todavía estaba afectada por la pesadilla. Nada más. Encendió la luz y puso la cartera sobre la cama, junto al osito de peluche.

Luego de ponerse ropas más ligeras, bajó a la cocina. La casa tenía dos pisos, las habitaciones daban a un pasillo corto que desembocaba en la escalera. Cuando la comida de esa noche estuvo lista, decidió darse un baño. Sin embargo al final de la escalera semioscura, estaba la misma persona que había visto en su habitación, en el sueño, enteramente traslúcido.

Ana ahogó un jadeo y el corazón le subió a la garganta. Parpadeó varias veces, creyendo que simplemente desaparecería. No lo hizo. Era un hombre joven, de la misma altura de Carlos, de pelo apelmazado por alguna sustancia aceitosa. Tenía la cabeza inclinada adelante con la barbilla sobre el pecho. Ana cerró los ojos una vez más. *Cuando los abra no estará no estará por Dios que no esté no es real eso no es real...* Levantó los párpados, despacio. El hombre seguía allí. Había erguido la cabeza. Sus facciones eran muy semejantes a la de Carlos... ¿era él... no lo era...? Estaba oscuro pero a Ana se le hacía similar, como en el sueño, *es y no es*. Él la observaba con cuencas vacías. Tenía una sonrisa demente.

Ana retrocedió a trompicones hasta el interruptor de la luz y lo accionó. Permaneció unos instantes contra la pared, con los párpados muy apretados, sin moverse. Estaba paralizada de terror. Él estaría detrás de ella. El corazón le latía desbocado «tudumtudum». Estaba detrás de ella, se dijo, era seguro. Los muertos no respiran pero le causaba un cosquilleo en la nuca, uno desagradable, de esos que te avisan de presencia no deseada. Le pondría una mano en la nuca, un contacto helado que le paralizaría el feroz «tudumtudum», los dedos se deslizarían por su garganta hasta apretar y terminar lo que comenzó en el sueño. Debía comprobar que estaba o no a su lado, pero si estaba (el cosquilleo le recorría la espalda baja, él estaba allí), si no ¿qué hacía? En un arranque de valor, levantó la vista. La escalera y parte del segundo piso estaban iluminados. No había nadie.

Ana gritó de espanto cuando una mano le apretó un hombro. Su madre la retuvo por los brazos para impedir que la golpeara y la examinó con preocupación. Ana la abrazó con fuerza, aliviada. No dijo una palabra. No podía y además, ¿realmente alguien creería la historia del fantasma? ¿O acaso se estaba volviendo loca? Después del silencio que le pareció una eternidad, pidió dormir con ella. Su madre no hizo preguntas, ni siquiera cuando su hija no comió de forma apropiada. Cuando el cansancio las acució a ambas, se retiraron a la segunda habitación.

A Ana le costaba conciliar el sueño. Le inquietaba tanta oscuridad. Le inquietaba que el espectro estuviese allí, a los pies de la cama. Una parte de ella se obligaba a no abrir los ojos, otra le decía que encendiese todas

las luces y otra parte de sí, estaba segura de que todo era culpa de Carlos. Era él en el sueño, pero Ana no estaba segura... ¿qué era esa visión? ¿Era a causa de su propio trastorno? O Carlos... ¿acaso Carlos en su locura se había... matado?

Su móvil sonó en la mesita de noche. Ella intentó ignorarlo. Pero el aparato no parecía callarse nunca, así que Ana alargó la mano y contestó, sólo para decirle a quien fuese que no eran puñeteras horas de hacer llamadas.

—*¿Me extrañas, Anita?* —quedó confundida. Sonaba a Carlos, pero *no era él, ¿o sí?* La voz tenía un eco de fondo, como si llamase de un lugar muy lejano. El aparato estaba caliente—. *No debiste encender la luz. Eso me molestó mucho... tampoco estás en tu habitación. Te esperaba para jugar un poco más, igual a como nos divertíamos antes, pero eres una perra mal educada... voy a tener que enseñarte...* —el móvil adquirió una temperatura abrasadora mas Ana no podía soltarlo, el plástico derretido se hundía en su mano, en su cara, abría la boca pero no escapaba ningún sonido, sólo un jadeo patético—. *Sé obediente y espérame, calladita, ¿sí...? Voy a buscarte...*

Ana pudo arrancarse el móvil de la cara y aulló de dolor. Sin saber si despertó o no a su madre, sosteniéndose la mejilla sangrante con la mano en carne viva, corrió fuera del lugar, desquiciada. Accionaba cuanto interruptor se encontrase, llenaba la casa de luz. Acabó en la cocina donde, al borde de la paranoia e histeria, se echó agua en las heridas, se vendó con torpeza la mano con un paño y rompió a llorar. Se deslizó por la encimera hasta quedar sentada, sin fuerzas para más.

—Tienes que ser de él, cariño...

Ana levantó la cabeza. Su madre estaba allí. Quizás lo que más le aterró, fue ver que la única luz que ahora estaba encendida, era la de la cocina. Su madre tenía una mano en el interruptor.

—Él me lo dijo todo... Carlos es tan buen muchacho... —habló la mujer con voz suave—. Estuvo mal dejarlo. Siempre fuiste una chiquilla malcriada y él es tan bueno para ti... No quiero que te quedes sola... Deberías llamarlo, pedirle perdón, o mejor... ¿por qué no eres de nadie?

Ana sintió un terror irracional al verla apoyar un dedo en el botón que en un segundo, cortaría la iluminación del lugar. Intentó levantarse, mas descubrió que las piernas no le obedecían. La mujer accionó el interruptor y la penumbra cayó en la estancia. El fantasma apareció al lado de su madre. Le tomaba una mano. El espectro le habló en su silenciosa lengua muerta y la mujer esbozó una sonrisa tierna. Con una calma espantosa, ella se dirigió a la meseta cercana y agarró un cuchillo de cortar carne.

—... si no eres de Carlos, no eres de nadie... y para ser de nadie, hay que hacerlo apropiadamente, ¿cierto, cariño?

Sin previo aviso, su madre intentó apuñalarla y Ana rodó a un lado con un aullido de espanto. Se arrastró bajo la mesa y jadeó cuando el cuchillo raspó el suelo donde antes estuvo su pierna. Sin perder un segundo, se levantó y con todas sus fuerzas, volcó el mueble. Escuchó a la mujer gritar, hubo un «¡crash!» y el tintineo del cuchillo caer al suelo. Ana sin pensarlo, se lanzó a encender de nuevo la luz. Avanzó a la sala y también accionó el interruptor, luego el de las lámparas de las escaleras, del pasillo, y entró en su habitación después de iluminarla.

Puso seguro, trancó la puerta con una silla, buscó una linterna y cayó sentada en la cama al recular a ciegas. Pasaron algunos minutos hasta que hubo un golpe brusco que la hizo ahogar un grito. Trastearon el pomo con desespero, luego, silencio.

—Cariño... ¿qué sucede? ¿Por qué has cerrado?

Ana no contestó. Retrocedió en la cama, con la linterna al frente como si fuese un arma y arrolló el osito de peluche al sentarse contra la cabecera.

—¿Estás bien...? ¡Ábreme! ¿Estás enferma...?

Ana recogió el juguete y lo miró. Por algunos segundos no fue capaz de pensar con propiedad. Después, descubrió que la costura de la espalda no era de fábrica. Asomaba la punta de un mechoncito de cabellos negros. Los suyos.

Ana abrió el osito, olvidándose de que habían dejado de insistir fuera de su habitación. Dentro del muñeco había un pedazo de tela que emitía hedor a perro muerto. Envuelta en ella además de su mechón de pelos, había una astilla de hueso. Fue como si hubiese presenciado una revelación divina. Comprendió en menos de un segundo, que existían otras formas de trabajar objetos para enlazar muertos, y que tales entramados no pertenecían a los yorubas. Ana recordó el guardapelo plástico que tenía en alguna gaveta de su mesita de noche, con unos cuantos cabellos ajenos.

El pomo de la puerta emitió el «clic» de apertura accionado por una llave vieja, y la silla aguantó pocos segundos como obstáculo para impedir el paso.

Cuando Carlos llegó esa noche a casa —al pasar por la sala elogió el

cofre artesanal que alguien le había regalado a su madre—, y entró en su habitación, no pasó del umbral, incrédulo. Sobre la cama había un osito de peluche que conocía bien. Dubitativo, avanzó a recogerlo. De inmediato fue invadido por sentimientos encontrados; se sentía entre decepcionado y satisfecho. A todas las putas ingratas que lo dejaban, les hacía el mismo regalo trabajado. Morían de terror o eran víctimas del suicido, mas se iban con el conocimiento de que él mandaba. Sin embargo, Ana estaba viva, de alguna forma. Pero también significaba que todavía pensaba en él. Si le devolvió el regalo, pensaba en él. A lo mejor sólo necesitaba hablarle, convencerla, y su hermano ayudaría a que volviese con él. Dejó el peluche sobre la cama y al enderezarse, ahogó un grito.

Él estaba parado en la oscuridad, por donde único podía caminar. Moviéndolo los labios y aunque no emitió sonido, Carlos escuchó:

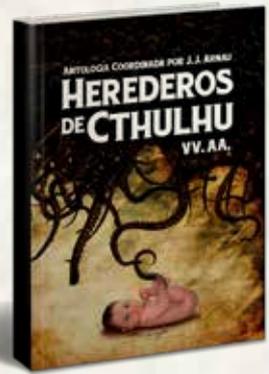
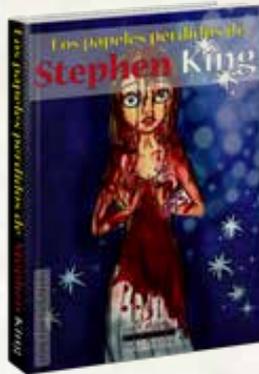
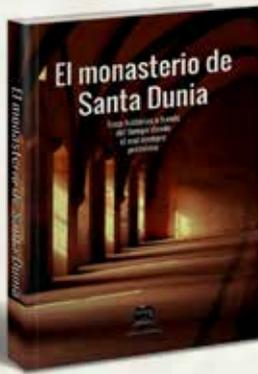
—*Hola, hermanito.*

Entonces el fantasma sonrió, divertido ante la palidez mortuoria del vivo: su hermano menor, el culpable de su muerte diez años atrás. Carlos le había destrozado el cráneo con un martillo, todo porque le negó un capricho. Después como si no bastase, profanó su tumba para hacerlo regresar con un ritual olvidado y usarlo como mascota. De ese modo, castigaba de un modo eficiente a los que no hacían su voluntad. Así que en ese instante, el fantasma estaba encantado del pavor que paralizaba a su asesino. Era evidente lo que sucedería, pero el espectro quiso disfrutar la falta de sonido de su voz y el efecto que provocaba:

—*Al final tropezaste con una perra inteligente, ¿eh?... pero ahora las cosas han cambiado. Es tu turno de jugar conmigo.*

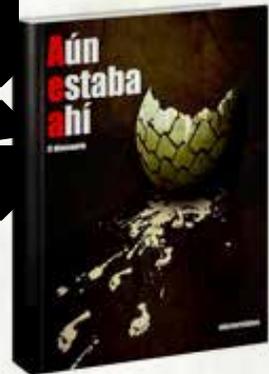
Carlos emitió un aullido ensordecedor y se lanzó hacia el interruptor de la lámpara del techo. Sin embargo, los fantasmas son muy persuasivos cuando lo desean. Incluso para hacer que alguien olvide encender una luz y entierre los dedos en un enchufe de la electricidad.



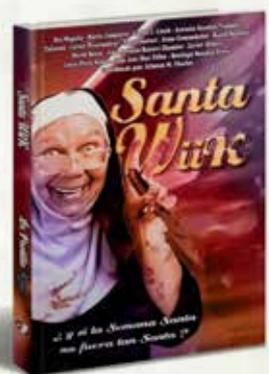
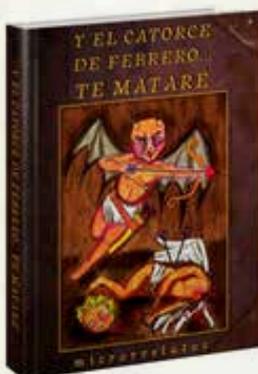
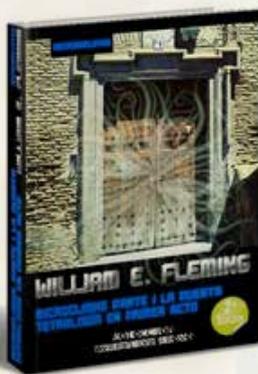


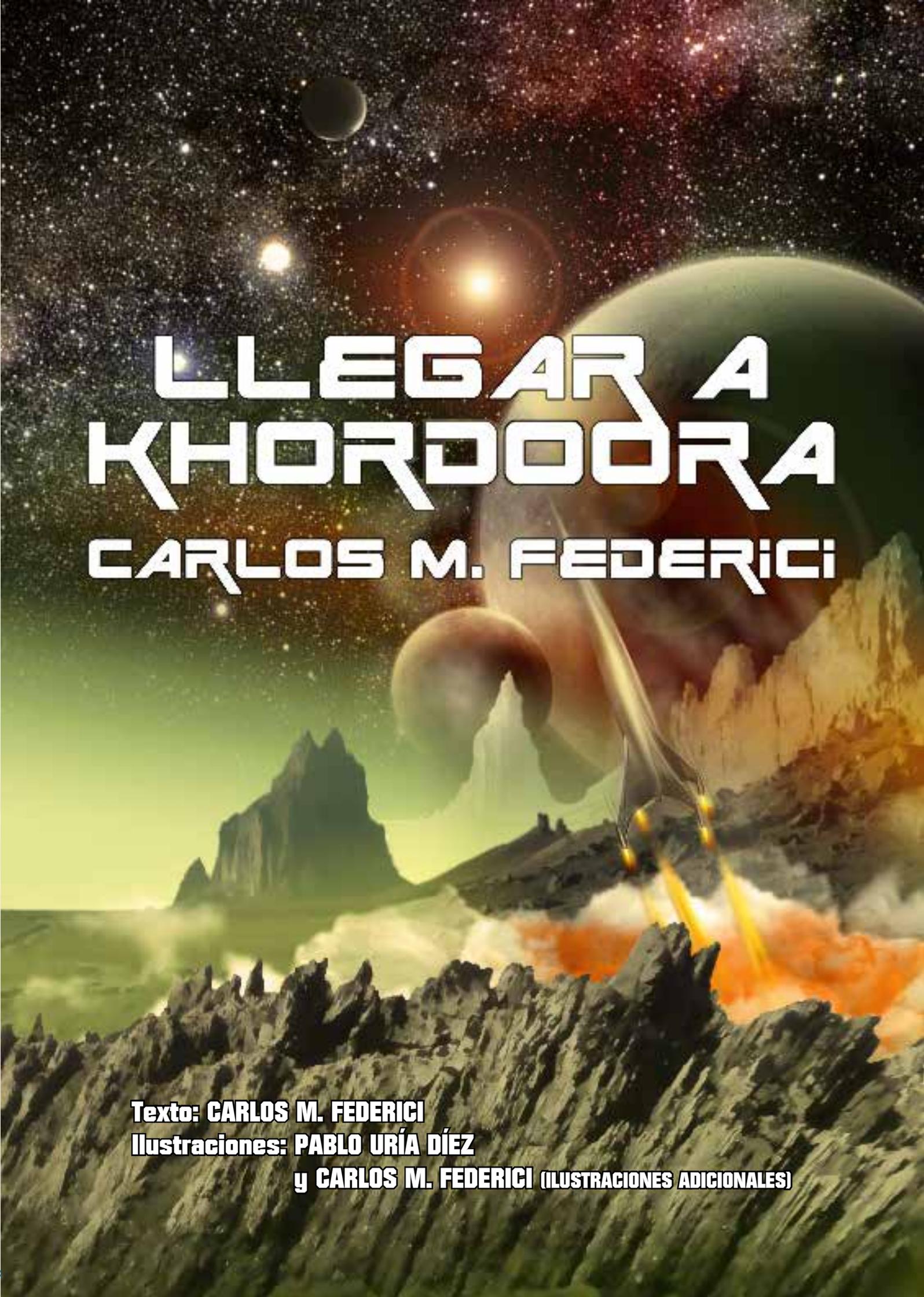
**BUSCA LOS
LIBROS DE
JAMIES
CRAWFORD
PUBLISHING**

*Y COLABORACIONES
OUTSOURCING*



LEKTU: <https://lektu.com/e/james-crawford-publishing/97>





LLEGAR A KHORDOORA

CARLOS M. FEDERICI

Texto: CARLOS M. FEDERICI

Ilustraciones: PABLO URÍA DÍEZ

y CARLOS M. FEDERICI (ILUSTRACIONES ADICIONALES)

Dedicada a la memoria de mis amigos
Raquel, Ruben Hugo y Alberto,
locos por «el otro» cine, igual que yo,
y también a Rita-I,
que de alguna manera la inspiró.

Y con un especial abrazo para Eduardo
D'Angelo, paladín de las las viejas «matinéas»,
para Ernie Figueroa, un californiano
por adopción que «se las vio todas».

Córdoba rozó la tecla roja. Una suave chicharra confirmó el pronóstico de la compraradar-3. En la pantalla, tres líneas fluorescentes convergían en un punto luminoso, de frenética titilación.

—Parece que es una fija, ¿eh, «Chips»? —bromeó Córdoba (manía de espaciado solitario) con el robot de la consola.

—Coordenadas Tridi AZ8-Hd15-Cx03 —informó el Compiloto—. Velocidad estimada, según...

El hombre adelantó una de las nervudas manazas, abanicando el aire.

—¡Déjate de tecnicismos, idiota! —refunfuñó—. ¿Cuánto tiempo hay?

—En unidades cronogalácticas quedan...

—¡En minutos de Terrasolar, viejo, en minutos de Terrasolar!...

—Dieciséis punto cinco terraminutos—. El Compiloto pareció captar la urgencia de la situación, y optó por un laconismo estrictamente funcional—. Con un margen de error de cero, coma, ocho microsegundos —precisó, sin embargo, vasallo de su escrupulosidad cibernética.

El hombre asintió con lentitud. Poseía una cara larga y melancólica, iluminada simpáticamente por un par de ojos a la vez vivaces y cansinos. La boca complementaba el juego a la perfección: parecía tan bien dotada para sonreír con cálido humanismo como para expresar una muy especial comprensión del Universo, no carente de su pulgarada de experiente cinismo. Casi cien-

to cincuenta años antes, un rostro de idénticas características había hecho suspirar a dos generaciones de terráqueas, en la penumbra cómplice de las salas cinematográficas. Respondía al apodo de «Coop», si bien ignoraba las verdaderas raíces del mote en cuestión.

—No hay forma de esquivarlos, ¿no es así? —era una consulta hecha únicamente por reflejo, con una sola respuesta posible.

—Los energohaces están ensamblados —contestó el Compiloto (¿había un matiz de resignación en la voz mecánica, o era tan sólo imaginación suya?, se preguntó Córdoba) —. Nos han copado todas las vías de acceso al hiperesp.

«Coop» deslizó su silueta larguirucha fuera del asiento de mando. Con soltura hija de un largo hábito, flotó en la cabina desgravitada, impulsándose expertamente mediante calculados movimientos de piernas y brazos y asiéndose, según la necesidad, de los ganchos instalados al efecto en distintos puntos de techo y paredes. La High Noon estaba provista de unidades de gravedad artificial en todos sus ambientes, pero él no las usaba en la cabina de mandos, por considerarlo un lujo innecesario. Atravesó una reducida puerta, cuya hoja se corrió sin ruido al interrumpir el cuerpo de Córdoba un haz-portero electrónico. Instantáneamente, su masa adquirió peso y se vio precipitado hacia el suelo, donde se posó con la sutileza de una pluma de ganso. Hizo dos o tres flexiones, para habituarse a la sensación de pesantez en los músculos, y de inmediato se dirigió al objeto de su interés.

En el centro del recinto, alumbrado por el tenue fulgor molecular que

llevaba implantado de fabricación la estructura básica de las paredes, una esbelta figura descansaba, tendida de espaldas, sobre el cómodo e impalpable «colchón» que proporcionaban ochenta haces levitantes convenientemente dispuestos.

—Hola, tesoro —musitó Córdoba, sin sombra de humorismo.

Sabía bien que no le oiría ni le vería; ni siquiera tendría la más mínima conciencia de la existencia de él (como tampoco de la de ella misma), en tanto no se la conectase... Pero se complacía en imaginar que tan solo dormía, que las cosas no eran como en realidad eran.

Lo invadió un escalofrío. Se dio cuenta de que estaba pálido y sin saliva en la boca.

Resultaba... sublime.

Las formas, modeladas con primor incluso más exquisito que aquel del que podría jactarse la Naturaleza misma, se fundían entre sí con tal armonía que casi causaban vértigo. La cabellera formaba un pequeño incendio. Había rojo-fuego en ella, rojo-sangre, tornasolados y ocres profundos como hojas otoñales heridas por la luz del ocaso en un mundo terroide. Aun en el obligado reposo de la desconexión, aquellas olas escarlatas contenían una poderosa sugestión de vida..., vida cálida y bullente, pronta a derramarse como lava volcánica cuando ella se animara por fin.

Experimentó la misma confusión de siempre en el momento de introducir una mano sudorosa por debajo de la trusa de ella, para pulsar el contacto: apenas un leve abultamiento, del tamaño de una pastilla nutritiva, disimulado bajo la tersa piel, en la base de la columna vertebral. No le gustaba hacer eso,

porque le parecía que profanaba alguna cosa íntima entre los dos; pero no ignoraba que era inevitable.

Retrocedió. Los zapatones le pesaban toneladas, y jadeaba con una agitación punto menos que dolorosa, mientras transcurrían los segundos necesarios.

Tras una eternidad, comenzó.

Ella estaba «respirando». El aire (sólo para efectos de realismo, por supuesto, y sin utilidad funcional alguna) estremecía las gráciles líneas del busto, hinchándolo una y otra vez bajo los seudotules del corpiño.

Córdoba contuvo a duras penas el impulso de precipitarse hacia ella, para sorprender a quemarropa el mágico instante en que los párpados se abrían y dejaban libre el límpido verdeazul de los iris...

La contempló erguirse. Sin duda alguna era una obra maestra. No había nada de rígido ni de mecánico en la sucesión de pequeños movimientos con que completó el proceso de incorporarse. La cabellera fluyó en derredor del torso como animada de voluntad propia.

Los dientes del hombre presionaron su labio inferior... Ella volvió la cara y lo miró. Una sonrisa bermeillon/albura terminó de deslumbrarlo.

Trémulo, consiguió emitir la orden:

—Canta..., ¡canta!

El mecerse de la hermosa cabeza azuzó a la cabellera. Un par de hombros alabastrinos se insinuaron por entre la exuberancia carmesí. Dejó el «colchón», sosteniéndose en la dupla de piernas más perfecta del Cosmos, y cantó. No había necesidad de acompañamiento: la voz contenía su propia música.

—Aahh-maaah-doh mee-ooh...,
love me for ever...
And let forever
begin tonight!...

«Coop» Córdoba, sin despegar la vista de ella, caminó hacia atrás hasta alcanzar un asiento. Allí se arrellanó, todo ojos, oídos, sensibilidad. Rita-2 estaba cantando Amado Mío..., para él.

—¡El mejor uso para mis dieciséis terraminutos de gracia!... —murmuró; y todo, salvo ella y su canción, huyó de él... Inclusive la forma en que se había iniciado el embrollo, allá en Puerto Lix, cuando él había aceptado transportar aquella carga sellada (¡demonios, que pagaban bien!) y se dejó vencer por su maldita curiosidad.

**CONTINÚA
EN LA PÁGINA
SIGUIENTE**



PRIMERA ETAPA:

Para Córdoba, el origen del conflicto había surgido efectivamente en Puerto Lix, cruce de rutas intergalácticas, «nudo de tensiones, antro de iniquidad (como decía el santón de Roturia-4) en medio de las soledades del Cosmos infinito»... Pero, en rigor, todo había principiado mucho antes, sin que el limitado alcance de las proyecciones racionales de «Coop» —nada más que un desarraigado espacio terrsudamericano de segunda generación— le consintiese llegar a concebir el germen real de su brete actual.

...En el ámbito de la Asamblea Total de Cosmoplanificación (la versión más aproximada, en lengua inteligible, de la verdadera denominación de esa inmensa entidad intergaláctica, regidora de mundos y

culturas), Choxho Vull, Planificador Subplenipotenciario. Grado 165, exponía su tesis.

Las enormes pantallas de asesoramiento subliminal, en tanto, coadyuvaban con oportunas citas aportadas por el archivo de la Computadora General. Los diversos textos se proyectaban en código especial, y los decodificadores individuales se encargaban de verterlos en cada uno de los setecientos veinte lenguajes oficiales; permanecían visibles tan sólo el tiempo necesario para acceder a niveles infraconscientes.

En aquel momento, precisamente, se reproducía el famoso Párrafo de Garah Tzanti, que servía de colofón a su magna obra Noveno Ciclo:

«Y DADO QUE EL ABSTRACTO CULTURAL, EN UN UNIVERSO PERPETUAMENTE FLUIDO, HA DE ADAPTARSE A LA MALLEABILIDAD INFINITA DE LOS INFINITOS ESQUEMAS DE MODOS Y COSTUMBRES, Y DE TABÚES Y MITOLOGÍAS; Y EN VISTA, TAMBIÉN, DE QUE LA DIMENSIÓN TIEMPO CONSTITUYE POR DEFINICIÓN UN MARCO DE COORDENADAS INESTABLES, RESULTA OCIOSO PRETENDER INTERPRETAR, EN UN MOMENTO Y LUGAR DADOS DE LA HISTORIA GENERAL DEL COSMOS, LOS SENTIMIENTOS Y/O REACCIONES DE CUALQUIER CICLO SITUADO EN UN CONTINUUM DIVERSO, SEA TEMPORAL O ESPACIAL. POR TAL RAZÓN, ACRISO NO LLEGAREMOS JAMÁS A EXPLICARNOS DETERMINADA REACCIÓN, DETERMINADO EFECTO, DETERMINADO PROCESO LÓGICO...»

Choxho Vull (o acaso solamente su imagen holográfica, bien que un elemental sentido del pudor vedara a cualquiera de los presentes el especular sobre el asunto), alto y centelleante, coronado con una diadema de azul esplendor,

evolució entre las espiraladas volutas traslúcidas que componían a un tiempo la decoración y el mobiliario del recinto.

Hablaba con acento resonante, reforzado por los Micromagnavoxes que formaban parte de su laringe Cyborg desde la época en que asumiera su profesión. Llegaba al punto culminante del discurso y alentaba el propósito de inclinar la balanza en favor suyo de una vez por todas.

—Es indudable —dijo (y los Ser-
vilinguaxes distribuidos entre el público tradujeron automáticamente, según la naturaleza del oído en que estuviesen implantados)— que dentro de la concepción global del utilitarismo cooperativo cada uno de los engranajes, o epi- centros culturales, debe funcionar en perfecto acuerdo con el resto, a fin de evitar un fatal deterioro en el ciclo de producción.

Sonrió profesionalmente, con lo que sacó buen partido del brillo de su seudo dentadura, y se disculpó:

—Lamento valerme de expresiones tan arcaicas, pero el vigor de las mismas justifica, creo, mi aparente incorrección... En verdad, debo hacerme perdonar por la mayor parte de mi exposición: es tan sólo el lastre de una completa consagración al estudio de la Totocultura, la cual implica buceos tan profundos como la indagación de Historias Precósmicas de varios mundos.

«Traigo esto a colación —y me apresuro a confesarlo—, no únicamente en carácter de excusa, sino también por ser pertinente a mis palabras.

En las pantallas volvieron a surgir enormes caracteres detonantes:

«NOCIONES COMO 'PRESENTE' Y 'PASADO' PIERDEN SU FUNCIONALIDAD

EN EL ÁMBITO CÓSMICO... EL VIAJE A VELOCIDADES HIPERLUMÍNICAS, EL TELETRANS-PORTE INSTANTÁNEO A CUALQUIER REGIÓN DEL DOMO UNIVERSAL, LOS REITERADOS CONTACTOS ENTRE SUPER Y SUBCIVILIZACIONES, TORNA FÚTIL LA DISTINCIÓN ENTRE 'MODERNO' Y 'OBSOLETO', ENTRE 'AVANZADO' Y 'RETRÓGRADO', ENTRE 'DECADENTE' Y 'PUJANTE'... , COMO CON TANTO ACIERTO DICTAMINA LA AUTORIZADA OPINIÓN DE HWA-HWA-BEEN...»

—Consideremos el conjunto del Ramal B-766, Sector IV, Región 53AA... La computadora detecta una falla en el sistema... ¡Alarma! Los circuitos de Cosmoplanificación pasan el dato a la Central Comp, se procesa la información, y aparece la causa del trastorno... ¡Hoop-la! —y, tras el hábil arcaísmo, Choxho Vull chasqueó los dedos.

Como en respuesta, una triple imagen holográfica cobró forma frente a los circunstantes, de manera que todo el mundo pudo apreciarla en detalle.

Se produjo un murmullo azorado... Choxho Vull contuvo una sonrisa de suficiencia: como Planificador fogueado no se inmutaba fácilmente; pero desde luego debía ser distinto para quienes no estaban habituados a lo exótico.

Había cielo en la imagen, azul grisáceo y nubes; eso era reconocible para cualquiera, sin mayor esfuerzo. Pero lo sucio del aire, la polución del ambiente, lo apretujado del cuadro en general, casi invocaba a la náusea a los más sensibles.

—Esos bloques oscuros, con hoyos rectangulares dispuestos en forma relativamente sistemática, son edificios —explicó Choxho Vull—. Casas. Hogares.

«El material que los compone es ultraprimitivo: no cambia su polaridad, es permanentemente opaco —de ahí los hoyos— y casi absolutamente sólido. De romperse resulta irrecuperable, y está sujeto a un fatal proceso de «fatiga»... Sólo mediante un esfuerzo casi mórbido de la imaginación, puede concebirse la existencia en tales ambientes. No puedo esperar, por cierto, que nadie que no cuente con el entrenamiento psicoformativo de un Planificador sea capaz de un alarde de adaptabilidad cultural como el que exigiría admitir sin violencia conceptos tales...

«Fijemos la atención, ahora, en los seres que habitan esas moradas. ¡Allí sí que el primitivismo aterra! Lo basto de la materia básica de sus psicoestructuras pertenece a una escala subcero de cociente cultural. Pero Hwa-Hwa-Geen no está desacertada: resulta vano emplear, según la moderna concepción de la Historia General, el término «atrasados».

«Son, eso es todo... Si algo aprende el planificador, es a aceptar lo que surge en el Universo, tal y como se presenta en estado natural... Siempre y cuando, naturalmente, la aberración del caso específico no comprometa la armonía general del Plan.

La imagen tridimensional, casi tangible en su impresionante realismo, se detenía con sañuda crudeza en detalles de expresiones, de actitudes... Se desnudaba, impudicamente, una cultura monstruosamente abortada.

En tanto sus suelas levitantes lo sostenían, flotando, delante de la colosal holografía, Vull continuaba:

—Este mundo, Kurro-64, que contemplamos en toda su ofensiva malformación cultural, entorpece el normal desarrollo de nuestro Programa. La fluidez del ciclo se

ve perturbada por cierto rasgo de morboso decadentismo que infecta la psicología gestalt de esa subraza..., de forma que, según datos de la computadora afectada al caso, acabarán autoexterminándose infaliblemente, porque no son capaces de concebir un futuro fuera de su progresivo trauma maniaco-depresivo... Nunca manejaron la noción de «esperanza».

Otras imágenes iban sucediéndose. Núcleos poblados, gigantes unos, más reducidos otros..., todos sin excepción bajo el signo nefasto del irremisible y negro desencanto que los aplastaba.

—¡Mírenlos! —exclamó Vull, con voz potente, y algunos de los circunstantes respingaron—. ¡Seres grises, vestidos de gris, entre muros grises, caminando sobre piedras asimismo grises...! ¿Elevan la vista al cielo? ¡El azul está emponzoñado por el smog de sus residuos industriales! Se les antoja que siempre fue así... El azar de la evolución no fue piadoso con ellos: les puso en las manos un arma de dos filos, cuando aún no se encontraban lo suficientemente maduros como para manejarla sin perjudicarse. Lo precoz de su avance tecnológico los condujo a la ruina..., víctimas de su propio sistema.

«¡Mírenlos! —repitió—. ¿Se puede vislumbrar siquiera algún destello de esperanza en su porvenir?»

Calló abruptamente, en un tempo calculado a la perfección (el chip anexado a su lóbulo frontal se encargaba de tales menesteres), y disfrutó con el sólido bloque de silencio que rubricó sus palabras.

Ahora le era factible manipular a su placer el curso de las reflexiones de la asamblea: era cuestión de considerarlos como a un único organismo pensante..., por disímiles

que pudieran aparecer a una visión somera los hirsutos Ortianos de los casi incorpóreos Fajooters, para citar casos extremos. Choxho Vull sabía que, habiéndoseles escogido para formar parte de la Asamblea Total de Cosmoplanificación, sus diseños psíquicos no podían sino ser semejantes: razonarían prácticamente al unísono.

—El problema es grave, sin lugar a dudas —continuó, tras la pausa—. Necesitamos a Kurro-64. Es un elemento imprescindible dentro de nuestro esquema económicosocial. No podemos permitir que se autoeliminen, pues les tenemos designado un papel clave. Deben consumir.

«Existe un remedio, me apresuro a declararlo. Tranquilícense ustedes: existe. Nos toca proporcionarles el elemento básico de que carecen. Debemos brindarles lo que su propia naturaleza les negó: esperanza.

«La esperanza, a través de una ineluctable alquimia psíquica, se convertirá inevitablemente en fe. Y la fe será la fuente de su futura tenacidad vital.

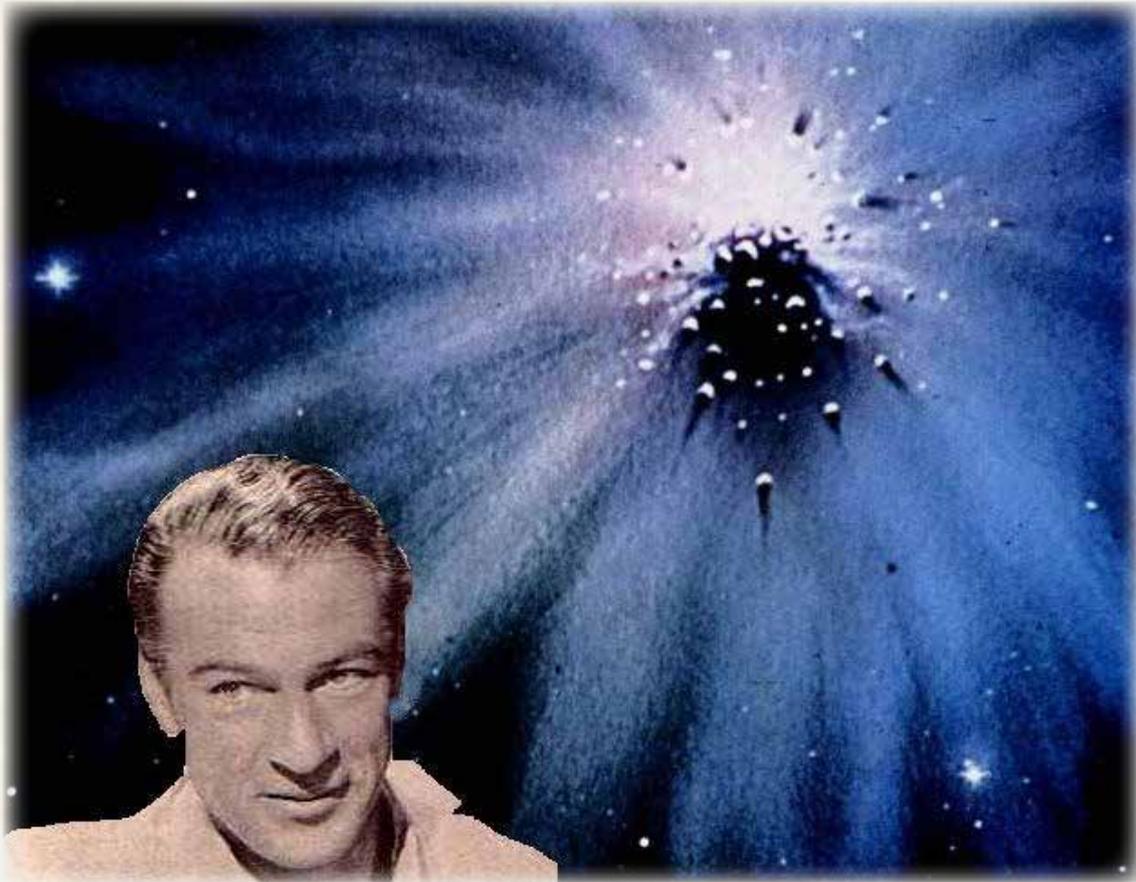
Las pantallas subliminales volvieron a poblarse de signos decodificables:

«¿DÓNDE COMIENZA LA FE? ¿DE DÓNDE BROTA LA CIEGA OBSTINACIÓN QUE IMPULSA AL SER PENSANTE A CONTINUAR LA LUCHA SIN TÉRMINO CONTRA LA INCOMPREENSIBLE ADVERSIDAD CÓSMICA? ¿DÓNDE RESIDE EL GERMEN DE LA ESPERANZA?

¡¡TEN LA CAPACIDAD DE SOÑAR!!»

—Ellos no poseen sueños —dijo Choxho Vull—. ¡Se los fabricaremos, entonces!

**CONTINÚA
EN LA PÁGINA
SIGUIENTE**



SEGUNDA ETAPA:

«Coop» Córdoba se dejaba caer por Puerto Lix sólo cuando sentía que el trabajo no le llegaba con la debida regularidad. Por lo general prefería la vida solitaria, vagando de un sector a otro del espacio, según las oportunidades que se le ofreciesen. No pretendía ser un explorador, ni tampoco nada similar a un investigador cósmico. En realidad, según le parecía, no estaba buscando cosa alguna. Mas bien huía de algo, posiblemente de los humanos, de los parahumanos y de las irritantes manías de unos y otros. Puerto Lix no constituía lo que se llama un paraíso para un individuo de sus características; pero Córdoba re-

conocía que varias veces, en épocas de apremio, más de un contrato de flete había florecido en el sucio «Rincón de Maxie-Maxie». Empujó la mugrienta puerta de batientes (¿a santo de qué Maxie-Maxie conservaba ese anacronismo?) y fue directamente hacia el mostrador.

—¡«Coop»! ¡Por fin dejas ver esa carucha!

—Qué tal, Maxie-Maxie.

Maxie-Maxie, infaliblemente, divisaba a todo el que llegaba a su establecimiento antes de que el otro lo viese a él. Era muy probable, se dijo Córdoba con ácido humorismo, que el hecho se debiese a que el enano contaba con doble número de ojos que el corriente.

—Sin trabajo de nuevo, ¿eh?

—¿Uh? —Córdoba negó con la cabeza—. ¡No, no! Se me ocurrió venir a verte, nada más.

—¡Seguro! Y me imagino que habrás recorrido un par de millones de

pársecs tan solo para decirme «qué tal», ¿no es cierto?

Córdoba le lanzó un ademán impaciente. No dejaba de irritarlo la perspicacia del tipejo... Se trataba de un sujeto raro, una especie de paria sideral al que no querían en ningún sitio, tal vez a causa de sus dos cabezas, y que por tal razón había terminado por refugiarse en su antro de Puerto Lix. «Coop», eterno transgresor de la opinión pública, se empeñaba en mantener un cierto matiz de simpatía hacia el bicéfalo hombrecito. La verdad era que Maxie-Maxie se las arreglaba para verlo y oírlo todo, por lo que resultaba inapreciable como fuente de información.

—¿Te topaste con Harka Dynn? — bromeó Maxie, como de costumbre.

—¿Conservaría el pellejo en su sitio de haberme encontrado con ese forajido?... ¡Basta de idioteces y sírveme lo de siempre!

Una de las cabezas se sacudió horizontalmente.

—Se me terminó el Leg. ¡Vas a tener que conformarte con Seudo!... Si me hubieses hecho saber que venías...

Córdoba rezongó, por cuestión de principios. Después contemporizó:

—¡No me digas que también te quedaste sin tabletas!

—Tengo un par de ésas —ambas cabezas, cosa poco frecuente, sonrieron al unísono—. ¡Vas a ver qué Soluble Especial te preparo!

Todo esto no constituía sino un preámbulo; una especie de formalidad tácitamente establecida. Lo cómico del caso era que los dos lo sabían; pero se sentían incapaces de prescindir del ritual. Solo después que «Coop» hubo trasegado dos receptáculos, acompañándolo Maxie solemnemente (uno por cabeza), fue posible entrar en materia.

—Esta vez no acertaste, Maxie-Maxie —lanzó «Coop», paseando los ojos en forma casual por el lóbrego ambiente, saturado de humo, vapores pseudoetílicos y hedores corporales característicos de la escoria de dieciséis especies parahumanas—. ¡Tengo un con-tra-to!

—Así que estás empleado... —comentó la cabeza izquierda.

—Ajá. Una carga sellada para Kurro-64.

—¿Por cuenta de...?

—Ni más ni menos que la ATCP... Y con marca «ULTRASECRETO»—. Córdoba observó, complacido, como se alzaban las cuatro cejas de Maxie-Maxie—. ¿Qué te parece?

—¡Vaya, vaya! La Asamblea Total de Cosmoplanificación...— Los redondos ojuelos chispearon—. ¡Hay que felicitarte, viejo! ¡Esos pagan requetebién!

«Coop» asintió con un gruñido. Luego apoyó los huesudos codos en el mostrador (sostenido a cierta altura del suelo por unidades Nulgrav de segunda mano, que vacilaron un poco ante el súbito aumento de peso) y habló en tono confidencial:

—Del pago no me quejo. Es más que suficiente.

—¿Pero...?

—Estoy... intrigado —Córdoba se movió, incómodo—. Hay algo que...

Maxie le apuntó con un dedo.

—¡Primera vez que te veo así! —declaró—. ¡Sin duda hay algo!...

—No sé... Nada concreto, pero...

—Ya veo: demasiada paga, ¿eh?

—Y, por otro lado, cualquiera sabe que los de la ATCP jamás usan astronaves —dijo Córdoba.

—¡Cierto! Si tienen esos transmisores de materia, ¿para qué quieren naves? ¡Nunca oí que viajaran, o enviaran carga, como no fuera por teletransportadores! Ese sector de

Andrómeda no tiene asuntos con sitios como Puerto Lix...

«Coop» lo favoreció con uno de sus raros gestos de perplejidad.

—¡Lo mismo me estuve diciendo una y otra vez!

Maxie-Maxie (o al menos una de sus cabezas) sonrió irónicamente.

—No se te habrá ocurrido recordárselo a los que te contrataron, ¿eh?

—¡Maldito seas, pigmeo! No estoy para chistes. Si vas a seguir...

—¡Epa! ¡Tranquilo, viejo! —y retuvo a Córdoba, que hacía ademán de irse, con un tirón de la manga—. Me doy cuenta de que la cosa te preocupa de veras... A lo mejor te puedo ayudar.

Córdoba alzó la vista con viveza.

—A ti no se te escapa nada —dijo—. Por eso vine.

—¿Nombres? ¿Tienes alguno?

—Pude sacarle algo al que me contrató. Me nombró a un tal... Choxho Vull, o cosa parecida... ¿Te suena?

La cabeza de la derecha gritó algo a un individuo que estaba en flagrant delito con respecto a las reglas establecidas por la casa en lo relativo al cosmopóquer. La izquierda —«Coop» había acabado por notar que era la que el hombrecito consagraba a los negocios— siguió prestándole absoluta atención. Cerró su par de ojos, evidentemente en plan de concentración intensa, en tanto los de la otra cabeza permanecían bien abiertos para apreciar el porno-show que unas siamesas gollianas hiperplúteas compartían sobre el destartalado escenario.

—Vull... Vull —murmuró la boca «formal»—. ¡Algo oí de ése!...

—Tuve que untarle bien la mano al tipo, para que me lo mencionara

—dijo Córdoba—. Sin duda se trata de un fulano importante. ¿Y además, a qué tanto misterio? Si me preguntas, te...

De improviso, Maxie-Maxie se inclinó por encima del mostrador y se aferró al traje de Córdoba.

—¡Eh! ¡Creo que ya me acuerdo!

—¡Está bien, pero no tienes por qué estrujarme la ropa!... —gruñó «Coop».

—Se comentó bastante... Claro que no para cualquier oreja; pero yo tengo mis fuentes «extraoficiales»... ¡El tipo se volvió loco!

«Coop» arrugó el entrecejo.

—¿Quién? ¿El tal Choxho?

La cabeza «de los negocios» asintió vigorosamente, arrastrando a su gemela en el vaivén.

—¡El mismo! Corrieron rumores de que desertó... Era Planificador, ¿viste? ¡De la misma «crema»! Y también se decía que se hizo humo robándose algo que... ¡«Coop»!

Córdoba pegó un salto. Ambas cabezas habían gritado su apodo, excitadas.

—¿Qué diablos te pasa ahora?

—¡Se escapó con una carga, viejo! ¡Eso es lo que se dijo! Pero nadie sabía a ciencia cierta en que consistía... Aunque sí se murmuró por ahí que tenía algo que ver con Kurro-64...

—¿No sería...? —insinuó el espaciero.

—Me parece que sí —asintió Maxie-Maxie.

El bicéfalo llenó de nuevo las cápsulas, suprimiendo todo comentario hasta tanto el otro no terminó la bebida. Después lo asió de la muñeca, mirándolo con fijeza desde todos sus ojos.

—¿Qué estás pensando hacer?

La expresión de Córdoba se ha-

bía endurecido. Uno de los párpados le cayó ligeramente sobre el iris, señal segura en él de inquebrantable determinación.

—¡No vayas a meterte en líos! — el hombrecito se mostraba alarmado—. ¡Sabes de sobra cómo se pena la violación de un contrato de éstos! Me sentiría como el diablo si, por culpa de lo que te dije...

«Coop» meneó la cabeza.

—No tiene nada que ver contigo, M-M. Ya desde un principio me olió mal la cosa. Eso de pagar una fortuna por transportar un simple gabinete de plexifibra opaca, con la consigna expresa de no violar los sellos bajo ninguna circunstancia... Y por cuenta de la ATCP..., que tiene a su disposición los transmisores de materia, instantáneos, sin riesgo, y casi sin cargo...

—Sí —convino Maxie— ; es raro...

—Tengo que saber qué es lo que me han puesto en la High Noon.

—¿Y cómo vas a evitar que te descubran, eh?

—Ya pensaré en algo. El contrato me obliga a cargar con un par de guardias de la ATCP..., pero, como todo el Cosmos sabe, ¡Puerto Lix es un lugar tan poco recomendable!... —Sonrió con picardía y Maxie-Maxie le correspondió, cómplice.

—La gente que no está acostumbrada a estos ambientes haría mejor en evitarlos —comentó el enano, balanceando ambas cabezas en direcciones opuestas—. Les podría ocurrir algún accidente a esos pobres guardias, ¿no es eso?

—Ajá —y «Coop» elevó las cejas en ángulo agudo.

Pero Maxie- Maxie se había puesto serio.

—«Coop»... —advirtió, alzando un dedo.

—Hasta la noche, Maxie —y Córdoba, sin darle tiempo a terminar la

frase, se alejó de allí con su característico bamboleo de espaciado recalitrante.

Horas más tarde, el enano volvió a tener de parroquiano a Córdoba. Lo acompañaba un par de sujetos que se caían de borrachos.

Maxie meneó la cabeza. Evidentemente, pensó, Córdoba sabía revestirse de un sorprendente atractivo cuando la ocasión lo requería. Los prolongados períodos de aislamiento en el espacio lo hacían más bien de naturaleza hosca; pero aquí parecía otro. No le había costado gran cosa romper la costra oficial que envolvía a Juppa y a Quillan, en su carácter de Guardias de Seguridad... Pronto no fueron sino dos alegres beodos en uniformes naranja, sumamente fáciles de manejar, aunque este Juppa demostraba resistir más que su colega. Quillan hacía rato que roncaba sobre la sucia tabla desgravitada que los tres compartían; pero este otro aún tenía bastante cuerda. Se le podía sonsacar, decidió Córdoba. Estaba más que maduro para el sondeo.

Complacido, «Coop» observó cómo el sujeto de su inquisición se echaba al garguero —presumiblemente insensible para entonces—, la mezcla infernal que el barman bicípite le había preparado de acuerdo a previas instrucciones suyas.

—No te las entiendes mal con el trago, ¿eh? — cumplimentó Córdoba, mientras que por su parte sorbía el inocuo jugo de plega con que se camuflaba.

Juppa soltó una risotada. Apuntó con el pulgar hacia su colega.

—Fíjate en éste... ¿Opinas que lo despertaríamos arrancando siete motores Torr al lado suyo?

«Coop» le echó uno de los

larguísimos brazos por sobre los hombros.

—¿Quieres que te sea sincero? —barbotó, con su mejor acento aguardentoso—. ¡Tu camarada es de lo más flojo que hay de acá a las Siete Lunas!

La declaración casi ahogó de risa a Juppa. En aquel momento habría hecho cualquier cosa por complacer a ese tipo formidable que bebía con él.

—¡Tú sí que sabes tomar! —lo aduló «Coop»—. ¡Y me juego el tubo de oxígeno —le golpeó cuatro veces el pecho con el índice— a que también tienes los ojos mucho más abiertos que él!

—¡Pss! A mí no se me engaña fácil... ¡Puedes apostarle a eso!

Córdoba le pasó otra cápsula repleta, que el diligente Maxie acababa de traer. Mantuvo los rasgos en perfecta serenidad, a pesar de las muecas humorísticas que le lanzaban las dos cabecitas por detrás de Juppa, y empleó a fondo el escalpelo por primera vez:

—Supongo que para ti no será ningún misterio lo de la carga esa, ¿eh, viejo? ¡Salud! —brindó, sin darle tiempo a reflexionar, a la vez que apuraba su pleega inofensiva.

El guardia se limpió la boca con la manga. Hizo un denodado esfuerzo por mirar socarronamente a Córdoba, a través de dos ojos turbios y enrojecidos.

—Sé lo que hay detrás de la cosa, viejo. ¡Oh, jo, jo!... Lo sé. —Cruzó el índice sobre los labios fruncidos—. ¡Shh!... Ultra... secreto, dicen... ¡Pero cerca de treinta galaxias están al tanto de lo de Vull!

—Por supuesto —repuso «Coop», despreciativo—. ¡Eso es viejo! Creía que tú...

—¡Claro que lo de Vull es historia antigua! Pero, ¿a que no sabes qué

pasó con él al final? ¿Eh?... ¿Estás enterado de que lo agarraron? ¡Eso no es para cualquier oreja!

—Bueno... ¡Hay que ver que uno no tiene un puesto importante, como el tuyo!

—¡Me rozo con la «crema» a cada rato! —se jactó Juppa.

—¡Ya quisiera yo estar tan bien relacionado!... ¿Así que el tipo cayó, después de todo?

—Y... ¡Lo persiguió Seguridad Espacial!... ¡De éstos no hay forma de zafarse! Tienen equipo constrictor de hiper... Cuando te quieres acordar, ¡zas!... ¡Estás acorralado!

—¡Obvio!... —«Coop» asintió, con enfático vaivén de cabeza—. ¿Y Vull..., un miembro de la Asamblea Total..., cometió realmente el delito que le cargaron? ¿Fue así, de veras?

¡Se me hace difícil creerlo!... Todo un miembro... ¡de la Asamblea Total, viejo!...

—¡Así mismo fue! —aseguró Juppa, levantándose con el índice una ceja que se empeñaba en caerse—. ¡Así mismito, flaco!

—¡Pero es increíble! —persistió Córdoba—. ¿Por qué demonios se iba a robar una carga cualquiera un tipo al que no le puede faltar nada de nada? ¡Un miembro de la ATCP! ¡La crème de la crème!

Juppa irguió la cabeza, mirándolo de través con ojuelos semicerrados. Seguramente intentaba demostrarle condescendencia, dedujo «Coop». ¡Se aproximaba el gran momento! Ya no iba a demorar mucho en explayarse... Exacto como una Cybocomp, Maxie-Maxie proveyó otra cápsula «de refuerzo».

—¡Adentro! —brindó Córdoba. Para su placer, Juppa respondió sin chistar a sus reflejos.

—Lo que Vull se quiso robar... —el torso de Juppa, bamboleante, se adelantó al encuentro de su interlo-

ductor, y su voz se hizo misteriosa—, era algo que ni él..., ni nadie, podía tener. Era una cosa... especial —y afirmó dos o tres veces con la cabeza, pugnando por guiñar un ojo, y desistiendo al fin, agotado.

—¡Órbitas descentradas! —exclamó «Coop», no sin la adecuada inflexión de pasmo—. Me haces pensar en cosas... grandes de verdad. ¿Oro vegano? ¿Gurión? ¿Mástex en barra?

—¡Frío..., frío! —Juppa dejó escapar una risita.

—¡Bueno..., me doy! —admitió Córdoba—. ¿Acaso tú lo sabes?

—Eres tú el que tendría que saberlo —se burló el otro—. Está en tu nave.

—¿La... carga sellada?

—¡Ajá!

—¿Y qué cuernos...?

Juppa se rio. Luego volvió a cruzar el dedo sobre el hocico.

—¡Ultrasecreto! ¡Shh! ¡Shhh!... ¡Ja, ja, ja! ¡Ultra...!

De repente, la rubicundez de su rostro se disolvió. Un enfermizo matiz verdoso le alteró las facciones. Cortado en seco a mitad de una palabra, se desplomó ipso facto sobre la tabla, entre un desparramo de cápsulas vacías.

Córdoba disparó una de sus palabrotas de reserva. El último mejunje de Maxie-Maxie había surtido un efecto fulminante...

—¡Se te fue la mano, pigmeo del diablo! —rezongó, tan pronto como el bicéfalo acudió a contemplar el desastre.

Maxie chasqueó una lengua.

—Sí... —reconoció—, debo haberle puesto una pizca de más de algo... ¿Conseguiste sacarle lo que querías?

—¡Me dejaste con la incógnita,

hijo de un misil extraviado! ¡Por qué no pondrás un poco de cuidado en lo que haces!

—Míralo por el lado bueno, «Coop»... ¡No me parece que ninguno esté en condiciones de protestar si te pones en órbita ahora mismo, solito como viniste a Terrasolar!

«Coop» sabía aceptar lo inevitable. Se levantó, irguiéndose más de ochenta centímetros por encima de las redondas cabecitas de Maxie-Maxie, y tiró un par de créditos universales sobre la tabla.

—Mis tragos —dijo.

—¿Ah, sí? —reclamó Maxie—. ¿Y qué hay de lo que chuparon esos dos?

—Tienen cuenta de gastos —sonrió Córdoba—. Arréglate con ellos. Siempre y cuando sobrevivan, claro —añadió prudentemente, tras echar una mirada a sus cuerpos derrengados.

**CONTINÚA
EN LA PÁGINA
SIGUIENTE**



TERCERA ETAPA:

Reunida en Sesión Extraordinaria, la Asamblea Total de Cosmoplanificación estudiaba la evidencia levantada en contra de Choxho Vull, reo de siete ofensas capitales. El robot fiscal ordenó:

—Imagen holográfica de la Cronocinta AXC66903. Prueba A-5.

Los circunstantes vieron nuevamente a Vull, que decía su tesis, en el ciclo anterior. Otra vez resonaron sus palabras:

—...Sueños —declaró—. Sueños. Debemos fabricar los sueños que Kurro-64 necesita. ¿Cómo son los kurros? ¿Cómo piensan?... Esta información figura en nuestro Archivo General.

Las pantallas subliminales se encendieron:

«KURRO-64: SOL AMARILLO-ROJIZO 98005AZC. MEDIDAS STANDARD. UN SATÉLITE. TEMPERATURA MEDIA: TEMPLADA. VEGETACIÓN CORRIENTE. 6.879 ESPECIES ANIMALES. TRES RAZAS SUBCULTURALES, BÍPEDAS, SIMETRÍA BILATERAL, MAMÍFERAS, BISEXUADAS, CON OCASIONALES ABERRACIONES. 800 MILLONES DE INDIVIDUOS. CONTROL DE NATALIDAD: SIN PLANIFICAR. ACTIVIDADES: AGRICULTURA (0,11%), INDUSTRIAS MENORES (76,98%), COMERCIO INTERNO (14,90%), OTROS (8,01%). ASTRONAVEGACIÓN: NULA. CONTACTOS: NO ESTABLECIDOS AUN.»

—Para aquellos que estén familiarizados con Historia Global, Apéndice XXVIII, Subculturas Exóticas, puedo establecer un paralelismo.

—Chasqueó los dedos. Frente a él, tomó forma una imagen holográfica (reproducida ahora, no perdía nada de su nitidez original)—. Harzog-3, conocido por sus habitantes como «Tierra» o «Mundo», y —más recientemente— también como «Terrasolar». Lo vemos en una época del Primer Ciclo, período de receso entre dos conflictos bélicos de relativa importancia a nivel local. He aquí una de sus ciudades en la citada etapa.

La audiencia contempló una escena urbana bastante similar a la que poco antes había ofrecido Kurro-64. Solo que en la presente se advertía otro afán de vivir, cierto aire de frescura juvenil, y asimismo lo que podría llamarse un vislumbre de mejores horizontes en el incierto futuro.

—Se vivían tiempos difíciles —explicó Choxho Vull—, al menos de acuerdo a la escala de valores propia de esa infracultura... Una depresión económica siguió a un período de despilfarro y excesiva liberalidad de costumbres; la dura realidad del desempleo (Archivo General de Economías Exóticas, cinta 0033, vuelta) se presentó de súbito, como una explosión solar.

«La lucha cotidiana llegó a hacerse punto menos que insoportable, en la medida en que aquellas submentalidades consideraban los absolutos. No se produjo, sin embargo, el suicidio en masa que constituiría el lógico corolario de tal estado crítico, únicamente porque entró en juego un elemento salvador: los sueños.

«Los sueños habían existido siempre; pero nunca antes habían rebasado la neblinosa frontera de la fantasía individual, para crecer, como ahora, hasta integrar una conciencia colectiva de insaciable

avidez... ¿Cómo se operó la metamorfosis? ¿Quién computaba el programa, por así decirlo, para manipular el inconsciente de la masa? ¿En base a qué fenómeno los sueños adquirieron aquella perturbadora cercanía a la realidad?

«La respuesta a estos y muchos otros interrogantes cabe en una sola palabra: HOLLYWOOD. Hollywood no fue tanto un sitio o un punto espaciotemporal determinado, como un conglomerado único e irrepetible de fuerzas convergentes... Sólo en Harzog-3, sólo mediante la combinación/fusión de los innumerables vectores de probabilidad exclusivos de esa Historia en particular (considerada en sí misma, aparte de su condición de capítulo de la Historia Cósmica), pudo surgir un fenómeno historicobiológico semejante.

En las pantallas, una sucesión de imágenes ilustró la exposición: entrega de los Oscar de la Academia; multitudes ansiosas aclamando a las estrellas en un Festival Cinematográfico; la impresionante pila de correspondencia del buzón de Marlene Dietrich, en 1934; las bobby-soxers en pleno frenesí disputándose las hilachas de la corbata de Frank Sinatra; Marilyn Monroe deteniendo el tránsito de Broadway con el vuelo caprichoso de sus faldas de seda.

—En Hollywood —continuó Vull— se tomaban los deseos secretos, los íntimos anhelos y las audaces ambiciones de un millar de Don Nadies, y se mezclaban bien para convertirlas en un producto de consumo masivo..., sueños de confesión, milagros al alcance de la vista. Hollywood constituyó un universo en sí mismo; no con las dimensiones físicas del Domo Cósmico, sino con la extensión sin límites de la imaginación desbocada.

«Una raza sin igual poblaba ese universo. Seres-sueño. Bellos, perfectos, a medio camino entre la materia y el espíritu. Polvo de estrellas (como se decía); la esencia de lo sublime..., o algo así.

Choxho Vull lucía transfigurado. Aun confinado a las limitaciones de la imagen holográfica, su aspecto resultaba impresionante. Los ojos enfebrecidos, la mancha carmesí del manto flotando a sus espaldas (gracias a los diminutos receptores de microonda que la hacía ondular en aquel aire sin brisa ninguna), el radioso azul de su diadema presándole un halo de iluminado..., todo hacía suponer que algún extraño hechizo lo fascinaba.

—Cientos de espectadores —prosiguió, vehemente— se apiñaban en la penumbra de unas salas incómodas y mal ventiladas, con la atención cautiva, hipnotizados, seducidos, alucinados... Su respiración se aceleraba, la piel se les encrespaba..., algunos sudaban frío. Porque estaban frente a los Semidioses.

«¡Taylor! ¡Gable! ¡Hayworth! ¡Flynn!... ¡Monroe! ¡Power! ¡Lamarr!

«¡Deidades de un culto singular, a la vez rastroso y exigente, desesperado y también rebosante de irrazonable fe...!

En las pantallas comenzó a proyectarse trozos de antiguas películas, con su correspondiente definición:

«IMÁGENES EN MOVIMIENTO, SECUENCIALES, DOS DIMENSIONES, MONOCROMÁTICAS O PRIMITIVAMENTE COLOREADAS, DRAMÁTICAMENTE EDITADAS A PARTIR DE ARGUMENTOS DE FICCIÓN. FRAGMENTOS DE: 'ANGELS OVER BROADWAY', 'CAPTALA BLOOD', 'ALGIERS', 'THE LADY FROM SHANGHAI', 'A PLA-

CE IN THE SUN', 'RHAPSODY', 'THEY CAME TO CORDURA', 'THE SEVEN-YEAR ITCH', 'PRINCE OF FOXES', 'BLOOD AND SAND', 'GONE WITH THE WIND', 'GILDA'. (ARCHIVO HISTÓRICO GENERAL, CÁPSULA 006785-BT53)».

—Ellas y ellos eran pan de sueños —dijo Vull—, generadores de fe. Elizabeth, y Clark, y Rita... Y Errol, y Marilyn, y Tyrone, y Hedy..., sueños corporizados, que rescataron a la masa humana de las simas oscuras de inúmeros infiernos individuales.

«Así se salvó Harzog-3, Terrasolar, hoy en día otro integrante de nuestra Comunidad Cósmica. Así, también, se redimirá Kurro-64, para que pueda ocupar su puesto señalado en el Proyecto Magno de Cosmoplanificación Total...

—Corte —ordenó el fiscal robot—. Cinta BZV88733-II. Fase segunda.

Esta vez el texto que se proyectó en las pantallas permaneció visible el lapso suficiente para que se lo captase conscientemente:

INFORME DE CHOXHO VULL, RELATIVO AL PROYECTO «REMAKE HAYWORTH-FLYNN». SECTOR SIGMA-7. GALAXIA 80064. ASTEROIDE / FACTORÍA FULLING-ROTHEWORT. VÍDEO Y AUDIO.

En imagen holográfica se vio a Choxho Vull acompañado de otro individuo de características tan singulares y personalidad tan poderosa, que de inmediato se imponía a todo el resto. Podía percibirse que se estaba ante un ser notable. Aun recorriendo de extremo a extremo las cuarenta galaxias conocidas, resultaba dudoso que se hallasen siquiera siete sujetos semejantes.

El volumen de su cráneo, amplia bóveda recubierta de espeso vello anaranjado, se oponía en forma casi

incoherente a lo menguado de su talla y lo magro de sus carnes. Pero bastaba captar la intensa luz oscura de aquellos ojos, y escuchar la profunda sonoridad de la voz, para que el todo se integrase en un raro prodigio de la naturaleza cósmica. El silencio de la asamblea no hizo más que expresar físicamente una instantánea, inevitable reverencia colectiva ante una mentalidad superior.

—Entonces, ¿fue posible hacerlo? —interrogó la imagen de Vull.

La respuesta consistió en una leve inclinación de la soberbia cabeza. No era preciso añadir siquiera una palabra.

—Mini-microchips... fluidos, bajo seudocarne —aclaró, no obstante, la voz de majestuosas resonancias—. Ésa es la solución.

—¿Y en cuanto a la reproducción fidedigna del modelo primigenio? —preguntó Choxho Vull—. ¿Quiere explicar el punto, a efectos de mi informe oficial?

«Horoshin Garahapurta —agregó, en tono formal—, Director General del Sector «Reproducciones» del Asteroide/Factoría Fulling-Nothewart, expondrá, a continuación, una síntesis de su Método Patentado. Adelante, doctor.

La cabeza de Horoshin, amplificada a dimensiones ciclópeas, se cernió sobre la asamblea.

—El método se basa en la interpretación del Código Genético —manifestó—, desarrollada hace tres cronogeneraciones por el Equipo Investigador Quarq-80, de la Galaxia 903... De acuerdo a los resultados de sus estudios, el Código rige para la casi totalidad de las especies de vida basada en la química del carbono; y en especial, por cierto, para

las formas bípedas bilaterales, que constituyen, como es sabido, el patrón normal de la biología avanzada, en vías de una especialización hacia la alta racionalidad.

«Pasando rápidamente sobre las conclusiones primitivas de los investigadores de las Protociencias precósmicas, de todos conocidas — las pantallas auxiliares mostraron, en vertiginosa sucesión, modelos de macromoléculas, fórmulas de proteínas, la célebre «doble hélice» universal del ácido nucleico, el ADN y el ARN y su compleja relación «patrón nuclear/patrón citoplasmático»—, voy a concentrarme en la característica única del ácido deoxirribonucleico, la misma que lo convierte en factor condicionante de la reproducción natural: el ADN funciona como central productora de moléculas, en base a un código determinado, que se transmite mediante los oficios del ácido ribonucleico, o ARN.

«En este sector de Investigación, nos hemos consagrado exhaustivamente al citado código genético. Habiendo llegado a descifrarlo en su totalidad, mediante hipercomputarización combinada de datos, estamos en posición de reproducir textualmente, empleando tan solo elementos circunscritos a las disposiciones de la 23a. Ley Universal, cualquier patrón original, basado desde luego en la química del carbono, que se nos solicite.

Las pantallas subliminales reprodujeron el texto de la 23a. Ley, en vigor para todos los mundos integrantes de la Asamblea:

«QUEDA ESTRICTAMENTE PROHIBIDO, BAJO APERCIBIMIENTO DE LAS PENAS MÁXIMAS PRESCRITAS POR LAS LEYES VIGENTES, UTILIZAR MATERIA ORGÁNICA EN LA FABRICACIÓN AR-

TIFICIAL DE ANDROIDES, O SERES VIVIENTES ANIMADOS DE CUALQUIER ESPECIE, SEA CUAL FUERE EL PROPÓSITO A QUE SE LOS DESTINARE. TODA IMITACIÓN EN UN ENTE BIOLÓGICO, EN CONSECUENCIA, DEBERÁ ESTAR COMPUESTA DE ELEMENTOS INERTES».

—Debidamente autorizado por la Comisión de Enmienda —dijo Choxho Vull—, he proporcionado al doctor H. G., con instrucciones de duplicarlo, el patrón genético de dos especímenes, nativos del planeta Hartzog-3 (Terrasolar), pertenecientes al período precósmico de la historia del citado mundo.

«Estos sujetos, parte integrante del fenómeno histórico-bio-sociológico a que me he referido ante el Consejo, designándolo, con el nombre vernáculo de «Hollywood», pertenecían a la clase denominada «movie-stars»..., cuya descripción más aproximada podría ser «secreciones ectoplasmáticas del ser colectivo local; una plétora de anhelos insatisfechos más el afán de desdoblamiento/identificación que caracterizó a la especie».

En las pantallas, un gigantesco poster de James Dean, con la leyenda Rebel without a Cause, y cuatro o cinco jovencitos mimetizando su personalidad; el Club de Joan Crawford, con los famosos labios de la estrella sobreimpresos a los naturales de las socias; cincuenta y cinco niñas compitiendo —cabecitas rizadas y actitudes modosas— en el certamen «Shirley Temple II».

—Mezcla inefable de vida y espíritu —dijo Vull, en tono soñador—, alimento onírico: la belleza de ellos trascendía la vulgaridad de la masa.

«¡Flynn! ¡Hayworth!: el súmmum de la perfección cuasidivina para uno y otro sexo. Pero, a fuer de seres

vivientes, no escapaban a la condena del fatal avatar degenerativo del tiempo: en algún momento debieron envejecer y morir...

—No ha de ser ése el destino de mis duplicados —sonrió, con inesperado humorismo, el doctor Garahapurta—. Están constituidos por material inalterable, inmune a la acción deletérea de cualquier agente externo, en un índice de confiabilidad del 99,9999. En consecuencia...

Choxho Vull, radiante, correspondió a la sonrisa.

—...y en resumen —concluyó, triunfalmente—, el producto obtenido en los talleres del doctor H. G. resulta sumamente superior a los seres genuinos.

—Aunque peque de inmodesto —corroboró el doctor—, debo estar de acuerdo con usted. Citaré, a modo de ejemplo, el detalle de las uñas superiores del prototipo Hayworth-2... Los datos del patrón original indicaban forma elipsoidal, con 29.476 miliunidades en su longitud máxima (caso dedo cordial), y un ancho, para el mismo dedo, de 16.006 miliunidades. Nuestro modelo —cuyas uñas, tanto superiores como inferiores, entre paréntesis, incluyen garantía contra desgaste, ruptura accidental o intencional, y/o deformación—, lleva una enmienda en las dimensiones anteriormente consignadas, colocándolas dentro de la proporción áurea: 29.480 por 16.008. Y así con el resto: busto, caderas, pantorrillas, curva de las pestañas, anchura de la boca, separación entre ambos ojos, longitud de la fibra pseudocapilar... Como mejora adicional, se ha modificado la relación garganta/cuerdas vocales,

para dotar al modelo de una nueva voz cantante —combinación aproximada de las de Anita Ellis/Martha Mears, que la «doblaba» en sus películas—, superior por cierto a su limitado registro vocal original.

«En cuanto al prototipo Flynn-2, nuestro modelo posee un contorno torácico que varía en 64.075 miliunidades con respecto al patrón original; los antebrazos se han alargado en el orden de las 0.531 miliunidades, en tanto que las extremidades inferiores son también más prolongadas, con una diferencia, esta vez, de 19.093 miliunidades.

«En uno y otro prototipo, la estatura...

—¡Suficiente, doctor! —sonrió Choxho Vull—. Como reza el antiguo adagio, «una imagen suple a medio centenar de discursos».

Extendió un brazo, en ampuloso ademán, y la proyección holográfica se desplazó, mostrando los remakes Hayworth y Flynn.

De pie uno junto al otro, los androides compendiaban el concepto cósmico de Belleza Antropomórfica. Ni más ni menos de lo que Vull prometiera: sueños hechos realidad..., gracias a la magia científica del doctor Garahapurta.

Él llevaba un extraño traje: una especie de jubón color verde esmeralda, calzas ajustadas y un pantalón corto, abullonado. De la cintura, que ceñía una gruesa correa de cuero, con hebilla dorada, pendía un resplandeciente espadín (arma, incidentalmente, objeto de nostálgico «revival» en varios sectores de los Seis Universos), y una airosa pluma blanca sobresalía de su gorro. Contagiaba de inmediato su traviesa sonrisa, de blanquísimos dientes y recortado bigotillo.

Ella... quitaba el aliento. No se sabía dónde fijar la vista, que resbala-

ba por las ondas luminosas del pelo, se encandilaba con el fulgor ultramar de los iris y era irremisiblemente atraída —todo al mismo tiempo— por el bermellón cálido de la boca, la suave tersura de hombros y cuello, el torneado exquisito de los muslos.

Había erotismo en la figura, sin lugar a dudas: una carga latente, perceptible de inmediato para todos los ojos, de uno y otro sexo. Aun en los agudos tacones de 152 miliunidades lo había; pero era un erotismo sutil, delicado y cordialmente insinuante, no vulgar y directo como una ejecución menos primorosa habría podido provocar.

—Soy Rita-2 —murmuró la androide, en el mismo tono sugestivo con que desnudaría alguna íntima confidencia.

—Yo soy Errol-2 —sonrió su compañero.

Con suavidad, el doctor Garahapurta los interrogó:

—¿Cómo se sienten?

—¡Felices! —contestó ella.

—¡Y dispuestos! —replicó él.

—Muy pronto vamos a iniciar el rodaje —intervino Choxho Vull (y los de la Asamblea, atentos espectadores, detectaron el primer matiz anómalo en su acento)—. ¡Ya está listo el guión, chicos!

—¡Quisiera haber empezado ya! —exclamó Errol-2.

—¡Estoy ansiosa por comenzar! —secundó Rita-2.

—¡Así me gusta! —celebró Vull (y en sus ojos destellaba una luz singular, que no tenía relación alguna con el buen éxito de su proyecto de Cosmoplanificación)—. ¡Ése es el espíritu que quiero ver en ambos!

—Siempre será lo mismo —aseguró en voz queda el doctor—. Así es su naturaleza: sólo fe y optimismo. Y afán de complacer.

—Fe... y optimismo —murmuró

Vull. (Resultaba claramente perceptible a los circunstantes que no se estaba dirigiendo a nadie en particular, fuera de sí mismo, acaso)—. ¡Sin duda sus películas van a hacer muy felices a los kurros!...

—Hemos cumplido con usted, ¿verdad? —se glorió el doctor.

—Corte —ordenó el fiscal robot—. Cronocinta CFG 00786-K. Fase tres.

Ahora las imágenes holográficas se hicieron fluidas..., sucediéndose con creciente celeridad para historiar gráficamente el proceso degenerativo de Choxho Vull:

§ Vull dirigiendo el rodaje del primer filme (imagen animada, bidimensional, dotada de sonido sincronizado, con destino a Kurro-64;

§ Vull acercándose al prototipo Hayworth-2; Vull contemplando una y otra vez al prototipo; Vull tocándolo innecesariamente;

§ Vull sujetando con fuerza el prototipo Hayworth-2; Vull intentando agredir (y eventualmente destruir) al prototipo Flynn-2;

§ Vull exclamando: «¡Es mía! ¡Mía ¡Mía!»;

§ Vull resistiéndose a la autoridad;

§ Vull huyendo; Vull empleando la fuerza contra la Ley establecida; Vull rebelándose contra el Orden Universal; Vull fracasando;

§ Vull internado en espera de su juicio.

—El acusado fue detenido por la Patrulla de Seguridad Sideral —informó el acusador robot—, en momentos que se dirigía al sector externo de la Galaxia 54, en el Borde. Las astronaves oficiales lograron impedir su acceso a los continos hiperespaciales (cuyo intrincado sistema le habría ofrecido una vía de escape virtualmente inexpugnable) sólo a base de dispositivos preventivos especialmente desarrollados

para una situación de este género en particular.

«ACOTACIÓN: El transporte de los prototipos, que han de ser restituidos al mundo para el que originariamente fueron destinados —pues el proyecto de Vull continuará en marcha, aunque bajo otra dirección—, se ha encargado a un piloto de entera confiabilidad, evitándose, por precaución, que llegue a su conocimiento la real naturaleza de la carga cuyo transporte se le ha encomendado.

«ACOTACIÓN 2: El sistema de teletransporte por transmisión instantánea de materia no resulta practicable en el presente caso, dado que los haces de mini-microchips —esencia misma de la constitución androide— sufrirían irreparable daño en el proceso de la desintegración/integración propio del método teletransportador.

Las pantallas auxiliares se iluminaron. Grandes signos (decodificados automáticamente según las quinientas setenta y cuatro mil variedades ideográficas conocidas) se proyectaron:

VEREDICTO:

Tras una pausa (y en cuanto los jueces hubieron telecursado la orden correspondiente), la palabra se sustituyó por otras:

IRRESPONSABLE. SIN DELITO DELIBERADO. SUJETO ÚNICAMENTE A PSICORREMO-DELACIÓN.

Todo había comenzado, para Choxho Vull, con la persecución de un sueño. Ahora sus propios sueños, durante largo tiempo, iban a estar reglamentados.

Ironía sutil, o paradoja: alguien se encargaría, en lo sucesivo, de planificar al Planificador.

**CONTINÚA
EN LA PÁGINA
SIGUIENTE**



CUARTA ETAPA:

En el caso de Córdoba, la determinante inicial había radicado en cierta veta hereditaria de su carácter: una singularidad específica que se hundía en el fondo de los tiempos hasta alcanzar a sus ancestros de ojos oscuros y expresión sordamente rebelde.

Los latinoamericanos de Terrasolar eran una raza orgullosa, a su manera. Hartos de padecer una amplia gama discriminatoria, que culminara en la gran hambruna de los albores del siglo XXI, se habían lanzado por la puerta ancha del Espacio Exterior, hacia Afuera (como dieron en decir los de la Primera Generación de espacieros), en busca del mítico «elefante» que en la centuria previa rastrearán los desesperados del Norte... Producto de sus atavismos —si bien en ningún caso habría consentido en admitirlo—, Córdoba se negó a someterse a directivas que consideraba injustas.

Él era dueño y señor en la High Noon... ¿Se iba a quedar cruzado de brazos ante la prepotencia de un contratista que ni siquiera confiaba en él?

Se propuso averiguar cuál era ese misterio que sin duda encerraban la reticencia de unos y los subterfugios de otros... Pero en ningún momento —y aquí, entonces, la ironía para Córdoba— había obrado más que a impulsos de su connatural tozudez, sin ocurrírsele que pudiese existir nada realmente grave o trascendental en el asunto.

Tras liberarse de los guardias, cuando despegó del cosmódromo de Puerto Lix embaucando a la Torre de Control (pues reportó la presencia —inexistente— de los de Seguridad a bordo de la High Noon, a efectos de poder elevarse sin interferencias), ya el cariz de la historia sufrió una alteración fundamental. Se sintió irremisiblemente comprometido..., tanto como para seguir adelante con sus propósitos, fuesen cuales fuesen las últimas consecuencias. De manera que, en la intimidad de su viaje sideral, violó los sellos y satisfizo su curiosidad.

Después... «Coop» Córdoba se convenció a sí mismo de tomarlo como una especie de juego.

El Espacio Exterior es un sitio solitario, aun para misántropos como Córdoba. La prueba de ello era que acostumbraba a dialogar con la consola-robot, a la que inclusive llegó a atribuir una seudopersonalidad bautizada por él con el mote de «Chips». Eso le había bastado..., hasta entonces.

Primero se entretuvo contemplando al prototipo. Un trabajo fino de veras, se decía. Aun a través del envase de plasteel que lo preservaba, lo esmerado de la factura resultaba evidente.

Más adelante necesitó tocarlo.

Así comprobó que, descontando su asepsia, la tersura de aquella

seudocarne y la sedosidad del cabello «sintet» causaban escalofríos.

Era fatal que el proceso se cumpliera, paso por paso... En determinada ocasión descubrió el minidisco de instrucciones y, aunque no le fue posible descifrar los ideogramas, bastó la elocuencia de las ilustraciones para captar la noción básica. Ya no estuvo en paz hasta que no hizo la prueba.

¡Momento solemne! Reinaba absoluto silencio (Córdoba había desconectado la radio, y las unidades de gravedad artificial no producían sonido audible alguno), excepto por la agitada respiración del espaciero.

Torpemente, alcanzó el oculto starter, por debajo de las pantaletas del prototipo..., y dio un salto hacia atrás, electrizado.

¡Cierta atisbo de vida comenzó a circular por las entrañas de la androide!... Sobrecogía aquel portento de una tecnología poco menos que diabólica.

—Hola —la oyó decir «Coop», entre el castañeteo de su dentadura—. Soy Rita-2, y estoy encantada de estar aquí.

Las palabras, a través del minidecodificador lingüístico que Córdoba llevaba en la oreja, resonaron por completo inteligibles.

—Yo... —balbució él—. Ho... hola.

Se movieron las espesas pestañas.

—¿Dónde está Errol-2? ¡Tenemos que aparecer juntos!...

—El... todavía no está listo.

—Pero entonces... —los ojos maravillosos giraron, observando por primera vez el entorno—. Esto no es Kurro-64, ¿o sí?

—No. Es... la High Noon. Mi nave —aclaró.

—¡Y tú no eres Choxho Vull! ¿Quién eres?

Córdoba tragó saliva. Se sentía atrocamente intimidado.

—Me llamo Córdoba —consiguió urdir—, y estoy encargado de llevarte a otro lugar. ¡Vull mismo me lo ordenó! No tienes por qué preocuparte.

—¿Y qué va a ser de la buena gente de Kurro-64? —las bellas facciones adquirieron un tinte melancólico—. Errol-2 y yo debíamos hacerlos felices... ¿Quién va a filmar las películas para ellos?

—El proyecto está... ¡jum!..., demorado temporalmente —inventó Córdoba—. ¡No te ocupes! Vull se cuida de eso... ¡Ya nos avisará cuando sea el momento de reunirnos con él!

El espaciero se mordió la lengua. ¿Por qué diantre había soltado desatinos como éstos? ¡Cada vez se enredaba más! Afortunadamente, nadie, excepto Rita-2, estaba enterado de sus embustes... La verdad, reconoció, era que se había metido en camisa de once varas... Aquella situación se había vuelto demasiado complicada para él; por eso se mareaba (y además, ¿por qué demonios tenían que haber hecho una cosa tan condenadamente bonita?) y no coordinaba bien.

Bueno, concluyó, con cierta filosofía rústica, lo mejor que podía hacer, ya que estaba en el baile, era bailar..., y sacarle el mayor jugo posible a todo el asunto. Era un verdadero encanto, ella. Y esa voz tierna... Tenía por delante un largo, largo viaje hasta Kurro-64. ¿Por qué no pasarlo en grata compañía? Con ello no se perjudicaba a nadie; por cierto que no al mismo Córdoba, eso con seguridad... El otro prototipo podía seguir envasado, mientras; que a «Coop» no le gustaba abusar, tampoco.

Así comenzó la cosa: como un juego inocente.

Córdoba se descubrió un ignorado venero de conversación latente en lo profundo del pecho... Siempre había pasado por lacónico; inclusive él mismo se tenía por tal. Pero parecía que Rita-2 catalizaba una erupción verbal tras otra, mediante agentes tan sencillos como una mirada de interés o un parpadeo intencionado.

Ya roto el hielo, o, por mejor decir, cuando la presencia de Rita-2 se hizo hábito para «Coop», él la llevó, no sin orgullo, a recorrer la High Noon, para mostrarle las mejoras que había sabido introducir en el modelo original, a fin de aumentar la eficiencia de la astronave.

—Tiene compensadores de hiperresp —se ufano—, y gravedad artificial en todos los compartimentos. ¡Todo obra mía! Ya verás cuando hagamos otro Salto al hiper. ¡Suave como nube!

—¡Fas-cinante! —exclamó ella, con fervor androidal.

—Y eso que no viste lo mejor... ¿Te interesaría ir al cuarto de máquinas?

Ella echó hacia atrás la cabeza:

—¡Me encantaría!

Se aferró del brazo del espaciero, y él sintió que se le secaba la boca, aunque lo atribuyó a una mala digestión y nada más.

—¡Nada de Ultraenergós! —declaró Córdoba, frente a los motores—. Mucha gente sigue la moda de usar esos propulsores importados de Ghuffa..., ¡porque alcanzan velocidad de escape con pérdida mínima! Yo me quedo con la vieja pila Torr... ¡Segura y confiable, como decía el viejo!

—¿El... viejo? —ella arqueó las cejas.

—¿Eh? ¡Ah, perdona! Quise decir: mi padre, ¿entendiste?

—¿El era espaciero, también?

—De la segunda hornada... Los de la Torr-56, ¡tipos valientes! No tenían los adelantos que hay ahora... Eran épocas duras: apenas si se empezaba a largarse para Afuera —«Coop» meneó la cabeza, sonriendo tímidamente ante el recuerdo—. El responsable de todo fue mi abuelo. No pudo irse al espacio, aunque lo quería de alma; de manera que le transmitió la manía a mi papá... ¡Y éste es el resultado! Aquí me tienes, espaciero de sangre como el que más, con mi Torr-79...

—¿Hace mucho que tú...?

—¡Uf! ¡Ciclos enteros!... Y, sin embargo, ¡a mí me parece que fue ayer cuando hice mi primer viaje, de polización en un crucero! ...

—Serías muy jovencito —comentó ella, con dulzura.

—Tenía dieciséis terraciclos... ¡Pero te garantizo que era igual de porfiado que ahora, a los cuarenta!

—¿Cuarenta? —ella parpadeó, sonriente—. ¡Nunca lo habría sospechado!

Córdoba se aclaró la garganta. Era tan sorprendentemente humana al hablar... ¡Demonio de programación!

El juego continuaba. En aquel punto aparecieron los sueños. Como la mayoría de los hombres de acción, Córdoba jamás había tenido dificultad en conciliar el sueño. Le bastaba tenderse donde fuera —a menos que estuviese en caída libre—, para adormecerse automáticamente, con solo unir los párpados. Lo mismo le ocurría al acomodarse en el saco vertical de la High Noon, libre de gravedad. Dormía profundamente, sin perjuicio de despertarse de inmediato, al sonido de la chicharra de alarma. Pero las cosas cambiaron en aquel malhadado viaje.

Empezó a soñar.

Aquello lo inquietó. Por consiguiente, ya no dormía de un tirón ciego y sin perturbaciones, sino que despertaba varias veces en el curso de un solo período y, lo peor, sentía que lo embargaba una injustificable sensación de angustia, nociva para su tranquilidad. Asimismo, tenía conciencia de ciertas ofuscantes imágenes que poblaban su sueño, si bien luego no lograba recordar en qué consistían esas imágenes.

...Más adelante, las fantasías oníricas comenzaron a fijarse con insistencia creciente, y Córdoba pudo revivirlas durante sus lapsos de vigilia. Con eso desapareció gran parte de su inquietud, ya que no halló motivo de preocupación en la naturaleza de sus ensueños. Se trataba de la primera fase, Había en ellos mucho de casto y de sereno: atardeceres rosados y flores amarillas mecidas por brisas decorosamente tibias. Recreaba asimismo la belleza de Rita-2: el aspecto idealizado de la luz de un sol reflejándose en sus cabellos, la gracia especial con que las curvas de las pantorrillas se disolvían en los muslos, hasta perderse en la opacidad progresiva de los tules superpuestos que cubrían sus caderas... Sueños de adolescente, se podría decir..., muy diferentes a los que vendrían luego: sueños febriles y húmedos, preñados de ansiedades.

Bajo la iluminación brillante y fría de la nave, todo recobraba las debidas proporciones. La incomodidad de Córdoba se nulificaba, lo mismo que una mezcla atmosférica ante un vacío artificialmente provocado. Cada vez le era más grata la compañía de la androide; así, estaba más que dispuesto a convencerse de que todo acabaría bien.

La macro-órbita computada por «Chips» llegaba a su apex... Una nueva orden fijaría, con carácter virtualmente irrevocable, el rumbo definitivo de la High Noon. A Córdoba se le escapó un suspiro, coincidente con el «blip» que registró el dato en la consola

—¿Estamos cerca?

Él se sobresaltó. No había percibido los leves pasos de Rita-2.

—¿Que si estamos cerca? —reiteró innecesariamente.

—Si vamos a llegar pronto —insistió ella.

—¡Ah! Sí..., bueno..., relativamente.

—¿Y adónde es que vamos?

«Coop» se aclaró la garganta. Aún no había pensado en la forma de componer el embrollo en que se metiera con su primera y torpe conversación con Rita-2.

—Bue-no —dijo—, en principio, creo que podremos ir a Kurro, como estaba planeado, pero...

—¡Qué bien! ¿Así que ya no hay inconvenientes?

—Bueno, creo que casi todo está resuelto. Pero...

—¿Hablaste con Choxho Vull, eh? El hombre enrojeció.

«¡Maldición!», pensó. No había calculado que resultase tan preguntona...

—Este..., sí, eso mismo. Hablé con él, sí.

—¿Cuándo? No recuerdo que...

Córdoba se mordió la lengua, rezongando por dentro. Desde luego, sólo se habían separado durante los periodos de reposo, cuando él iba a dormir y la desconectaba.

—¡Jum! —carraspeó—. Fue hace un rato... Me despertó la chicharra, ¿te das cuenta?

Estaba molesto, aunque no habría podido decir si era con la in-

sistencia de la androide —sin duda parte de la programación—, o con su propio aturdimiento. Ella se le acercó, fijando ambos ojos en su cara..., con tanto interés, que el malhumor de Córdoba se licuó sin esfuerzo en una amable euforia.

—¡Viaja tan rápido tu nave! —musitó Rita-2—. ¡Me emociona pensar en las distancias tan inmensas que recorreremos..., y en tan poco tiempo!

Cierto agradable calorcillo hizo presa de «Coop».

—¿Quieres que te diga una cosa? —repuso—. Por regla general, estos viajes se me hacen interminables; pero ahora, con tu presencia, yo..., ¡yo también diría que el tiempo se nos pasó en un soplo!

Ella bajó los ojos, sonriente.

—Gracias por el cumplido...

Se encontraban muy cerca uno del otro, frente a las lucecitas titilantes de la consola. A un costado, el gran visor polarizado brindaba un cuadro casi abrumador del cosmos hiperlumínico.

—¿Te puedo pedir una cosa? —susurró entonces Rita-2.

El larguirucho terrasudamericano asintió, usando tan solo la cabeza, pues de repente sintió que le costaría hablar. Los delicados dedos de ella ascendieron por la manga del hombre, hasta cerrarse en torno de su tenso bíceps izquierdo.

—¿Desconectarías la gravedad?... —rogó, mimosa, la androide.

—¿Ehh? —él dilató los ojos—. ¿Para qué quieres que haga eso?

—¡Por favor! —y había debido dirigirse a un peñasco, para resultar desairada—. ¡Quiero ver qué sensación se tiene al flotar en el vacío! ¿Sí?...

Córdoba levantó los hombros.

—¡Si te empeñas!... ¡Pero es por ti que la tengo conectada! Yo nunca la uso en esta cabina, ¿sabes?

—Ya sé que eres un espaciero veterano. ¡Nada de esto puede conmoverte!... Pero yo soy novicia. ¿Me das el gusto, sí?...

Un instante más tarde se mecían en la ingravidez. Córdoba tuvo que admirarla. No debió bregar mucho para adaptarse: pronto se movía con la misma facilidad que él, y por cierto que con hartito más gracia.

—¿Qué tal, eh? —quiso saber el espaciero.

—¡Mmmm! —ronroneó ella. De pronto, estiró la mano y se apoderó de la del hombre. Sonriéndole, lo forzó a compartir una especie de danza etérea, que consiguió sumirlo en la mayor confusión jamás sufrida a lo largo de su ajetreada carrera... Por fin se las arregló para soltarse, retirándose hacia un rincón.

—Sigue tú sola, ¿eh? ¡Yo lo estropearía todo!

Asido de un gancho, la contempló. Era como presenciar una abstracción repentinamente corporizada. La danza..., todas las danzas del universo, conjuradas en aquel único punto espaciotemporal, vivas y alentando frente a sus ojos deslumbrados. Era posible que nadie hubiese gozado de un privilegio así, antes que él, se dijo Córdoba, humilde.

Pero la lógica inexorable de la naturaleza exige un final fatalmente ineludible para cualquier principio: llegó el momento en que el milagro cesó. Córdoba la vio flotar hacia él, como una nube de gracioso contorno.

Oyó que le interrogaba, con voz dulce:

—¿Te gustó mi baile?

Y al recibirla, casi entre los brazos, respondió Córdoba:

—Nunca había visto nada igual... Parecías... música sólida.

Ella se apartó, mediante un lige-

ro envión de la mano.

—Siempre supe bailar —le dijo—. Es parte de mí.

—¡Sin ninguna duda! —convino él—. Se nota.

—Y el espacio —observó la androide, sorprendidamente— es parte de ti, Córdoba.

Captó determinada luz en lo profundo de los ojos de ella, sin lograr interpretarla. Lo observaba con insistencia, flotando en torno de él, como si estuviese intrigada por algo. «Coop» frunció el ceño.

—¿Qué se siente al superar una y otra vez la velocidad de la luz? —murmuró de súbito ella—. ¿Le quita años a uno?

«Coop» no pudo reprimir una sonrisa. Sacudió la cabeza, con lo que su delgada figura osciló perezosa.

—No te lo recomendaría como terapéutica —bromeó—. ¡Son tontearías..., un montón de teorías en desuso, mal entendidas y peor interpretadas! La práctica vino a resultar mucho más prosaica que las especulaciones de unos cuantos comelibros... ¡Te puedo asegurar que no hemos dado con ninguna fuente de Juvencia espacial, Rita!

—Pero algo se debe de sentir —persistió la androide—. Los espaciares tienen ese «aire» característico, que enseguida se reconoce... ¡No me digas que no hay una razón!

«Coop» necesitó de una pausa. Nunca se le había ocurrido plantearse la cosa en forma directa; pero sin duda había intuido algo, más de una vez, allá para sus entretelas. Y ahora que esta extraña criatura lo obligaba a reflexionar...

—Sí... La velocidad hiper hace cosas raras —admitió por fin—. No estoy diciendo que lo perjudique a uno, no; ni en lo físico ni tampoco en lo mental. Pero..., no sé. ¡Algo hay! Yo

mismo...

—¿Sí? ¿Qué es lo que tú sientes, «Coop»?

El se replegó durante unos instantes. Luego, en voz baja, comenzó a rememorar:

—Una vez conocí a un viejo, en Tharry-7... Un tipo de lo más estrafalario que puedas imaginarte. Le aseguraba a todo el mundo que contaba más de doscientos ochenta terraciclos, y en realidad casi parecía tenerlos.

«Claro que nadie le daba importancia, porque se trataba de un borrachín miserable, que no tenía otra misión en la vida que mendigarles cápsulas bebestibles a los espaciares recién llegados... A muchos nos divertían sus extravagancias, e incluso le tomamos cierta simpatía.

«Lo recuerdo como si fuera ayer: ni bien nos conocimos me clavó la vista (tenía el par de ojos más sanguinolentos que jamás viera) y me apuntó con un dedo que parecía una rama seca, gritándome a toda voz:

«—¡Cooper! ¡Cooper resucitado! ¡Por fin un caso! ¡Yo tenía razón, malditos sean! ¿Ven como yo tenía razón, imbéciles?

«Y sandeces por el estilo... Todo el mundo reía a carcajadas, en tanto yo no sabía si romperle la cabeza al vejete o unirme a la risa, aunque no la comprendiese. Por fin alguien se dignó explicarme: el carcamal estaba chiflado. Juraba y perjuraba que su historia era cierta. Por haber comido no se sabía qué raíz de cierta planta, en alguna especie de ceremonia o ritual de un planeta desconocido (a donde lo habrían llevado los tripulantes de un OVNI que, supuestamente, lo «abducieran» en la vieja Tierra, allá por 1985,

o cosa así), había adquirido una longevidad insólita. Según él, todavía le quedaba un buen par de terracenturias de vida..., ¡y con la mente lúcida, afirmaba!... Bueno, sea como fuere, el resultado fue que de ahí en adelante se me pegó como parche «Ultrajad», y cada vez que me divisaba corría a colgarse de mí, y no me dejaba tranquilo hasta no dormirse de puro borracho..., a base de cápsulas pagadas por mí, claro.

«Este viejo diablo fue el que me endilgó el mote de «Coop», que hasta hoy no sé qué significa... También me hizo saber que yo era ni más ni menos que «un caso evidente de recurrencia crono-bio-morfológica (no olvidaré jamás la palabreja), o sea uno entre setenta y ocho billones de seres humanos o parahumanos»... Y agregó que, de haberse topado conmigo cincuenta y seis terraciclos antes, no estaría emborrachándose ahí, en Tharry-7, sino ocupando un sitio en la Academia Universal de Ciencias Vivas... ¿Que te parece?

«Todo esto te lo cuento para que te hagas una idea de la gente con la que hay que alternar Afuera. ¡Por supuesto que el individuo no estaba engranado! No hay duda de que tenía revuelta la sesera.

«Y, sin embargo... Alguna de las cosas que decía...

Córdoba se detuvo. Parpadeó. La androide, pegada a él, parecía literalmente suspendida de sus palabras. Algo muy singular se revolvió dentro del varón. Y no obstante, razonó aún la porción fría de su cerebro, ella no dejaba de ser una especie de sofisticado mecanismo; claro que con la más bonita envoltura que se pudiera desear... Se encogió de hombros. Posiblemente él también estaba un poco loco, como todos

los espacieros, reconoció.

—Cada vez que viajo a velocidades MRL —murmuró Córdoba—, pero no como la que llevamos ahora, que es moderada..., sino a extremas velocidades MRL, o sea como cien o quinientas veces más rápido que la luz..., siento... un no sé qué, que me costaría muchísimo definir y que posiblemente no llegaría a aceptar. Siento...

Suspendido al filo de la nada, aferrado a lo real tan sólo por la precaria presión de sus falanges en torno al gancho de la desgravitada cabina, Córdoba sintió que podía aceptar la posibilidad de muchos imposibles... Volvió a levantar los hombros, dejándose llevar una vez más por la simple inercia que en aquellos instantes se erigía en suprema ley natural.

—Dime —suplicó Rita-2—. Dime qué sientes.

—Bueno —contestó él, tras pensar un poco—, la verdad, nunca me detuve a analizar a fondo el asunto. Me sentía... raro; eso era todo. No se me ocurría nada más preciso. Pero si insistes en que sea más claro, bueno, yo diría que es como si, de alguna manera, cuando viajo a esas velocidades casi inconcebibles, yo atravesara una especie de... barrera, o cosa así.

—¿Barrera?

—¡O tal vez la palabra sea «frontera»!... ¿Cómo quieres que lo sepa? Es algo indescriptible. Siento que, junto con el Salto al hiperespacio, brinco también por sobre cierta línea divisoria..., hacia otro ámbito.

—¿Aún más... afuera?

El sacudió la cabeza.

—No. No se trata de eso. No es ir más hacia el Espa Exte, no; más bien se parece a describir un arco, quizás hacia adentro de mí mismo, o tal vez invadiendo un universo desprovis-

to de la dimensión tiempo..., donde incluso las fantasías de aquel viejo loco de Tharry-7 podrían aceptarse como realidades concretas.

Se detuvo. No era común en él hablar tanto, con el agravante de tanto disparate. Pero de pronto se puso a reír. Comprendió que por primera vez había osado encarar todo aquello, y el desahogo de soltarlo no le había caído mal. Miró con simpatía a Rita-2.

—¿Nunca te dije que eres la chica más formidable que conozco?

Ella sonrió; luego separó los labios para contestar. Pero en ese preciso momento estalló el pandemonio.

Una sirena aulló su mecánica advertencia. Repiquetearon varios timbres, y todo un sector de la consola floreció en excitadas lucecitas parpadeantes.

—¡Maldición! —«Coop» supo que se había puesto pálido—. ¡Justamente ahora tenía que pasarme!...

Y extendió las manos hacia los controles, jadeando excitado.

**CONTINÚA
EN LA PÁGINA
SIGUIENTE**



QUINTA ETAPA:

Maxie-Maxie no se intimidaba con excesiva facilidad. En los avatares de su accidentada existencia ya lo había sufrido casi todo. Pero la imponentia de los de Seguridad Especial, a partir del mero resonar de sus pisadas al aproximarse, resultaba demasiado para cualquier temple, incluido el del endurecido enano.

Esparcieron el temor y el silencio a su alrededor, como si las tres corpulentas figuras enfundadas en uniformes de brillante amarillo galeoneado en azul oscuro exudaran alguna especie de vaho letal... La hez intergaláctica se encogió sobre sí misma, a la defensiva.

El azul sobre amarillo representaba la Ley Suprema. Ninguna puerta —ni siquiera la que accedía a los íntimos repliegues de la conciencia individual— podía cerrarse.

Se irguieron las cabezas gemelas, resignadas a lo inevitable..., pero al propio tiempo resueltas a valerse de cualquier recurso para resistir el anonadamiento total.

—Córdoba, llamado "Coop". Se sabe que es su cliente.

Maxie-Maxie pestañeó. La voz podía haber brotado de cualquiera

de ellos. No contenía matiz particular alguno; y era precisamente esa misma atonía lo que empavorecía el ánimo. Los rostros estaban cubiertos por visores polarizados, opacos a los ojos de las víctimas, de forma que tampoco se podían formular conjeturas en base a invisibles expresiones faciales. El bicéfalo tragó saliva.

—No lo conozco —afirmó su cabeza izquierda.

—No sé de quién hablan —corroboró la derecha.

—Se sabe que es su cliente. Se requiere información sobre él.

—¡Les repito que no sé a quién se refieren!... ¡Eh, muchachos! —la voz de Maxie se alzó, en un trémolo que acabó en falsete vergonzante, para dirigirse a su heterogénea clientela—. ¿Alguno de ustedes conoce a «Coop» Córdoba? ¡Los señores preguntan por él!

—Usted es quien mejor lo conoce. Se sabe. Vendrá con nosotros.

Ambas testas se sacudieron con vigor.

—¡No tienen ningún derecho a llevarme! —protestó airado Maxie-Maxie. Sus manitas se aferraron al mostrador levitante—. ¡Yo no sé nada de nada! ¿Me oyen? ¡No sé nada!

Sin una sola palabra, el uniformado del centro extrajo un tubito reluciente, con el que apuntó al enano. Demasiado tarde, las cabecitas intentaron refugiarse tras el mostrador. No se produjo nada perceptible, al menos a nivel visual o auditivo, pero sin lugar a dudas Maxie resultó alcanzado.

Con manifiesta rigidez dio la vuelta al mostrador y se unió a los tres representantes de la autoridad. Dos de ellos lo sujetaron por los brazos y, sin más preámbulo, el grupo se elevó a considerable altura del suelo, arrastrando al prisionero hacia algún inimaginable destino.

Nadie atinó siquiera a moverse. Se trataba de algo tan inevitable como la sucesión de los días por las noches.

...Lo siguiente de lo cual tuvo conciencia cabal Maxie-Maxie fue una reducida habitación metálica, un cubículo, por mejor decir, apenas amoblado por una mesa y un par de asientos atornillados al piso. Había grandes probabilidades, acertó a razonar, de que se encontrasen dentro de la astronave de ellos...

Percibió a alguien frente a él, si bien no habría podido jurar que no se tratase de una imagen estereoscópica de calidad excepcional. Por cierto que no podrían hallársele tachas al realismo visual; pero desde luego que con éste cabían engaños. No le resultaba factible, por desgracia, cerciorarse por vía táctil, dado que, debido a alguna razón inescrutable, no conseguía mover un solo músculo.

—Córdoba, llamado «Coop» —dijo su interlocutor—. Se sabe que usted lo conoce. Dénos información.

Maxie descubrió entonces que, si bien se le rehusaba la libertad de movimiento a sus extremidades, no ocurría igual con sus cabezas. Negó enfáticamente, con el mismo gesto tenaz en las dos bocas.

Pegó un salto. Esa sensación en el codo...

—¡Hijos de...! ¡Me inyectaron!

Algo había penetrado en él, sin necesidad de aguja.

—Córdoba, llamado «Coop» —insistió el otro.

Comprendió que iba a hablar. Se lo diría todo... ¿y por qué no? Se relajó: de pronto las cosas estaban como debían estar. «Coop»...

—¡Es un buen amigo! —declaró—. Gran tipo, el flaco ése.

—¿Hace mucho que lo trata?

—Dos... No, casi tres cronociclos, ya, ¡Cómo pasa el tiempo, viejo! Y él siempre está igual. ¡No parece que envejeciera! Es un buen tipo, un amigazo. Le dije que es un buen tipo, ¿no?

—Me lo dijo. ¿De dónde es él, Maxie?

—De Terrasolar... La Madre. ¿Usted conoce Terrasolar? Ellos...

—Terrasolar se conoce —repuso el interrogador—. Harzog-3, Sector Verde, Galaxia AXA 8005. ¿En qué lugar de Terrasolar nació Córdoba?

—Era de la Surfe... ¡Cosa rara! No quería hablar mucho de ello; pero a veces se soltaba, con un par de cápsulas extra entre pecho y espalda, y...

—¿La Surfe? Defina, por favor.

—La Surfederación... El me explicó. Resulta que en Terrasolar había un continente dividido en dos, ¿sabe? La parte norte, que estaba ocupada por los EDNA, Estados Democráticos Norte Americanos, y luego la parte sur, donde nació Córdoba..., un puñado de países subdesarrollados...

“En vida del abuelo de Córdoba, estos países sureños se decidieron a integrarse en un Estado/Nación único, con la ilusión de contar con alguna posibilidad más de oponerse al «arrollador avance imperialista» (¿qué le parece la frase? ¡A Córdoba le encantaba! ¡La decía con un retintín...!)..., al arrollador avance imperialista de los EDNA...”

“Hubo un par de naciones que no quisieron acoplarse..., como Maraguay, por ejemplo; pero de todos modos ni una ni otras se escaparon de la hambruna del año dieciocho. «Coop» me contaba todo esto, y aparentemente se lo tomaba todo en solfa; pero a mi siempre me pareció que tenía un trauma brutal por haber nacido ahí, en pleno subdesarrollo...”

“El viejo Córdoba, que estaba tullido de nacimiento, poco y nada podía hacer para aliviar la situación de la familia; pero el único de sus hijos que sobrevivió a los disturbios de principios de siglo resultó un tipo fuerte y decidido, y un buen día se largó para Afuera (como se decía entonces)...

—¿Afuera? ¿Significa el Espacio Exterior?

—¡Ajá! Ya ve usted: a los desgraciados surfederenses se les cerraban todas las puertas. La única alternativa era romperse el lomo en trabajos que nadie en su sano juicio aceptaría, para pagar apenas la bazofia que se servía en los comedores públicos... Cuando surgió la posibilidad de salir al Espacio, a hacerse rico en el Cinturón de Asteroides, o si no a colonizar mundos inexplorados, con derecho a una parcela explotable, bueno... ¿Qué otra cosa iban a hacer, más que tirarse a fondo, con los ojos y los dientes bien apretados?

»Pero, claro: en aquellos días la cosa no era para cualquier riñón. Sólo los más duros, los más aptos, o si se quiere los más tozudos, lograban hacerle frente con éxito al Espacio. La mayoría rebotó; pero quedó un grupito de gente excepcionalmente dotada, ultrarresistente... El padre de «Coop» fue uno de esos.

»Sabe, yo llegué a entenderlos bastante bien, a través de los cuentos que me hacía «Coop»... Yo no soy de Terrasolar, sabe, sino de la colonia Japetópolis, y casi no tuve tratos con nadie de la Madre (¡oh, perdone, esa palabra ya no la usan más!), de Terrasolar, quise decir, así que no puedo hablar por experiencia propia. Pero cuando abrí «El Rincón», en Puerto Cincuenta y Nueve...

—¿Puerto 59?

—¡Puf! De nuevo con cosas obsoletas... Ahora todo el universo lo

conoce por Puerto Lix, aunque maldito si sé por qué... Bueno, como le decía, aquellos terrasudamericanos se me hicieron muy familiares... Eran ni más ni menos que un montón de desesperados, sin mucho más que perder fuera de la piel y los huesos, así que se precipitaban sin remilgos hacia donde nadie más osaba acercarse...

“Claro que con el tiempo las cosas fueron mejorando... En el cuarenta y nueve se instauró el Derecho de Asilo para los ciudadanos de Terrasolar, empezaron a funcionar los terraconsulados en todos los puntos de avanzada, y como al principio no aparecía ninguna competencia, la cosa llegó a pintar incluso como relativamente fácil, una vez que uno se acostumbraba...

—Córdoba, llamado «Coop» —recordó el inquisidor—. Se le pide que se concrete a él.

—¡Oh! ¡Ah, sí, claro, claro! ¡No sé qué me ha dado hoy por charlar tanto!... Ha de ser porque se está tan bien aquí con usted, viejo... Pero en realidad lo que le vengo diciendo tiene mucho que ver con «Coop». En cierto modo puede explicar cómo es él, y por qué hace ciertas cosas. Al menos, yo lo siento así; y como usted me pedía que le dijera lo más posible sobre él...

—¿Hace mucho que es astropiloto?

—¡Uh! ¡Casi desde muchacho! Bueno, es fácil de entender: el padre le pegó la fiebre del Espacio, y a ésa no hay quien la cure... Córdoba me contó cómo empezó, a los veintiún terraciclos, con una astronave destartalada que le compró a un veterano en retiro... —A causa de la droga, Maxie-Maxie era impotente para cortar su verborragia, pese a la visible impaciencia de su interlocutor—. ¡Ah, cómo me habló del tipo aquéll!

Todo un hombre, me dijo, aunque ya le pesaban los terraciclos... ¿Cómo era el nombre?... ¡Ah, sí! Líber Saldaña..., un maruguayo que había hecho de todo en la época heroica del Espacio...

—No será esa la misma astronave que usa Córdoba en la actualidad, ¿eh?

—¡Por supuesto que no! «Coop» solía acordarse, no sin su cuota de nostalgia, de aquel cacharro, impulsado por una viejísima Torr-45... Pero, claro: ¡con eso no habría ido a ningún sitio, hoy en día! No, él cambió varias veces de vehículo. ¡Y siempre para mejorar!... Porque no solamente es un piloto de primera, el flaco, sino que además sabe una barbaridad sobre motores, unidades de impulso, y todas esas cosas...

—¿La nave que tiene ahora...?

—¿La High Noon? Se la compró a una firma de los EDNA, y la estuvo pagando a cuenta de sus ganancias, por más de doce terraciclos, me dijo...

—¿Y qué clase de nave es?

—¡Buena..., muy buena! Y él la mejoró mucho, también... No sé cuántas modificaciones les hizo a los motores; pero el hecho es que ahora alcanza velocidades ultra. ¿Sabe lo que quiere decir eso? ¡Más de setecientas veces la velocidad lumínica!... ¡No era así cuando se la vendieron, créame... Lo único que no se molestó en cambiarle fue el nombre. A lo mejor le gustó así, quién sabe... Significa «mediodía», ¿sabía usted?

—Se sabe. Se conocen los principales grupos paleolingüísticos del Universo.

—¡Claro! ¿Cómo podría ser de otro modo? —Maxie-Maxie liberó sus recónditos rencores, merced a la droga—. ¡Época endiablada, ésta!... Ya ni se tiene idea de dónde o cuándo se vive... No tiene más sentido hablar de «presente» y «pasado», o de «hu-

manos» y «alienígenas», como decíamos antes... Ahora somos un ható de tipos aturridos, entre un millón de razas diferentes, que cada vez saben más sobre nosotros, sin que nosotros logremos aprender gran cosa de ninguna de ellas... «¡Se conocen los principales grupos paleolingüísticos!» ironizó inconscientemente el bicéfalo hombrecillo—. «¡Se sabe esto, se sabe lo otro...!» ¡Como si nos pusieran bajo un microscopio!... Pensar que hace menos de cincuenta terraciclos, casi ni había habido Contactos... ¡Pensar que hubo quien llegó a lamentarse de que estábamos solos en el cosmos!...

El enano se recogía en su propia, aislada intimidad: la fase final del efecto inducido por el específico.

—Solos en el Cosmos... —musitó—. Solos. Yo siempre estuve solo, y jamás me quejé...

—¡Córdoba! —machacó el interrogador—. ¡Llamado «Coop»! No divague. Se desea saber si lo considera capaz de una acción delictiva.

—¿Eh? —Maxie-Maxie parpadeó por cuadruplicado—. ¿Delic... tiva? ¿"Coop" Córdoba?

—Una defraudación —precisó el otro—. Violación de contrato. ¿Podría ser?

Las cabezas de Maxie-Maxie oscilaron, en ardiente desmentido.

—¡Nunca! ¡Nunca! El flaco a veces es tan honesto que da asco...

—Concrete. Sin hipérbole.

—¡Bueno! Verdad que de vez en cuando se permitía ciertas licencias menores, como transportar alguno que otro paquetito de Mástex, o llevar un par de encargos clandestinos para los amigos, pero aparte de eso... ¿Violar un contrato? ¡Noo! ¡«Coop» no haría una cosa así, a no ser que estuviera fuera de...!

Una de las caras hizo un mohín de dolor. Por la comisura derecha de los labios escapó un hilillo de sangre rojo claro. Los agudos dientes amarillos se habían clavado profundamente en la lengua del enano.

—¿Sí? —el inquisidor alzó con viveza los ojos—. ¿Qué estaba por decir?

Maxie-Maxie tosió, con ambas bocas alternativamente. El efecto de la droga comenzaba a disiparse.

—No, nada —murmuró—. Nada importante.

Pero el otro insistió, con suave pertinacia:

—¿Fuera de sí? Eso era lo que iba a decir, ¿verdad?... No se moleste en negarlo, Maxie. No es ésa la forma de ayudar a su amigo. Su deber es decir toda la verdad. Y créame que la va a decir.

Antes de que el desventurado bicéfalo pudiera concretar siquiera un ademán defensivo, el conjunto de sus reacciones conscientes y sus inconscientes reflejos pasó a nutrir la voracidad de la computadora encargada de su caso. Filamentos sutiles como cabellos se tendieron hacia sus venas palpitantes; una batería de electrodos se fijó en torno al perímetro de los cráneos gemelos.

Las bocas de Maxie-Maxie se secaron al unísono, cuando percibió el frío de cuatro aros metálicos —dotados sin duda de alguna clase de sondeante sensibilidad— rodeándolo muñecas y tobillos. Sobre la misma nuez del cuello derecho (único que poseía esa protuberancia), otro electrodo se mecía, como chalupa en aguas agitadas.

Toda una consola, revelada de súbito, cobró vida en torno a los dos sujetos. Inclusive la transpiración de Maxie-Maxie producía una tenue

ondulación en una de las pantallas luminosas.

—¿Es así, verdad? —la voz no estaba exenta de cierta benevolencia—. Usted notó un matiz de perturbación en Córdoba... Él no era el mismo de siempre, ¿no es cierto?

No hubo respuesta inmediata; pero el interrogador demostraba tener paciencia. Al rato, cuatro lagrimones colgaban de los párpados inferiores del hombrecillo.

—Yo le avisé —musitó—. Le aconsejé que tuviera cuidado...

—Pero él no lo escuchó, ¿verdad? Maxie sorbió por las narices.

—¡Es tan testarudo!

—¿Violaría el contrato?

—No sé —fue casi un suspiro—. No sé qué decirle.

Aparentemente tocado por la sinceridad de Maxie-Maxie, el de las preguntas no siguió presionándolo. Tras una pausa (cuidadosamente cronometrada de acuerdo a los datos de la consola), pareció decidirse por un cambio abrupto de tema:

—¿Córdoba vive en algún sitio? Es decir, ¿le conoce hogar?

—¡Como no sea la High Noon!... —el enano habló en tono caviloso, como consigo mismo—. Es peor que un glook nómada... Anda a los saltos.

—Pero algún refugio ha de tener... Para épocas difíciles, o simplemente para reposar de sus fatigas. ¿No le ha comentado nada?

Las cabezas del enano se ladearon, en son de desconfianza.

—¿Por qué pregunta eso?

—Únicamente porque deseo conocer bien a su amigo... Usted casi me ha convencido de que él es honrado; pero si no es capaz de establecerse en ningún sitio fijo, mucho me temo que habrá que considerarlo como persona no muy de fiar...

—¡No, no; se equivoca! Lo que le pasa es que es un tipo más inquieto

que cometa desorbitado, pero nada más... ¡Y no crea que no tiene pensado establecerse! Muchas veces me dijo...

—¿Sí?

—No quiero perjudicar a «Coop», ¿eh? ¡Es un buen amigo! ¡Ya verá cómo no defraudó a nadie! Aquellos guardias se emborracharon solos; por eso fue que los dejó plantados, pero...

—No se preocupe, Maxie. Eso ya está aclarado. Pero me interesa lo que me decía sobre la idea de Córdoba de establecerse. ¡Es un dato que pesaría mucho en su favor, créame! Vamos, cuénteme lo que sepa del asunto.

—Algunas veces... Cuando se ponía más melancólico que nunca (él siempre tenía el aire de haber perdido algo, ¿sabe?, aunque no se podría decir de qué se trataba), cuando se le pasaban los tragos... Yo notaba cómo se le iban oscureciendo más y más los ojos... Y de repente aparecían aquellas lucecitas, allá en el fondo, y entonces era cuando se sonreía un poquito, levantando apenas los costados de la boca, ¿sabe?, y se ponía a divagar sobre Khordoora...

—¿Khordoora? ¿Planeta, satélite, masa continental? Defina.

—Nada de eso, y al mismo tiempo, todo... Khordoora es... el paraíso —explicó Maxie, en tono quedo—. Todos los espaceros tienen «su» Khordoora, el lugar soñado donde se irán algún día, cuando el ajetreo espacial termine...

—¿Y cuál era el «Khordoora» de Córdoba? ¿Un sitio inexistente, fruto de su imaginación y nada más?

—No, él tenía un lugar verdadero adonde ir. Supongo que sería un asteroide desierto, perdido en la inmensidad del Sector Suntleones, por donde no pasa ninguna de las rutas ordinarias... «Coop» lo había

descubierto, y le puso Khordoora pensando hacer de él un lugar ideal...

—¿Conoce la situación de ese asteroide?

—Yo no soy espacero. Para mí todas las nebulas son iguales. Yo...

—¿Alguien más sabe de eso?

—«Coop» me aseguró que era un secreto. Pensaba siempre en retirarse a vivir ahí, lejos de todo, en paz y felicidad. ¡Ahora me parece que no era más que un sueño suyo!... —Maxie-Maxie, el paria, movió las cabezas—. Y sin embargo... El lo pintaba de tal manera... —sus cuatro ojos brillaron, húmedos.

Sonó una chicharra, en algún sitio fuera del alcance visual de Maxie. Él se estremeció.

De repente notó que estaba solo en el cubículo. Advirtió también que acababa de recobrar el uso de los miembros. No había modo de volver atrás; lo comprendió. Supo que había proporcionado los datos necesarios (o bien las sondas se los habían arrancado, tanto daba), y que la situación, ya irreversible, escapaba a su control.

Frente a su vista, se encendió un rótulo escarlata: **SALIDA**

Sin ruido, el sector de pared metálica ubicado bajo el indicador luminoso se corrió hacia un costado. Afuera, el movimiento habitual de Puerto Lix, en las inmediaciones del «Rincón de Maxie- Maxie».

El enano no carecía de un sistema lógico rudimentario. Se puso de pie y salió, con un automático encogimiento de hombros.

—Espero que el flaco pueda llegar a Khordoora todavía —murmuró.

**CONTINÚA
EN LA PÁGINA
SIGUIENTE**



SEXTA ETAPA:

Desde luego que Córdoba no ignoraba que su descontrolado ademán estaba destinado a abortar. Sacudió, no obstante, los controles; pero no era su volición consciente la causa de esos movimientos de brazos, muñecas y dedos, sino tan sólo el terco condicionamiento de un espaciero terrasudamericano inveterado.

Inútil todo, como pudo preverlo: incluso «Chips» permaneció mudo e inerte.

La consola mostraba opacidades neutras; las lucecillas se habían fijado en un aterrado espasmo inmóvil. Había vuelto la pesantez.

Preocupado, Córdoba se volvió a mirar a la androide. El campo de fuerza era capaz de dañar los mini-microchips. Quizás...

—¿Qué pasa? —la ansiedad de ella resultaba completamente humana—. ¿Qué es... todo esto?

Sorprendiéndose de su propio impulso, el espaciero rodeó con un brazo los agitados hombros de Rita-2.

—No te asustes. Es un campo de fuerza...

—¿Qué dices? ¡No te entiendo! ¿Por qué vibra todo así?

—Ya pasará eso... Sólo nos tienen inmovilizados.

—¿Quiénes? ¿Pero qué está pasando, «Coop»?

El intentó calmarla, aunque tampoco las tenía todas consigo:

—Creo que van a abordarnos. Tal vez sea Harka Dynn, después de todo... No sé. —Su sentido de lo irónico se impuso por un instante—. ¡Muy oportuno el momento para probarme la realidad de su leyenda!

—¡Sigo sin entenderte nada! —se quejó Rita-2.

El asintió, abstraídamente. Desde luego, no podía esperar que Harka Dynn figurase en la programación del prototipo. En rigor, el mismo Córdoba nunca había sabido a qué atenerse con respecto a los relatos más o menos fantásticos sobre piratería espacial que salpicaban la colorida charla de la gente del cosmos. Harka Dynn, siniestro y ominoso, oficiaba por lo general de figura central. ¿Un paranoico? ¿Una especie de Iluminado Negro? ¡Las distintas versiones eran legión!

—Tranquila —murmuró a Rita-2—. Nos habrán confundido con algún transporte de Hacienda Universal. ¡Creerán que llevamos oro, o algo!

—¿Son ladrones, entonces?

Un sacudimiento, seguido por un gigantesco sonido de succión. Córdoba retrocedió hacia la pared, arrastrando a la androide por el talle.

—¡Cuidado! ¡Nos penetran!

La pared opuesta a ellos cambió de color: gris metálico a rojo cereza, enseguida a un blanco cegador, y por fin al granate de una emisión láser.

—¡Tápate los ojos! —advirtió Córdoba—. ¡Pronto!

La ola repentina de calor les ardió en las mejillas. Cubiertos los ojos por los dedos, no pudieron ver cómo

cuatro figuras grotescas se introducían por el goteante orificio recién abierto. Dentro del grueso equipo refrigerado parecían benévolos muñecos de goma..., pero todos portaban negros emisores láser.

—¡No intenten nada! —gritaron, en Unilingua decodificable.

Córdoba retiró las manos de la cara y meneó la cabeza. Era buen perdedor.

Los atracadores se apartaron del boquete, abriéndose a los lados, y el espaciado endureció las mandíbulas. Ahora venía la Entrada Triunfal, seguramente.

«Coop» clavó la vista en el agujero. En unos segundos más el Gran Jefe habría recorrido la longitud del ducto de abordaje adherido a la High Noon; de manera que la situación estaba a punto de definirse.

—¿Hay más gente en la nave? —inquirió uno de los asaltantes.

—No hay nadie más —repuso Córdoba.

Sentía un vacío en el estómago, casi una sensación de náusea... Algo le decía que se iba a encontrar cara a cara con el famoso Dynn... Y si sólo el diez por ciento de lo que se contaba del fulano era verdad...

Todavía se hizo esperar un poco más. «Coop» debió reconocer, a fuer de objetivo, que el suspense estuvo admirablemente calibrado.

Sin duda que impresionaba... Del ajustado mameluco espacial, enteramente negro a excepción de la divisa carmesí, surgía una cabeza de tez pálida y alborotada cabellera oscura. Todos detalles subordinados, por supuesto. El centro de atención lo constituían los ojos, de un sombrío esplendor, Uno no lograba evitar estremecerse bajo su mirada convergente.

No podía ser otro, decidió Córdoba. De sobra se conocía en las rutas

espaciales la fama de la roja insignia en espiral con que Harka Dynn simbolizaba el complicado principio rector de su ideología personal.

El presunto Harka Dynn habló en fluida Unilingua:

—Todo está escrito en las Vueltas de la Espiral Eterna. ¡Saludos! —y confirmó su identidad.

Tenía la expresión de un niño consentido, nariz respingona y labio inferior algo saliente y un rictus voluntarioso en las comisuras. Se decía de él que era un forajido, proscrito en docenas de galaxias; y asimismo que era una suerte de místico, propagador de cierto culto exótico en torno de vida infinitamente reencarnada y ciclo cósmico eternamente reiterado, donde comienzos y fines se confundían, enmarañándose en el tautocronismo de una cosmogonía en ritornelo, hasta trastocar sus prístinos significados... Córdoba desconfiaba de ese niño-casuista, con propensión a una precoz obesidad, que, según se comentaba, solía perforar los trajes de presión de sus víctimas, en el vacío, para deleitarse con el espectáculo de los devastadores efectos producidos por la descompresión.

De súbito, los foscos ojos destellaron: Harka Dynn había descubierto a la androide. Córdoba apretó los dientes, en tanto su brazo ceñía con mayor fuerza la cintura de Rita-2. Casi podía percibir el deseo hinchándose dentro de Dynn como un cáncer monstruoso. Se puso tenso, esperando.

Pero el proscrito era un ser imprevisible: al minuto siguiente fue igual de suave que la brisa artificial de Enceladôme. A través de una melosa sonrisa, erizada de blanquísimos dientes, susurró:

—¿Quién es ella?

«Coop» sentía sobre cada nervio la presión del cuerpo de la androide, adherido al de él; pero no estaba en situación de detenerse en eso. Una hilera de gotillas esféricas festoneó su seco labio superior.

—Pertenece a la ATCP —dijo roncamente—. Es una androide.

—¡Ja!

La exclamación sonó como un estallido. «Coop» comprendió que, en adelante, todo intento de discutir resultaría inútil. No iban a creerle.

—La quiero —dijo Harka Dynn.

El espaciado sacudió la cabeza.

Harka Dynn ignoró el gesto. Sus secuaces, indecisos, permanecían con las armas empuñadas; pero había cierto desasosiego en su porte que no escapó a la atención de Córdoba.

Un hálito extraño flotaba en el aire.

—Sé quién es —monologó, sin dirigirse a nadie, el enigmático Dynn—. Ya hemos estado unidos..., en otra de nuestras vidas.

«Dentro del Ciclo Sin Fin de la Existencia Universal, teníamos que volver a encontrarnos... ¡Oh, Armonía del Perpetuo Retorno, simbolizada en la Espiral Sin Término del Espaciotiempo!... ¡Mi acendrada Fe se ha visto al fin recompensada! ¡Lo que tanto esperé ha sucedido al fin! ¡Ella regresó a mí!

Abatió la frente. Los oscuros rizos cubrieron por un instante el emblema escarlata de su pecho. Luego alzó el rostro, y «Coop» tembló ante la tenebrosa intensidad de las pupilas.

—Suéltala —ordenó Harka Dynn, suavemente.

—Oblígame —gruñó «Coop».

Una levísima ondulación turbó la frente exangüe del proscrito. Como al

descuido, descansó la diestra sobre la pistoláser que llevaba a la cadera.

—No seas imbécil —ronroneó.

Córdoba repitió el gesto negativo. Estaba terriblemente pálido, pero una dura sonrisa se tendía entre las enjutas mejillas.

—Ah, ah, ah —observó—. No se puede usar eso... dentro de la nave. No te arriesgarías a que se perforase una pared, ¿no es cierto?

Harka Dynn bajó los ojos. Un silencio torvo se apoderó de la escena: ni siquiera se oía respirar a nadie. Cuando el bandido irguió la cabeza, los pliegues de una mueca sonriente se fueron esparciendo por sus facciones, como tentáculos siniestros. De su boca infantil brotó un siseo:

—Te lo buscaste... ¡Precisamente uno de mis placeres más exquisitos! —y de un tirón repentino puso al desnudo un vibrante estilete, largo como su brazo.

La aguda punta pinchó la nuez de Córdoba.

—Suéltala —musitó Dynn, casi con dulzura—. ¿Sí?

El brazo de «Coop» se relajó. Una huella húmeda circundaba el talle de Rita-2 al separarse de ella el espaciado. Córdoba había logrado controlarse, pero chorreaba por cada poro de su esmirriada estructura.

—Prefiero a los tipos razonables —comentó Dynn, como simple reflexión y nada más—. Ahora...

—Serías un idiota si hicieras eso.

El estilete se detuvo a mitad de su envión. «Coop» suspiró interiormente. Piensa, se dijo, piensa. O todo estará perdido sin remedio.

—No tenemos por qué pelearnos —dijo—. ¡Estamos todos en el mismo módulo!

—¿Mmm?...

—¡Yo estoy huyendo de la ATCP! ¡Soy un «requerido», igual que ustedes!

La faz de Harka Dynn se ladeó, suspicaz. Sin bajar el acero, dirigió a Córdoba una penetrante mirada oblicua.

—¿Esto es alguna artimaña tuya para...?

—¡No! —Córdoba sacudió la cabeza, ansiosamente—. Me robé una carga..., además de la fulana del gobernador de Puerto Lix.

—¿La fulana del...? —Harka Dynn frunció el ceño, con la cabeza inclinada en dirección de la androide—. ¿Ella?

—¡Ajá! —el spaciero asintió, frenético—. ¡Demasiado lujo para un gordinflón como Su Excelencia! Y con lo que puedo sacar de la carga, bueno, pensé que me podría retirar a un lugar que conozco, donde...

Harka Dynn levantó la mano. Luego se pellizcó una oreja, entornando los párpados.

—¡Pero eso no es...! —intervino, intempestivamente, la androide.

—¡Cállate! —restalló Córdoba—. ¡A tu sitio, Rita-2!

Los admirables ojos se humedecieron, lastimados; pero la androide giró obediente sobre los tacones y salió de la cabina.

—¡Mujeres!... —refunfuñó «Coop»—. ¡Siempre entrometidas!

Con violencia, la punta del estilete marcó un surco ardiente en la mejilla del spaciero, que aulló de dolor.

—Si quieres envejecer otro par de milicronos —advirtió Dynn, con sedosa peligrosidad—, ¡no vuelvas a hablarle a ella en ese tono!

«Coop» asintió, restañándose como pudo la sangre que le chorreaba cara abajo.

—Pierde cuidado —repuso—. ¡Quedó bien entendido!

La tropa de Harka Dynn se impacientaba. Uno de los hombres se

atrevió a forzar la situación:

—¿Empezamos de una vez, jefe? La carga debe estar...

—Diles que no se molesten —interpuso Córdoba, que se estaba aplicando rocío cicatrizante en el pómu-lo—. La cerradura es Fonodactyl.

—¿Fono...? —Dynn se mordió el labio inferior.

—Ajá. Solamente funciona con mi voz y con mi pulgar. ¡Pero no te preocupes! Ya te dije que estamos en el mismo módulo.

—Está bien. Ve a abrirla.

—Va a llevar tiempo. Los circuitos incluyen cronoimpulsos... Ya sabes: sólo cada quince o veinte terrasegundos (unos cincuenta milicronos) se libera un cierre. Y son cuatrocientos cuarenta y cuatro en total.

—¿No hay forma de apresurar la cosa?

«Coop» negó con la cabeza.

—Pero eso corre por mi cuenta —añadió—. Entre tanto, conozco la mejor forma de amenizar la espera...

Harka Dynn le golpeó levemente la cara con la parte plana del estilete.

—Si todavía te queda alguna idea rara...

—¡Bah! Hay millones de hembras en el universo —sonriente, «Coop» apartó la hoja con la palma de la mano—, y nada más que un pellejo a mi medida... ¿Te parece que es difícil elegir? De todos modos, yo ya la disfruté un tiempo.

Se oyó un golpe seco, al volver el acero a su funda.

—Te conviene mucho decir la verdad.

—¡Rita-2! —llamó Córdoba.

La androide, incapaz de alentar rencores, acudió de inmediato.

—Quiero que bailes para nosotros —ordenó el spaciero—. ¡Choxho Vull lo aprobaría!

—Si tú lo dices... ¿Qué prefieres que baile?

—¡Lo mejor de tu repertorio!
—«Coop» rememoró ciertas confidencias que ella le dispensara—. ¡Los «Siete Velos de Salomé»!

Poco después, hasta el mismo Córdoba estaba completamente hechizado. Arrancarse de ahí supuso un titánico esfuerzo de voluntad, pero por fin lo consiguió.

Sigiloso como centípedo de Umbriel, se deslizó hacia la cabina-almacén. Sus músculos respondieron cual un mecanismo bien lubricado. No hubo que deplorar movimientos superfluos ni ruidos inoportunos.

En tiempo récord, la otra mitad de la carga de la High Noon quedó desembalada.

«Coop» disparó sus órdenes, en un susurro calmo y pleno de absoluta convicción. No debía de ser muy difícil manipular a un cerebro electrónicamente programado, supuso.

No retornó solo a la cabina principal. Asomó apenas la cabeza, para gritarle a Rita-2:

—¡Suficiente!

Ella cesó de danzar. Los que la contemplaban reaccionaron como toxicómanos brutalmente arrebatados de su paraíso.

Sin darles tiempo a recobrase por completo, «Coop» vociferó:

—¡Qué venga alguien a ayudar!
¡Estas cajas pesan lo suyo!

Harka Dynn, que acababa de apoderarse de una pierna de la androide, ni siquiera se volvió a mirar. Lanzó una orden:

—¡Vayan a cargar!

De mala gana, aunque sin soñar en rebelarse, los cuatro secuaces se levantaron del suelo, donde yacieran cómodamente en tanto duró la danza de Rita-2, y se dirigieron a la puerta.

Debían atravesar un pasillo

angosto, uno detrás del otro, en fila india... Ni se enteraron de cómo ocurrió.

Tres movimientos fulgurantes, tres chasquidos sordos. No hubo tiempo para gritar. Con el último costó un poco más, porque de algún modo el instinto lo previno; pero, a excepción de un gruñido sofocado, el resultado fue idéntico.

—¡Bien hecho! —cumplimentó Córdoba, sañudo.

Tras describir una imperativa curva con el antebrazo, se lanzó hacia la cabina..., donde ya el negro traje espacial se cernía sobre la blancura de los tules.

—¡Harka!

Éste se volvió, como bestia predatoria a la que se disputa el bocado. Cuando vio la figura que se erguía junto a Córdoba, y el vibrante estoque, viscoso de sangre, lanzó una maldición. Sus reflejos obraron con fulmínea eficacia: el estilete, saltando de la funda, detuvo la caída de la hoja atacante entre una menuda lluvia de chispas.

—¡Cerdo traidor! —escupió—. ¡Debí degollarte!

—¡Quizás el degollado seas tú!
—retrucó Córdoba—. ¡Errol-2 es todo un esgrimista!

Pero en parte bluffeaba. La esgrima había vuelto a florecer en diversos sectores del Universo, y se cultivaba como la más fina de las artes. Harka Dynn podía ser un rival de cuidado, admitió el espacialero.

De manera que estiró una de sus largas piernas entre los tobillos del proscrito, y éste perdió el equilibrio.

—¡Ahora, Errol-2! —apremió «Coop»—. ¡Ya es tuyo!

Pero el androide, clavado en su sitio, meneó la cabeza gravemente.

—La caballerosidad me impide

atacarlo mientras esté en el suelo.

—¡No seas idio...!

Por milímetros, Córdoba esquivó la hoja vengativa de Harka Dynn, quien, más veloz que un boomerang, ya estaba en pie nuevamente. En ese mismo instante, el verdugillo de Errol-2 se hundía hasta el pomo en la garganta del bandido.

Hubo un ruido amortiguado cuando el cuerpo de Dynn chocó contra el piso. El androide retrocedió, y Córdoba habría podido jurar que lo que latía en el fondo de sus ojos sintéticos era contrición legítima.

—No me parece que haya sido del todo leal —murmuró Errol-2—. El estaba distraído contigo, y no...

—¡Pavadas! —aseguró «Coop», ya dueño de la situación—. Así viene escrita la escena; los guionistas saben, ¿no? Estuviste formidable; él también. Ahora vete a descansar, Errol-2. ¡A tu sitio!

Sorprendentemente, el androide giró la cabeza en dirección a Rita-2.

—¿Tú estás bien? —le preguntó.

—Sí. —Ella se le acercó, para abrazarse a él, aunque sin besarlo—. ¡Fuiste un verdadero héroe, querido!

Córdoba contuvo una sonrisa. Todo formaba parte de la programación de los androides: culminaban, a su modo, una escena típica.

—Ve a descansar tú también, Rita-2 —mandó—. ¡Por hoy trabajamos bastante!

—¡Una magnífica escena, «Coop»! —sonrió ella, encantada—. Por un momento, hasta llegué a pensar que se trataba de... —Frustró un poquito el ceño—. Qué raro... ¡Choxho Vull no nos avisó que tú ibas a trabajar con nosotros!...

—Lo decidió a último momento —improvisó Córdoba—. Te parece mal?

—¡Oh, no! ¡Estoy feliz por tenerte como compañero!

—Ambos estamos felices —se-

cundó Errol-2, con calor—. ¡Felices y orgullosos! Lo haces estupendamente y...

—¡Gracias! —cortó el espaciero—. A su sitio los dos, ¿eh?

...Después, flotando en su desgraciada cabina (su posición favorita para sus escasos momentos de cavilación), estuvo pensando durante cierto tiempo en los cadáveres de Harka Dynn y sus torvos acólitos, que habrían de derivar por casi media eternidad con dirección ignota, hasta que algún foco centrípeto se apoderase de ellos y encontrasen su fin en el bullente corazón de un sol o en la implacable abrasión de un cinturón atmosférico... Posiblemente, se permitió ironizar, se hubiese hecho acreedor a un par de medallas, al librar a los astronavegantes del Universo de una amenaza constante.

Movió ligeramente un brazo, y se dejó llevar por la inercia hasta casi toparse con el techo. Mediante una experta flexión de rodilla se ubicó en el centro exacto de la cabina, procurando un perfecto relax muscular. Con cautela, y en total coordinación, llevó ambos brazos, en arco, por encima de los hombros, hasta que pudo entrelazar los dedos bajo la nuca. Era similar a hacer «la plancha» en alguna piscina..., sólo que mucho mejor todavía.

Sin embargo, no halló la calma que pretendía... Por supuesto, resultaba relativamente sencillo ahuyentar cualquier fantasma de escrúpulo en lo concerniente a la eliminación de un mal bicho como Harka Dynn; pero subsistía, como una irritante llaga en la mucosa bucal, el problema de ella.

Rita-2... ¿Adónde conducía todo aquello?

—¡Soy todavía más estúpido de

lo que pensé! —gruñó Córdoba.

En el espacio exterior, el silencio es total. Incluso los controles se mantenían prácticamente inactivos, en caída libre, y ya hacía rato que los servomecanismos de reparación habían terminado de arreglar los desperfectos ocasionados por el intempestivo asalto de Harka Dynn... Córdoba resopló. ¡Sin duda estaba realmente a solas consigo mismo, por poco que le agradara el descubrimiento! Y esos malditos sueños de última data...

Se estremeció. Ciertas inquietantes imágenes acudieron en tropel a perturbarlo. Sufría los efectos de su segunda fase onírica..., experiencia quizá excesivamente estimulante para un cuarentón largo, en vías de sedentarizarse... Colérico, braceó para que sus setenta y ocho kilos de hueso y fibra muscular describieran un lento curso a través de la atmósfera sintética. Puesto de bruces, la barbilla sobre el cruce de las muñecas, «Coop» Córdoba miró de hito en hito el dolococéfalo cráneo que se reflejaba en la bruñida chapa de revestimiento lateral.

—¿Te estás volviendo degenerado? —interrogó.

La imagen frunció el ceño.

—¡Es una máquina! —exclamó Córdoba—. Nada más que un mecanismo artificial, programado para que haga y diga lo indicado en el momento preciso, y... ¡Por las órbitas de siete planetoides machos! ¿Qué endiablado capricho se me está metiendo en la cabeza?

El hombre se detuvo. Parpadeó unas cuantas veces; luego arrugó la frente. Miró de nuevo a su reflejo, casi esperando de él alguna idea inspiradora, y finalmente maniobró para colocarse otra vez en posición supina.

—Programada... para hacer y de-

cir siempre lo indicado. Hecha para complacer eternamente —murmuró—. ¿Y acaso no es ése el sueño dorado de cualquier varón, lo reconozca o no? ¡Cometas desbocados! Una fantasía inalcanzable para todo el mundo, un delirio y nada más, y ahora yo...

Desde lo recóndito de su memoria saltó una imagen en particular, para ubicarse en close-up absoluto. Saldaña... «Coop» volvió a admirar, nítida en sus contornos, la recia ancianidad de aquel individuo excepcional.

Hacía mucho de eso, quizás demasiado... Córdoba acababa de lanzarse a la Gran Aventura, de par en par los ojos, a la pesca de maravillas. El viejo aquél parecía haber consumido tres docenas de vidas, si se juzgaba por la variedad y el color de los incidentes que pautaran su existencia. Ahora se proponía cerrar un capítulo, según le confió al joven terrasudamericano, y por eso se deshacía de la vieja astronave.

—Pero lo que va a conservar siempre son los recuerdos, ¿eh? —le comentó el muchacho.

Desde la cruda perspectiva del tiempo (la meseta inhóspita del presente erguida sobre el valle feraz del pasado juvenil y pleno de optimista fe), «Coop» rememoraba aquella mirada del anciano. Era de franco dolor, y Córdoba se había sentido desagradablemente sorprendido por la reacción, ya que había intentado un halago cortés y nada más.

—¿Recuerdos?... —musitó Saldaña—. Yo diría: «espinas en la carne»...

Córdoba había tosido, confuso.

—Discúlpeme si...

—No tiene nada que ver contigo —aclaró el viejo—. Es sólo que ella se instaló aquí —se golpeó el pecho

con un puño moteado de lunares parduscos—, y ya no conseguiré expulsarla...

Después se había explayado. Córdoba no le había prestado mucha atención: un joven duro, resuelto, obstinado en hacer carrera en el Espacio, no tenía dónde albergar aquel tipo especial de comprensión. Ahora, envuelto él mismo, a los cuarenta y tantos, en la apretada malla de un deseo irrazonable, empezaba a entender mejor ciertas cosas. Uno llega a creerse completamente encallecido, acorazado contra esos impulsos descabellados que lesionan la lógica materialista adquirida en toda una vida de *hardboiled* *herman...*, y de la noche a la mañana se encuentra irremediablemente comprometido por un solo traspié, en abierta contradicción a sus arraigados principios prácticos. ¡Paradojas del carácter humano!

—Todo es una locura, desde luego... ¿Un pobre diablo como yo..., desafiando al poder omnímodo de la ATCP? ¡Sería un idiota el que apostase un solo milicredito a mi favor!

Pero el sarcasmo tampoco servía. Era preciso afrontarlo: desde un comienzo estuvieron echadas las cartas. «Coop» sabía que no estaba en él eludir los hechos subsecuentes. No se detiene un mundo en mitad de su órbita..., no sin que se produzca un cataclismo al menos.

Se autopropulsó hasta alcanzar el control de la gravedad artificial. El piso ocupó su sitio (abajo), y se apropió de las plantas de Córdoba. Firme sobre sus pies, el espaciero tomó su decisión.

—Lo puedo intentar. Si establezco una nueva hiperórbita desde este punto...

«Su» Khordoora resultaba accesible desde allí. Su propio mundo, el asteroide virgen del Sector Suntlet-

nes, que le pertenecía por derecho de conquista. No creía posible que la ATCP, por amplios que fuesen sus poderes, estuviera en posición de rastrear el nuevo curso, dado que el mismo se apartaba por completo de las rutas comunes. ¡No en balde Córdoba blasonaba de una veteranía adquirida a pulmón en los yerros espacios!

Proporcionó a «Fierro» los datos imprescindibles. En fracciones de segundo, el Compiloto transmitió las órdenes pertinentes a la unidad motriz. Córdoba apretó los dientes. Ya había hecho su opción, pensó.

—Tengo que disponer algo para Errol-2 —masculló.

...Y, en algún punto del Cosmos ilimitado, en cierto instante del Tiempo Universal, una figura de contornos idealizadamente humanos se desprendió de la débil atracción de una astronave y comenzó a flotar sin rumbo definido..., a merced del mismo ciego azar que, al fin y a la postre (según pensaba Córdoba), termina por decidir la suerte de todas las criaturas vivientes.

**TERMINARÁ
EN LA PÁGINA
SIGUIENTE**



ULTIMA ETAPA:

Lo habían rastreado, después de todo.

Naturalmente, el final había sido el que correspondía, admitió con objetividad, y sólo mediante una provisión anormal de suerte habría logrado salirse con la suya. Se encogió de hombros. Rita-2 estaba cantándole «Amado Mío»... ¿Qué importaba una insignificancia como el resto del Universo, frente a aquello?

De pronto extrañó la música en los oídos y comprendió que la canción había terminado... Como si se tratase de imágenes en una pantalla (extraño fenómeno de percepción psíquica que no registró conscientemente, y que por ende no se detuvo a analizar), se vio a sí mismo levantándose, aproximándose a Rita-2 con una determinación que no habría esperado en él, y diciéndole, muy deliberadamente:

—Falta otra escena más, tesoro.

Su propia voz le sonó ajena, ronca. El corazón de alguien galopaba desaforado dentro de la jaula de las costillas... Un aura de tibieza perfumada emanaba de ella; él sentía como iba impregnándole las ropas

y la carne, a medida que eliminaba la distancia entre ambos.

—Un beso, Rita —barbotó.

Ciñó con los dos brazos aquellas formas sin igual. Los tules y gasas crujieron, y el aire circuló ruidosamente a través de las dilatadas fosas nasales del hombre.

Se tocaron sus labios. Córdoba enrojeció, después se puso pálido, sintió un escalofrío y también transpiró, en tanto su boca buscaba enseñorearse de la de la androide.

«¡Es humana!», exclamaron, a la vez, la carne y la sangre del hombre. «¡Tiene que ser humana!»

Cuando se separaron, ella pestañeó con gracia y le preguntó:

—¿Estuve bien? Confuso, él asintió. Ya no sabía dónde estaba ni qué hacía. Justo entonces, sonó la chicharra de la consola, cumpliendo con la orden previa del espaciero. Éste respingó y se apartó de la androide.

—¡Demonios! ¡Solo cinco terraminutos más, y...!

No había tiempo que perder. Maldita sea, no era cosa de jugárselo todo sin sacar nada de ello. Tendió las manos hacia Rita-2. Los huesudos dedos hicieron presa del suave tul que le cubría el busto.

—¿Pasa algo? —inquirió ella.

—No, nada... Solamente que no me explico cómo es que la ATCP logró dar con la nave.

—¿La ATCP?

—Tú no puedes entender esas cosas... No te preocupes, es asunto mío, no hagas caso —y acercó la boca a la de ella, ya desesperado.

—Pero es que yo entiendo, «Coop».

El hombre quedó rígido. Con ojos entornados, dijo:

—¿Eh?

—Yo siempre estuve conectada a ellos, «Coop».

—¿Conec...? ¿A la ATCP?

—Les pertenezco. Siempre saben dónde estoy.

Córdoba suspiró. Se apretó las sienes con una mano, en tanto aferraba el blando brazo de la androide con la otra.

—¿Quieres decir...?

Ella asintió.

—Mis ojos son telecámaras, «Coop»... En la Central no pierden jamás mi ubicación. En cualquier momento pueden encontrarme.

Él sacudió la cabeza. Al fin y al cabo, gimió para sí, ¿qué importancia revestía el detalle? El final no iba a variar, de todos modos. Y él ya había decidido.

Sabía que no se le iba a resistir: no estaba hecha para contrariar.

No le impidió apartar los seudotules, posar los labios ardientes en donde el cuello se insertaba entre los hombros, acariciar aquella piel mas suave que...

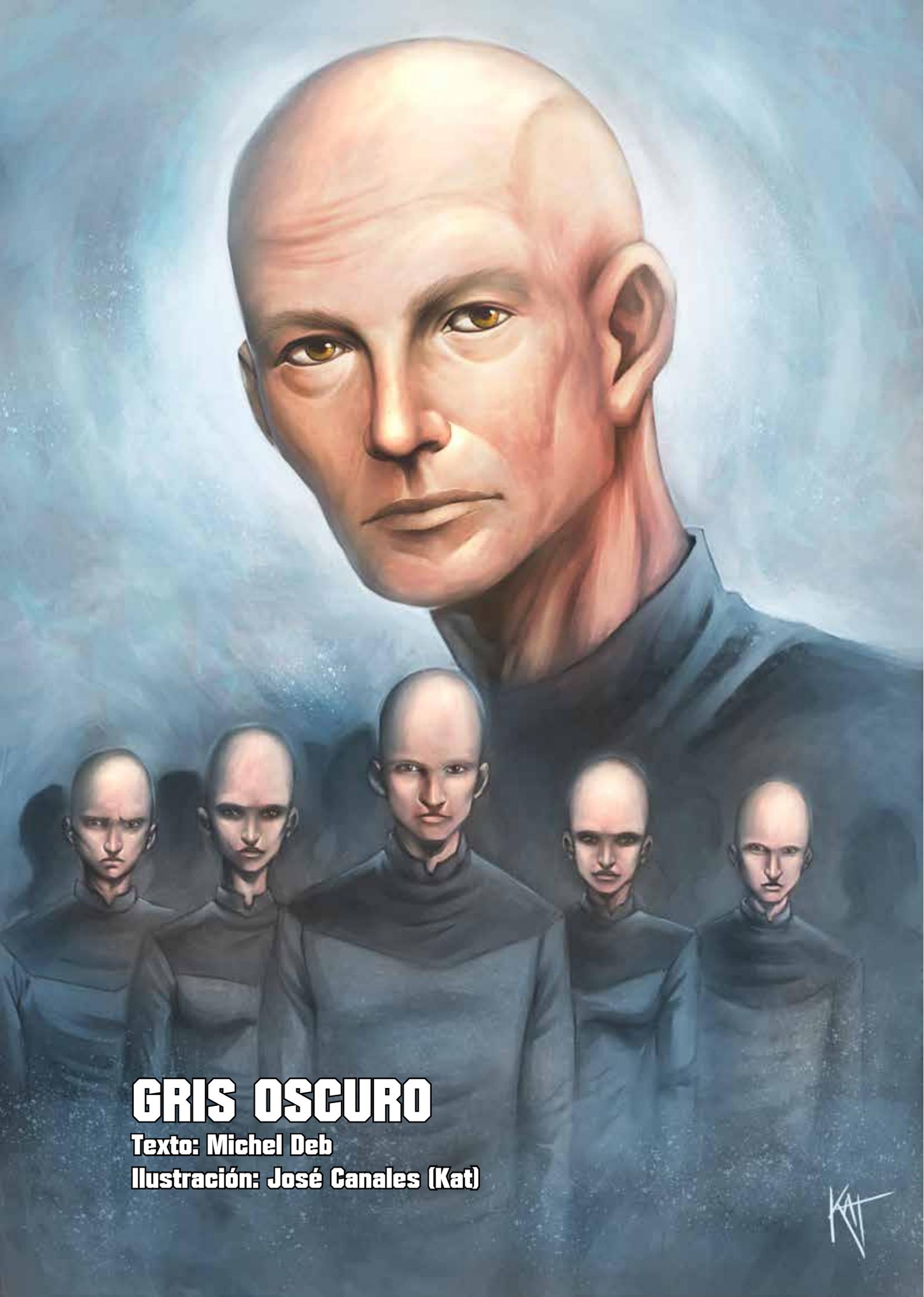
Y unos segundos más tarde el hielo invadió su carne y su espíritu.

Cuando ella estuvo ante él, maravillosamente desnuda, resplandeciendo en su manufacturada hermosura, el hombre comprobó finalmente (a un paso ya de la psicorremodelación disciplinaria, pues la astronave de Seguridad prácticamente le alcanzaba) que los sueños son lisos e impenetrables, remotos e inviolables..., y que sueños y vida jamás podrán amalgamarse con fortuna.

El cuerpo de la androide era de una sola pieza ininterrumpida, sin una hendidura, sin un orificio que mancillase su sobrenatural perfección.

—Plazo terminado —avisó la consola.

The End



GRIS OSCURO

Texto: Michel Deb

Ilustración: José Canales (Kat)

KAT

Son las cinco de la mañana; el sol aún no sale. Las luces automáticas se encienden y nuestros cuerpos reaccionan frente al impulso. Nos bañamos rápidamente, es mucho más fácil ya que no tenemos cabello; por decreto supremo está prohibido tener cortes de pelo, siendo igual la ley para hombres y mujeres. Asimismo, nuestra ropa reglamentaria de color gris nos impide distinguirnos unos de otros. La individualidad está prohibida.

Al salir de mi habitación, la cual comparto con seis hombres más, un chip implantado en la base de nuestro cráneo hace sonar un notorio «bip», lo que nos dice que tenemos 10 minutos exactos para llegar al tren subterráneo. Cientos corriendo por las calles; una marea gris. Al llegar a la estación no podemos evitar el escaneo retinal, así como las cientos de cámaras de seguridad grabando cada movimiento; nuestra vida es pública, si es que puede llamarse así.

Vagones atestados de personas. Nadie dice nada; cabezas gachas o miradas perdidas. La medicación que nos obligan a tomar inhibe nuestros impulsos, no sentimos nada; angustia, amor, odio, frustración... nada, absolutamente nada. En las factorías todos tenemos trabajo, asignados al momento de nacer, basados en estudios genéticos y probabilidades de eficiencia. Yo no tuve mucha suerte: mi trabajo es hacer tapas de plástico para botellas de agua. Cargar y descargar la máquina, avisar una vez que está llena para que otro operario la retire. Turnos de 13 horas, un día de descanso por cada 15 trabajados.

La procreación es en efecto mediante análisis genético, por lo que no conocemos a nuestras parejas hasta el momento del encuentro.

Se nos avisa en nuestras terminales personales días antes, autorizándonos a suprimir el medicamento y hacer un poco más «placentero» el encuentro, el cual es grabado y monitoreado para estudios posteriores. Un día completo para asegurar la concepción. Después de eso, no volvemos a ver a nuestra pareja nunca más. Me han escogido en reiteradas ocasiones, por lo tanto debo tener varios hijos; conocimiento un tanto desagradable. No es un mundo para niños.

Nos educan y programan para no cuestionar, solamente aceptar nuestra realidad tal cual es. Para muchos es mejor vivir sin complicaciones o preocupaciones del cómo será mañana. Sin sueños, metas o simplemente un objetivo por qué vivir. Ese brillo que caracterizaba los ojos del ser humano hace tiempo se ha perdido.

Como yo, al parecer somos muchos los inmunes fisiológica y genéticamente a las drogas. Aquellos que buscamos respuestas en la historia. Una frase, una imagen que nos dé aliento, creer que las cosas pueden cambiar algún día. Esa tal vez mal denominada fe, nos mantiene vivos y esperando.

Por el momento, nos conformamos con disfrutar nuestro universo interior; viendo la infinidad de colores e historias que en él habitan, llevándonos y protegiéndonos día tras día, hora tras hora.



POESÍA

Texto: J. Javier Arnau

Ilustración: Ángel García

Alcarras

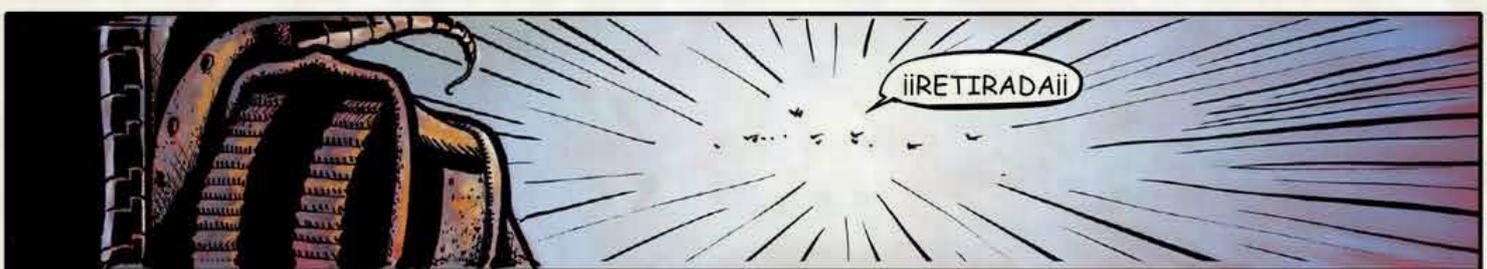
LA FÁBRICA MAGNÉTICA

Nuevas frecuencias instaladas desde
mi centro neurálgico de control
abarcando mi planeta natal;
selección de emisores de alta capacidad
para supervisar a los nuevos trabajadores mecánicos,
los nuevos sirvientes electromagnéticos
en ese mundo industrial.

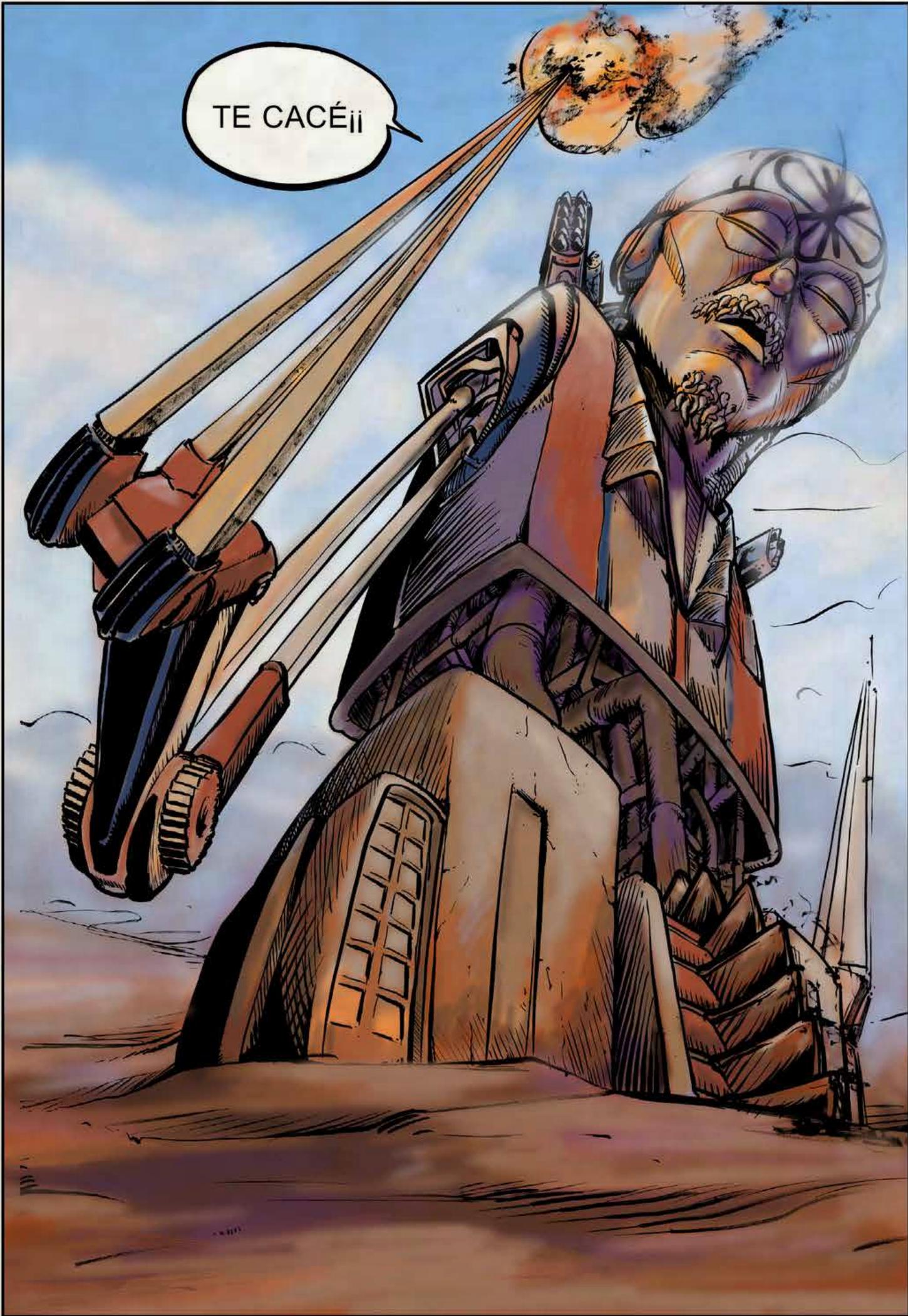
Arquitecto acero controlando
la fábrica magnética,
la factoría de ideas avanzadas
desde donde lanzamos al Universo
nuestros productos más avanzados;
hardware y software,
robots y computadoras,
holoprogramas y electrosecuencias
servidas en un entorno virtual
de alta resistencia a la entropía.
Servimos así a la revolución
de los megasindicatos
de androides y cyborgs
contra la débil carne natural,
evolución lógica de la realidad
que impera en nuestros circuitos.
Y la nave planetaria acaba sus ciclos,
el desarrollo de la industria es aceptable
bajo nuestra supervisión;
las frecuencias de control,
los programas de revisión
han dado sus frutos
y nuestras factorías volantes
aparecerán allá donde sean requeridas,
donde nuestros productos sean valorados
y la electro-yihad se hará realidad,
el dominio de los seres artificiales
bajo la influencia
de las Inteligencias Artificiales.

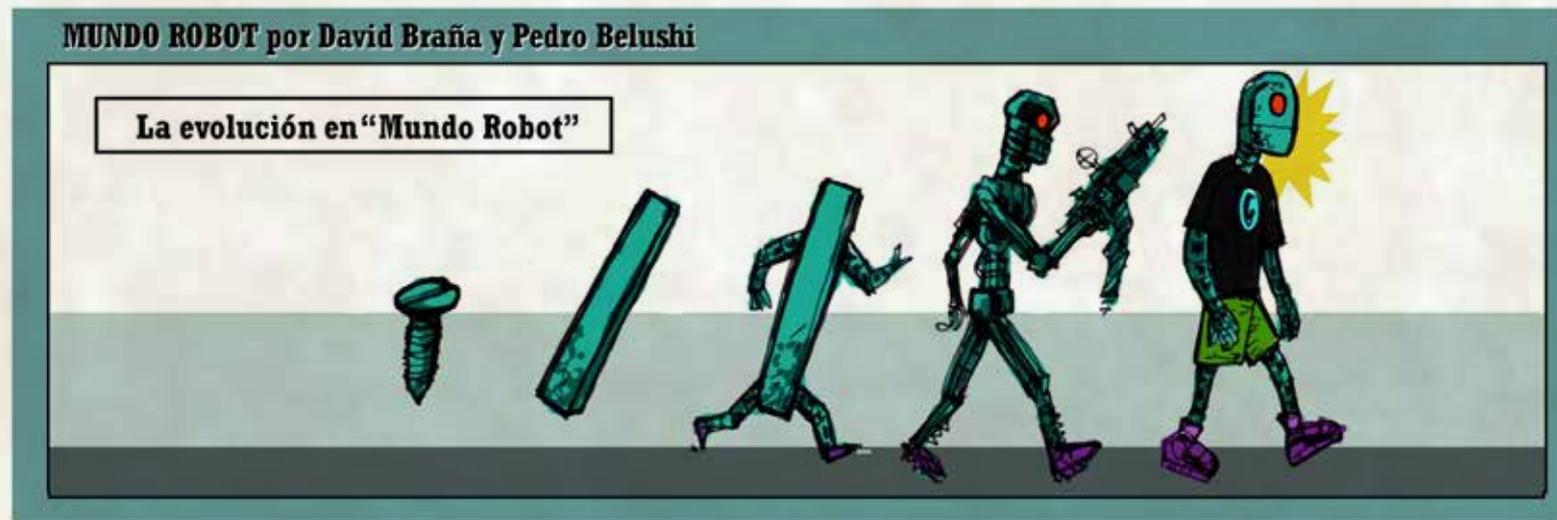
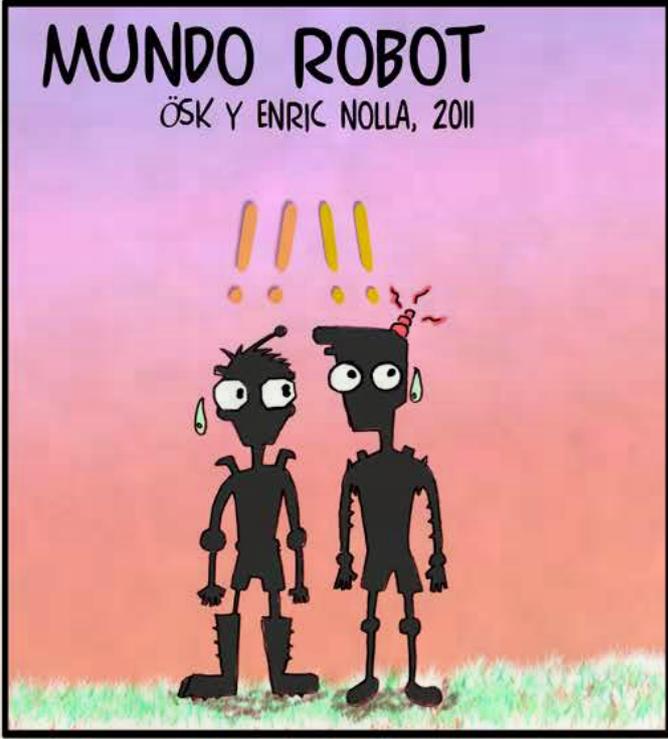
PROGRAMAS

Un bello mundo,
muerto
Un sistema solar
agonizante
Una galaxia
consumida por la entropía
Un universo
a nuestros pies;
Amos del tiempo
Señores del Caos,
Funciones de onda
configurando vorágines aleatorias
que consumirán todo el Tiempo,
existente y por llegar,
avanzado y pretérito.
Y, en ese pliegue desflecado
de la existencia,
realidad desenfocada,
seremos reyes,
gobernaremos en los vórtices
de la mera existencia virtual,
Nosotros,
programas antaño desechados
del Gran Ordenador Universal



TE CACÉ!!





BREVES NOTAS SOBRE LAS TÉCNICAS DE ILUSTRACIÓN

Texto: J. Javier Arnau (presentación y notas)

Ilustración: Víctor Monigote

En el número anterior, Ángel García nos dio unas nociones sobre técnicas de ilustración. En este número, vamos a continuar, sobre la ilustración que Víctor monigote realizó para el número anterior. Desgraciadamente, las múltiples ocupaciones de Víctor han hecho, de momento, imposible que pueda enviarnos los pasos detallados del proceso, pero sí nos ha dado permiso para utilizar sus bocetos en esta sección.



Primera fase, boceto, pasar a papel la idea que se tiene en la cabeza de la ilustración. En esta, el autor ha aprovechado para marcar ya las futuras líneas de trabajo.

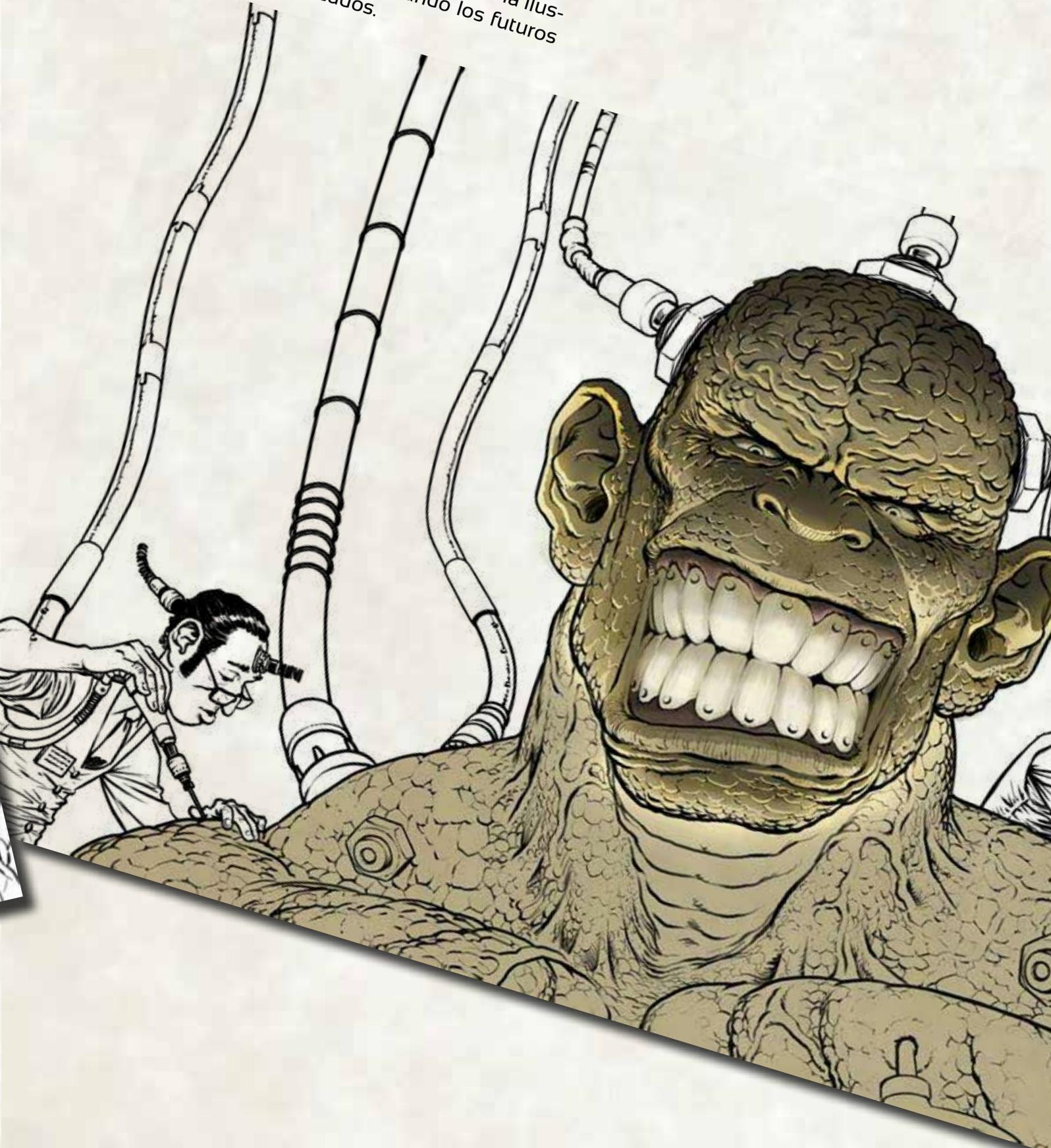


Empieza en el entintado, aprovechando las líneas que había marcado en el punto anterior.



Eompleta entintado de las líneas, y remarca elementos del dibujo

C omienza el coloreado de la ilustración, remarcando los futuros sombreados.





Continúa el proceso de coloreado, aplicando la iluminación de la imagen.



Coloreado y aplicación de la iluminación. Fase casi final.

PÁGINA SIGUIENTE:
imagen final, con todas las capas aplicadas.





NOS VEMOS EN EL PRÓXIMO NÚMERO...



«Este número de
Planetas Prohibidos© Año 5,
se terminó de editar
el día 20 de agosto de 2016».

CONSEJO DE DIRECCIÓN

Jorge Vilches, Lino Moinelo, Guillermo de la Peña y
Marta Martínez

EDICIÓN Y CORRECCIÓN

J. Javier Arnau
William E. Fleming

MAQUETACIÓN Y DISEÑO

James Crawford Publishing

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:

ILUSTRADOR DE PORTADA

Pablo Uría

DISEÑO Y MAQUETACIÓN DE PORTADA

Marta Martínez
James Crawford Publishing

EDITORIAL

J. Javier Arnau

RESTO DE ILUSTRACIONES

Pedro Belushi, Rodrigo Damián, Ángel García Alcaraz,
Vicente Balbastre, Víctor Monigote, Pablo Uría, José
A. Marchán, Taco Silveira, Enric Nolla, José Canales,
Anabel Zaragoza, Mara Llop

ESCRITORES

Carlos M. Federici, Rodolfo Martínez, Javier Fernández
Bilbao, Heberto de Sysmo, J. Javier Arnau, Michel
Deb, Dioni Arroyo, Malena Salazar Maciá, Ösk, David
Braña.

